



Querida Amelia

KRISTI ANN HUNTER

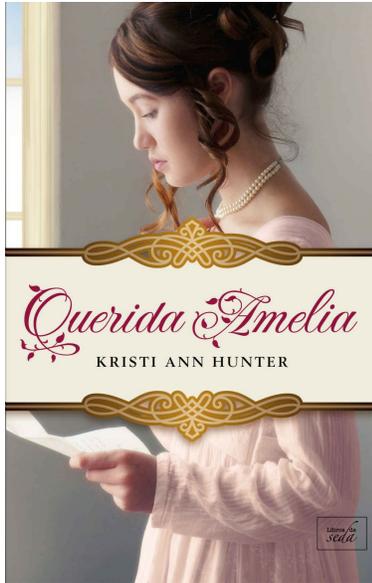


Libros de
seda



© *Privado*

Kristi Ann Hunter se graduó en Informática por el Georgia Tech, pero siempre supo que lo que quería era escribir. Ha ganado el premio RWA Golden Heart, el ADFW Genesis y el Georgia Romance Writers Maggie Award. En 2016 ha sido la ganadora además del premio RITA a la mejor novela romántica inspiracional. Vive con su marido y sus dos hijos en Georgia. Para saber más sobre ella, visite su página web: www.kristiannhunter.com.



La señorita Amelia Stalwood es una mujer noble y vive también en una casa noble en Londres, el hogar de un pariente siempre ausente. Aislada de la vida social, sus mejores amigos no son nobles, sino criados. Y así sigue siendo hasta que le presentan un poco por casualidad a la familia Hawthorne y a un amigo de esta, Anthony, marqués de Raeburn. Los Hawthorne le abren las puertas de la alta sociedad y, justo cuando empieza a sentirse bien entre ellos y cuando cree que despierta cierto interés en Anthony, su situación cambia de manera inesperada para peor. A ello hay que añadir unos rumores muy feos que no sirven sino para empeorar las cosas.

Ahora que acababa de entrar en un mundo nuevo para ella, ¿conseguirá Amelia mantenerse en él y salvar su reputación? ¿La ayudarán sus nuevos amigos? ¿Qué pasará con Anthony?

Querida Amelia

Querida Amelia

Título original: *A Lady of Esteem*, libro 0.5 de la serie *Hawthorne House*

© 2015 by Kristi Ann Hunter

Originally published in English under the title:

A Lady of Esteem

by Bethany House Publishers,

a division of Baker Publishing Group,

Grand Rapids, Michigan, 49516, U.S.A.

All rights reserved

© de la traducción: Nieves Cumbreiras

© de esta edición: Libros de Seda, S. L.

Estación de Chamartín s/n, 1ª planta

28036 Madrid

www.librosdeseda.com

www.facebook.com/librosdeseda

@librosdeseda

info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Mario Arturo

Conversión en epub: Books and Chips

Imagen de cubierta: © Lee Avison/Arcangel Images

Primera edición digital: junio de 2018

ISBN: 978-84-16973-57-6

Hecho en España – *Made in Spain*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Kristi Ann Hunter

Querida Amelia



Libros de
seda

Al Padre de los huérfanos.

Salmo 68,5

Y a Jacob, por leer este relato quince veces y estar dispuesto a leérselo una vez más con las mismas ganas.

Prólogo



Suffolk, Inglaterra, 1803

Amelia Stalwood hizo un gesto de dolor cuando vio que la torre de bloques de madera forrados de tela que había montado se estrellaba contra el suelo. Miró al ama de llaves con sus jóvenes ojos llorosos.

—Lo lamento, señora Bummel.

—No te preocupes, querida. —La mujer dejó la pluma sobre su escritorio antes de inclinarse a besar la cabecita de Amelia—. Para eso he puesto aquí la alfombra.

—¡Amelia! —El sonido de una voz masculina llegó desde la planta de abajo hasta la habitación que el ama de llaves y Amelia habían convertido en una combinación de despacho y cuarto de juegos.

Cuando Amelia se había ido a vivir con lord Stanford un año antes por ser parientes muy lejanos, ya que la sobrina de la tía abuela de Amelia había estado casada con el difunto hermano del vizconde, él se la había endosado al ama de llaves y desde ese momento apenas se había relacionado con ella. Cada vez que quería que se callara se lo comunicaba por medio del mayordomo.

Así que el hecho de que ahora quisiera hablar con ella hasta cierto punto le parecía emocionante.

Amelia se levantó de un salto, sonriente, y corrió hacia las escaleras todo lo rápido que sus larguiruchas piernas de niña de once años le permitían. Él

estaba dando vueltas en el recibidor, al pie de las escaleras, despistado al no tener claro por dónde iba a aparecer ella.

Bajó las escaleras a toda prisa. La señora Bummel la siguió a un paso más tranquilo.

—¿Sí, milord? —Le costaba trabajo respirar. El vizconde tenía exactamente el mismo aspecto que cuando lo conoció un año antes: llevaba un abrigo demasiado grande, iba despeinado y unos enormes lentes le tapaban la mitad de la cara.

—¡Ah, sí, aquí estás, Amelia! Tengo buenas noticias para ti. He contratado una institutriz.

—¿Una institutriz? —La señora Bummel puso una mano en el hombro de Amelia—. La verdad es que ya era hora, milord.

—Desde luego que sí, desde luego que sí. Se está encargando de preparar el equipaje y todo eso. Ya debería estar en Londres cuando lleguéis. ¿Cuánto tiempo necesitáis para hacer las maletas?, ¿dos días? —Los brillantes ojos de lord Stanford miraban al infinito—. Me pregunto cuánto se tardará en llegar a Londres. No voy desde que era niño. ¿Dónde habré dejado mi mapa?

Se dio la vuelta para dirigirse a su estudio y la señora Bummel se aclaró la garganta.

—¿Londres, milord? —Amelia se cobijó en las faldas de la señora Bummel, que la asió fuertemente por los hombros.

—Sí, sí, Londres. Un lugar perfecto para una niña, ¿no cree? Ya sabe que tengo una casa vacía allí. Un montón de ruido, un montón de gente y mucho ruido. Nada que ver con esto. Sería casi bárbaro que la niña siguiera aquí. —Volvió a perderse en sus pensamientos. Era la primera vez que su descuidado aspecto la asustaba en vez de resultarle divertido—. ¿Qué hacían los bárbaros con los niños? A ver, a fin de cuentas eran bárbaros. ¿Tengo algún libro sobre los bárbaros?

Se alejó murmurando quién tendría la ocurrencia de escribir un libro sobre los bárbaros.

Esta vez la señora Bummel lo dejó irse, apretó con más fuerza a Amelia y susurró una oración con la boca pegada al cabello de la niña.

Amelia se puso a jugar con los lazos del delantal de la señora Bummel,

apenada porque las intenciones que tenían de ir a dar un paseo por el bosque ese fin de semana a recoger bayas silvestres se habían esfumado.

Mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas, arañándola al rozar la áspera tela de la falda de la señora Bummel, juró no volver a hacer planes nunca más.

Capítulo 1



Londres, 1812

Dios no había elegido un buen momento para recordarle a la señorita Amelia Stalwood que debería estarle un poco más agradecida por ser una persona que pasaba desapercibida para todo el mundo. Ahora daría lo que fuera por tener una pizca de esa invisibilidad. En cambio, aquel caballero le estaba prestando absolutamente toda su atención.

La verdad era que no resultaba fácil pasar por alto el hecho de que, subida a una escalera móvil de biblioteca, hubiera resbalado y acabado en los brazos de un hombre.

Amelia echó la cabeza hacia atrás, con lo que pudo abrir un ojo y mirar a la persona que la había rescatado. La cara de él le pareció rara vista así, bocabajo. Aquellos labios tenían la curva al revés. Y estaban demasiado cerca.

Abrió el otro ojo de golpe al darse cuenta de que él la estaba mirando con curiosidad. Jamás había visto unos ojos tan azules. Ni siquiera sabía que existiera ese tono.

—Oh, Dios.

¿Había pronunciado esas palabras, o simplemente había salido una bocanada de aire por sus labios?

Él alzó una de sus cejas marrón oscuro a la vez que la comisura derecha de la boca.

—Oh, Dios mío.

Ella presionó el rostro contra el hombro de él, fuerte y cubierto de lana de color verde oscuro, y apenas pudo ver nada más aparte de la corbata, blanca como la nieve. Sus marcados pómulos realzaban el brillo de sus ojos azules y su cabello impecable.

—Gracias por ayudarme. —Contempló el oscuro techo panelado—. Creo que ya puede soltarme.

—Me temo que no.

Amelia se volvió como un rayo a mirarlo y desvió la vista hacia donde él estaba señalando. Tenía la falda y los pies enganchados en uno de los peldaños de la escalera, mostrando las botas y los tobillos, como prueba irrefutable de que la impulsividad no conduce a nada bueno.

Ni siquiera era capaz de hacer una buena obra sin que acabara convirtiéndose en una catástrofe. Esa mañana le había parecido una excelente idea ir a visitar a su amiga Emma. También se lo pareció ofrecerse como voluntaria para ayudar con sus tareas a la doncella, que estaba enferma, a pesar de que ella no tenía ni la más remota idea de lo que significaba ser una criada.

—No es que me importe —continuó el caballero.

Se agarró al borde de la escalera y, con ayuda de él, se echó hacia atrás y consiguió volver a incorporarse sobre el escalón. Tras recuperar el equilibrio y alisarse la falda, desafió otra vez con la mirada a su inesperado acompañante.

Era alto. Desde donde estaba, si quisiera podría acariciarle sus espesos rizos de color castaño sin tener que estirarse siquiera. No es que fuera a hacerlo, solamente se le pasó la idea por la cabeza.

Llevaba un abrigo oscuro y unos pantalones de color tostado y calzaba unas botas de montar que estaban gastadas, pero eran caras. Le llamó la atención la tela blanca que tenía sobre uno de los hombros. «¿Acaso no era el trapo de limpieza?». Le entró pánico cuando vio que tenía el hombro gris, lleno de polvo: el que había estado quitando de los innumerables estantes repletos de libros.

—¿Puedo ayudarla a bajar?

—No, creo que puedo apañármelas sola. Gracias. —A pesar de que tenía el estómago como si una bandada de urracas se estuviera haciendo allí el nido, pronunció aquellas palabras de una forma sorprendentemente natural.

Comenzó a descender de la escalera y de un tirón le quitó el trapo al caballero del hombro. Una bocanada de polvo flotó por el aire. Continuó andando hacia atrás, mirándolo, hasta cruzar la habitación y apoyar la espalda en la estantería que acababa de limpiar. Ahora se interponían entre ellos dos sillones de capitoné tapizados en cuero y una mesita de té.

Y el hombre había quedado entre ella y la puerta. La verdad es que su maniobra no había sido muy inteligente.

Él rebosaba confianza y despreocupación: había apoyado un hombro en la estantería y puesto un pie encima del primer escalón de la ahora vacía escalera.

«¿Cómo habría entrado?». Había un enjambre de sirvientes repartido por la casa preparándolo todo para el regreso del propietario de la finca, dentro de tres días, después de dos años sabáticos fuera de Londres. Era necesario tener mucha habilidad para esquivarlos a todos.

O conocer muy bien la casa.

El pánico comenzó a subirle desde los tobillos y le llegó a la garganta al darse cuenta de quién era aquel hombre.

Se encontraba a solas en una habitación con el tristemente célebre Raeoburne Rake. Mucha gente había arruinado su reputación por cosas más triviales. Amelia necesitaba la suya, o más bien su completa falta de reputación. El hecho de que su nombre jamás hubiera estado implicado en un escándalo era la única tarjeta de visita que podía presentar si pensaba empezar a buscar trabajo en cuanto celebrara su próximo cumpleaños.

Retorció el trapo del polvo con los dedos, tanto que el áspero tejido acabó haciéndole un corte en la piel.

—Lord Raeoburne, supongo.

Él inclinó la cabeza haciendo un saludo burlón.

—Creo que me lleva usted ventaja.

Sus buenos modales la obligaron a abrir la boca para responder a la pregunta que lord Raeoburne no había formulado. Pero el sentido común le

hizo volver a cerrarla bruscamente. No hacía falta que él supiera quién era ella.

Se apartó de la estantería y pasó un dedo por una de las baldas, todavía sin limpiar.

—Gracias por desempolvar mi biblioteca. Lamento haber interrumpido sus labores.

—Si necesita utilizar esta sala, puedo terminarla en otro momento más apropiado. —La mentira le quemaba la garganta, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Además, solo estaba engañando a medias, pues alguien vendría a terminar de adecentar la biblioteca. Algún empleado de verdad.

—¿De veras? ¡Qué interesante! —Avanzó hasta los sillones de capitoné—. ¿Cuándo cree que llegará ese momento?

«Nunca».

—Cuando le parezca a usted conveniente, milord. Después de todo, esta es su casa.

Asintió con la cabeza.

—¿Y pasa usted mucho tiempo en mi casa?

—Suelo estar en la cocina, señor. —Amelia contuvo una mueca de dolor tras contar aquella otra mentirijilla. A pesar de que visitaba con frecuencia la casa, esta era la primera vez que se aventuraba a traspasar el umbral de la cocina. Dudaba mucho de que a él le interesara que la verdadera razón para hacerlo había sido ayudar a su amiga, que estaba enferma. El ama de llaves era una espantosa víbora que había amenazado a Emma con despedirla si no se hacía cargo de sus tareas sin importarles un rábano que la sirvienta fuera ahora mismo incapaz de alejarse metro y medio del orinal.

—Qué curioso —dijo él inspeccionando de nuevo las estanterías—. Soy consciente de que me he ausentado de esta casa durante bastante tiempo, pero lo cierto es que no recuerdo que las sirvientas llevaran vestidos de muselina tan bien confeccionados.

Amelia agarró con la mano que le quedaba libre la parte delantera de su vestido y estrujó la fina muselina. Era de corte sencillo y de un aburrido color marrón, pero tenía razón respecto a su confección.

—A usted se le conoce por su generosidad como patrón. —Amelia se pellizó. Se le conocía por ser un canalla. Un canalla que había abandonado la ciudad dos años antes para evitar batirse en duelo con el enojado hermano de una joven dama.

Él levantó las dos cejas al tiempo que bajaba la boca. Por un instante, su jocosa expresión de curiosidad sucumbió a una oscura nube de resignación.

—Creo que ambos sabemos que mi reputación más bien apunta en otro sentido.

Amelia parpadeó. El sofisticado caballero chismoso regresó e hizo uso de su posición social como si tuviera una fusta de montar. Relajó la expresión hasta convertirla prácticamente en una sonrisa engreída.

—¿Por qué no empieza contándome quién es usted, puesto que no creo ni por asomo que trabaje para mí?

¿Por qué demonios el primer lord con el que se encontraba en diez años tenía que ser el devastador, apuesto y guapo marqués de Raeoburne? La vida habría sido mucho menos complicada si hubiese empezado por un buen baronet.

Aunque un sencillo vizconde tampoco habría estado mal. Sobre todo si se trataba de alguien que se distrajera tan fácilmente como el despistado de su tutor. Se paseaba por su finca de Sussex con el cabello hecho un desastre, con un abrigo que le quedaba grande y con tres pares de lentes escondidos en distintas partes del cuerpo porque siempre se le olvidaba dónde los guardaba. Todo ello atestiguaba que era de verdad muy distraído, aunque entrañable y completamente inocuo.

El marqués no le pareció ni despistado ni mucho menos inofensivo. Rodeó los muebles y se acercó a ella.

—Creo que, dadas las circunstancias, podemos presentarnos. Tal como ha supuesto, soy Anthony Pendleton, marqués de Raeoburne. —Se inclinó y la miró expectante—. ¿Y usted es...?

—Alguien que no debería estar aquí —pronunció las palabras antes de que pudiera interceptarlas.

Las cejas oscuras del caballero treparon hasta la línea del cabello. Sus labios se retorcían intentando sonreír, pero no se lo permitió a sí mismo.

—Hable de una vez.

Tenía que decirle algo, y tenía que ser verdad. Era una pésima mentirosa. La mayor parte del tiempo se vanagloriaba de tener ese defecto.

—No, es cierto que no trabajo para usted. Estaba... de visita. Y la señora Banks ordenó que se limpiara hoy esta habitación. —«Dios santo, por favor, no permitas que la señora Banks se entere de que he estado encargándome de las tareas de Emma». Si el ama de llaves lo descubriera...—. Por favor, no le diga que yo estaba aquí.

Sus miradas se cruzaron. Ella no fue capaz de sostenérsela y la desvió hacia el suelo, aturdida al darse cuenta de que se había acercado más a él durante su confesión.

—No lo haré.

Amelia bajó los hombros, aliviada. Mientras la señora Banks no se enterara de que ella estaba allí, el puesto de trabajo de Emma no correría peligro.

—No puedo hacerlo —continuó el marqués—. Todavía no me ha dicho quién es usted.

Su intención era no contárselo. «Señor, ayúdame», susurró.

Por el pasillo sonaron unos pasos apresurados que sacaron a Amelia de su trance. Ambos se volvieron hacia la puerta. «No, ¡así no!». No podía lograr escapar a costa de otra persona. Corrió al otro lado de la habitación, casi rozando la estantería llena de libros. Se topó con una sirvienta alta, sin aliento, que entró a toda prisa en la estancia.

Jane la agarró por los hombros para evitar tropezar con ella.

—La cocinera me ha contado lo de Emma. Va a verse en un aprieto si la señora Banks se entera de que usted ha abandonado la cocina para limpiar lo que le corresponde a su amiga. —Todos sus esfuerzos por sacar a empujones a la mujer por la puerta fracasaron. La mujer no paraba de despotricar—. ¡Usted no debería estar trabajando! ¡Usted es de alcurnia, señorita Amelia!

Amelia le lanzó una mirada al marqués, que no estaba perdiendo detalle. Jane se volvió y se quedó boquiabierta.

A Amelia le entraron unos escalofríos por la espalda que le llegaron retorcidos al estómago, como si la cocinera estuviera amasando el pan dentro.

¿Y si el marqués culpaba a Jane de la intrusión de Amelia?

Tenía que sacar a Jane de allí. Tenía que sacarla o el marqués las detendría antes de que alcanzaran las escaleras de servicio.

Más asustada que inspirada, agarró el trapo que había estado usando para limpiar el polvo y se lo lanzó al marqués a la cabeza.

Lord Raeoburne le pegó un tirón al paño al rozarle la nariz y el pelo se le llenó de polvo cuando una punta le dio en la frente. Lo último que vio Amelia antes de sacar a empujones a Jane al pasillo fue su mirada de estupefacción.

Las dos mujeres se resbalaron y salieron corriendo escaleras abajo. Sus pisadas en los escalones de madera sonaban huecas, exactamente igual que los latidos del corazón de Amelia. Echó una mirada rápida por encima del hombro y comprobó que nadie las seguía. La verdad es que eso supuso un alivio, pero no tanto como para detener su frenética huida.

Entraron dando tropezones en la cocina y agarrándose la una a la otra para evitar caerse. El impulso que traían tras su loca carrera por la escalera hizo que al terminar de bajarla les costara mantener el equilibrio, por no hablar de la compostura. La cocinera gritó y dejó caer el tazón de harina que tenía entre las manos.

—¡Oh, lo siento muchísimo! —Amelia buscó un trapo para ayudar a limpiar aquel desastre.

—¡Señorita Amelia! —Jane tiró del brazo de su compañera—. ¡Es posible que «él» esté bajando!

—Pero es que yo...

Se detuvo en seco en cuanto oyó unas pisadas de alguien bajando por la escalera de servicio. Parecían demasiado ligeras para ser las del marqués, pero no estaba dispuesta a quedarse para averiguarlo.

Capítulo 2



Anthony apoyó la cabeza en el respaldo del asiento de su carruaje. Llegar tres días antes de lo previsto había supuesto un caos en su casa, pero de haber permanecido más tiempo en su propiedad se habría convencido a sí mismo de que tendría que quedarse. Las amistades que lo habían persuadido para que recuperara su lugar en la sociedad londinense habían regresado a la ciudad hacía casi dos semanas y lo habían vuelto a dejar rumiando en Hertfordshire.

Para acabar con la cordura de su cocinera, esta noche cenaría con esos mismos amigos.

Tal vez ellos pudieran ayudarle a olvidar a la enigmática joven que había encontrado limpiando la biblioteca. Se había quedado cautivado desde el momento en que la había visto encaramada a la escalera, tarareando una cancioncilla mientras pasaba un paño por los libros y las estanterías. La risita de felicidad que tenía en la cara cuando le dio una patada a la estantería e hizo que la escalera bajara por la pared a toda velocidad lo había dejado tan fascinado que hasta se le había olvidado retirarse antes de que la bota se le quedara atascada en la escalera.

Y a continuación había caído en sus brazos.

Dos años antes se habría sentido encantado ante una situación así. Habría coqueteado con ella en lugar de quedarse a una distancia prudencial a la espera de que ella pudiera recomponerse. Le había resultado difícil luchar contra sus viejos instintos durante ese encuentro.

Lo suficientemente difícil como para querer verla de nuevo.

Lo suficientemente difícil como para comprender que lo mejor era evitarla. Estaba intentando demostrarse a sí mismo y ante Dios que él era, por supuesto, el nuevo ser que la Biblia le decía ser. Obsesionarse por una mujer a la que apenas acababa de conocer era más propio de su antiguo yo y suponía un impedimento para mantener su actual paz mental.

Lo cierto es que ella no era el tipo de mujer que le solía gustar. Llevaba el cabello negro estirado y recogido en un práctico rodete, desprovisto de tirabuzones que le enmarcaran el rostro, y un vestido de color barro sin adornos, además de unas botas muy usadas. Parecía una columna de un marrón indescriptible de la cabeza a los pies. Era bella, pero no una belleza clásica, y no llevaba puesto nada que pareciera siquiera estar de moda.

A pesar de ello, jamás había visto a alguien tan feliz de estar donde estaba. Su regocijo en pleno degradante acto de limpieza no se parecía a nada que hubiera visto antes.

Sentirse atraído por la bondad y la alegría eran señales de que estaba cambiando para mejor, ¿no? A nadie hacía daño que el envoltorio de la bondad y de la alegría fuera el cuerpo de un hada del bosque.

El carruaje se detuvo delante de la casa de Londres de su buen amigo Griffith, el duque de Riverton.

Otra señal de que ya no era el mismo.

Hasta hacía dos años, Griffith había sido solo un vecino perteneciente a la aristocracia. Jamás había puesto un pie en la casa de aquel hombre más que para asistir a reuniones en las que había como mínimo cien personas, a pesar de que sus fincas estaban a apenas ocho kilómetros de distancia. Ahora, Griffith y sus hermanos eran lo más parecido a una familia que tenía Anthony.

El mayordomo lo guio hasta el salón y Anthony sonrió al ver a Miranda, la mayor de las hermanas pequeñas de Griffith.

—Conviertes la vuelta a Londres en un acontecimiento espléndido.

Miranda le devolvió la sonrisa a Anthony mientras cruzaba el salón con sus ojos verdes rebosantes de humor.

—Aceptaré el cumplido, a pesar de la ausencia de rivales. Vuelve a decírmelo cuando todas hayan tenido la oportunidad de saludarte. Les doy dos

días como máximo para que pasen a visitarte por una u otra razón.

—No he dicho oficialmente a nadie que he vuelto a Londres. —Anthony hubiera jurado que sería imposible resoplar como una dama, pero Miranda se las apañó para conseguirlo.

—No importa.

No pudo evitar soltar un gemido de malestar, aunque le faltó el refinamiento de Miranda. Se acercó a la licorera del brandi y se sirvió una limonada.

—Lo único que quiero es tener la oportunidad de sentar cabeza sin que me importunen. Suena insoportablemente egoísta, pero creo de verdad que mi vuelta a la ciudad me convertirá en presa en lugar de cazador.

El simple hecho de pensar en ello fue suficiente para que le entraran ganas de volver a su finca campestre otra vez. Mientras se servía la limonada vio a Trent, el hermano pequeño de Griffith, que estaba sentado junto a la chimenea.

—¿Van a venir Griffith y Georgina esta noche?

—Griffith partió esta mañana, temprano. Quiere solucionar unos asuntos relacionados con su ducado en algunas de sus fincas antes de que comience la temporada. —Miranda le lanzó una mirada cortante a su hermano—. Trent está enfadado. Griffith le prometió que sería mi acompañante este año y Trent dice que el hermano mayor está eludiendo sus responsabilidades. Me encanta ser una carga.

Anthony se sintió aliviado de no ser él el objetivo de la mirada que lanzó Miranda.

Trent, de pie, tosió y se tiró de la corbata.

—Sí, bueno, Georgina llegará en cualquier momento. A su lado se me ve positivo y contento. Está molesta con nosotros por no permitirle participar todavía en los acontecimientos sociales.

—Se sintió muy sosegada cuando le informé de que podría venir con nosotros a cenar esta noche. —Miranda dejó de mirar a su hermano y ahora miró a su invitado—. Creo que siente algo por ti, Anthony.

—Como todas las mujeres inteligentes. —Anthony logró el favor de Miranda poniendo su sonrisa más encantadora—. He estado esperando que llegara el momento de que vuelvas a tus cabales y caigas rendida también a mis pies. —Levantó la copa en dirección a ella.

—Eso sería como casarse con mi hermano —dijo Miranda haciendo una mueca de disgusto.

—Dudo de que quede un hueco para ella una vez que hagas tu primera aparición social. —Trent trató de ocultar su enorme sonrisa.

Miranda miró de reojo a su hermano.

—Lo cierto, Trent, es que lleva dos años sin poner un pie en la ciudad. Deberías tener en cuenta que muchos de sus conocidos podrían haberse olvidado de él.

Anthony tosió para recordar a los hermanos que él estaba allí presente.

Trent agarró a Miranda por un hombro, miró al suelo y sacudió despacio la cabeza.

—Querida, queridísima hermana, estamos hablando de toda una leyenda. —Levantó la cabeza y apuntó a Anthony con el vaso haciendo una mueca con la boca—. Él mismo me lo ha dicho. —A Anthony se le puso el cuello rojo. Si iba a ruborizarse por primera vez en muchos años, ¿no debería ser por algo mucho más subido de tono que aquel comentario distendido?

—Sí, sí. —Miranda gesticuló con las manos en el aire—. El soltero enormemente popular que posee título, fortuna y mala reputación por apostar en las carreras, por codearse con mujeres y por varias actividades placenteras más. Aunque raros, los hombres de esa índole no son imposibles de encontrar.

—¿Qué sabes tú de sus «actividades placenteras»? —Trent le dirigió una grave mirada, más de hermano mayor que de amable caballero. Ambos clavaron los ojos, verdes y de la misma forma, en el otro. Él encogió los suyos cuando vio que su hermana esbozaba una sonrisa pícara.

Anthony se cambió de sitio intentando no ponerse más colorado. Tampoco le gustaba que Miranda estuviera informada de sus anteriores «actividades placenteras».

—Solo de oídas, te lo aseguro. A las damas les encanta cotillear cuando van de visita, pero ninguna cuenta detalle a las solteras. Solo comparten lo suficiente para asustar a todas las jovencitas decentes.

A la vez que el espantoso calor se extendía por el cuello de Anthony y le llegaba a las orejas, las carcajadas de Trent resonaron en toda la habitación. Se rio tan fuerte que tuvo que agacharse y tomar enormes bocanadas de aire

para recuperar el aliento.

—Miranda, Tony es marqués, y encima es rico. Podría haber una sarta de vírgenes depravadas...

—¡Trent!

—Y otra de hijos ilegítimos persiguiéndolo y aun así podría elegir a cualquier mujer soltera de la ciudad.

—Ya lo supongo. —Miranda escondió su sonrisa tras el vaso—. Imagínate si todos ellos supieran que es capaz de subirse a un manzano cuando lo acorralan.

—Por no mencionar su habilidad para seguir en el árbol aun después de desmayarse. —Trent brindó por él una vez más.

Anthony hubiera preferido que no le recordaran el estupor de su última borrachera, a pesar de que concluyera de un modo fascinante e incómodo en un huerto lleno de manzanos. Sin embargo, gracias a ese acontecimiento Griffith había entrado en su vida y la había cambiado para siempre, así que no podía abominar por completo de la experiencia. Al menos el recuerdo fue suficientemente solemne como para refrescarle el rubor de las mejillas.

Miranda miró a Anthony directamente a los ojos.

—Mientras no te metas en ningún escándalo podremos seguir buscándote esa joya rara a la que no le importe tu pasado y conozca al hombre nuevo en que te has convertido.

¿Qué se suponía que debía responder a eso? ¿«Ah, sí, gracias»?

—No te olvides de dar con una joya para ti, querida hermana. No me entusiasma la idea de volver a pasearte por ahí la próxima temporada.

Trent se libró de convertirse en víctima de un fratricidio gracias a que hizo su entrada una excitante joven con la cabeza llena de rizos rubios y unos sonrientes ojos verdes. Georgina apareció bailando en el salón con una atractiva sonrisa decorando su rostro.

—Ya estoy aquí. Qué bien que me hayáis esperado.

Anthony se puso de pie mientras la animada fémica hacía una reverencia para saludar, se daba la vuelta y se acercaba a él.

—Si aceptarais esperarme, milord. Mi autoritaria familia me dejará salir de la escuela la próxima temporada. Entonces podremos bailar al son de

nuestra dicha conyugal.

Anthony soltó una carcajada y besó su mano extendida, agradecido de poder tener una conversación más ligera.

—Ay, bella doncella, me temo que no soy digno de tus zapatillas de baile. Tendré que consolarme con alguien que esté al alcance de estos humildes brazos.

—¡Tonterías! —Georgina le dio un pequeño cachete a Anthony en el hombro—. Serás la sensación de la temporada. Ojalá pudiera ver a todo Londres rendirse a tus pies cuando se enteren de que estás buscando esposa. —Exhaló tal suspiro que casi apagó las velas que había en la sala.

Imaginarse a las bellezas londinenses a sus pies le recordó el percance de aquella misma mañana.

—Miranda, ¿conoces a una morena bastante bajita llamada Amelia?

Un sirviente entró para anunciar la cena.

—Me temo que tendrás que ser un poco más específico, Anthony —murmuró Miranda con indiferencia mientras se levantaba para tomarlo del brazo.

—Me encontré con una joven limpiando el polvo de mi biblioteca cuando llegué hoy a casa. Iba vestida considerablemente mejor que una sirvienta normal.

—¿Se trataba de una dama dispuesta a contraer matrimonio intentando atraer tu atención? —dijo Trent riéndose.

—De ser así, hizo un trabajo terrible. —Georgina puso una mano sobre el brazo de Trent—. No podrá visitarla si desconoce su nombre completo.

—Lo siento, no se me ocurre qué mujer podría estar limpiando el polvo de tu biblioteca, Anthony —dijo Miranda al pasar por delante de un lacayo que tenía los ojos muy abiertos.

Anthony suspiró.

—Compórtate como un diamante y mantén los oídos abiertos para mí, ¿de acuerdo? Quiero enterarme de quién es.

Capítulo 3



El simple hecho de prestarle atención a la solicitud demostraba que debía haber perdido la razón. Amelia se atragantó con un trozo de tostada cuando estaba intentando asimilar la petición de la señora Harris.

—¿Quiere que haga qué?

La entrañable ama de llaves era lo más parecido a una madre que Amelia había tenido. Habría hecho cualquier cosa por la mujer que se las había ingeniado para que se adaptara a Londres cuando el vizconde la había enviado allí hacía ya casi diez años.

Cualquier cosa... excepto volver a la casa del marqués.

La señora Harris puso una botella sobre la mesa del escritorio, que estaba llena de arañazos, dando un golpe seco.

—Que le lleves este tónico a Emma. Dijiste que ayer seguía enferma.

Amelia jamás se había fijado en la cantidad de golpes y abolladuras que tenía aquella vieja mesa. Se había sentado allí a desayunar todas las mañanas y a cenar hasta que la señorita Ryan, su institutriz y dama de compañía, la había declarado no apropiada para ese uso. A partir de entonces todos habían empezado a cenar en el comedor.

Amelia opinaba que esa solución lo único que hacía era dar más trabajo, pero ya que gracias a ello los sirvientes se sentían como si estuvieran haciendo las cosas de modo ortodoxo, nunca se quejó.

—¿De verdad cree que lo necesita? —preguntó.

—¿Acaso crees que ese dragón que tienen por ama de llaves va a permitir que permanezca en la casa si sigue sin poder trabajar?

Amelia acarició la superficie de la mesa, áspera, hasta alcanzar la suave botella de cristal.

—Tal vez podría llevarla Lydia —tanteó esperanzada, refiriéndose a la doncella a la que le salían aquellos tirabuzones rubios por los filos de la cofia—, ¿tal vez Fenton?

Incluso antes de que la señora Harris le dedicara una mirada inquisitiva, Amelia ya sabía que sus sugerencias no tenían sentido. Ella era la señora de la casa, así que a ella le correspondía ir a visitar a sus amigos y velar por ellos y cuidarlos cuando fuera necesario. Enviar a la doncella o al mayordomo, que tenían un montón de tareas por hacer, resultaría impersonal y estaría fuera de lugar.

Si al menos tuviera derecho a reclamar otras obligaciones propias de la señora de la casa, como asistir a veladas o a reuniones sociales por la tarde... Pero cuando lo único que se conoce de la élite londinense es a los sirvientes, no a los señores, es difícil lograr tener presencia social.

—¿Me estás ocultando algo? —La señora Harris apoyó el puño en una de sus flacas caderas y observó a Amelia con la misma mirada asesina con la que le había obligado a confesar que había sido ella quien se había comido todas las galletas de jengibre en su primera Navidad en Londres. El ama de llaves encogió los ojos—. Tienes cara de culpable. Como aquella vez que estuviste escondiendo a la señorita Celia Scott en el taller de la modista todas las noches durante dos semanas, como si ella fuera el duende de los zapateros.

—Consiguió el trabajo, ¿recuerda?

—A costa de todas las velas de esta casa. Creí que me iba a volver loca cuando vi que no encontraba ni una. —La señora Harris se cruzó de brazos, pero no relajó la mirada acusatoria—. ¿En qué lío te has metido ahora?

Si las opciones que tenía Amelia eran llevarle el tónico a Emma o contarle al ama de llaves la historia del marqués, no hacía falta entrar en discusiones. Agarró la botella y se la pegó al pecho.

—En ninguno. Probablemente el ajetreo de la temporada me está afectando. Tanto ruido y tanto tráfico. —Amelia se levantó del taburete—. Lo llevaré

ahora. Como bien ha dicho usted, Emma no puede permitirse no trabajar ni un solo día más.

Pero cuando se estaba abrochando los botones del jubón y poniéndose el sombrero seguía buscando una excusa para no ir. Caminando por la calle su cerebro parecía un torbellino, dando vueltas a la cantidad de razones por las que volver al escenario de su humillación no le parecía buena idea.

Tomó un atajo por un callejón y vio la parte superior de la casa del marqués por encima de los tejados de las caballerizas. El extraño olor a caballos y cuero le hacía cosquillas en la nariz y le recordó cuán diferente era la vida del marqués a la suya. Le pareció sorprendentemente estimulante.

Era probable que siguiera acostado. Si se había levantado temprano estaría en el club o en uno de esos otros lugares en los que los caballeros ociosos solían pasar el tiempo. No se encontraría en casa, y desde luego no en la cocina. Amelia podría entrar y salir sin necesidad de pasar por otra situación incómoda.

Cuando estaba cruzando despacito los enormes setos para dirigirse a la entrada de la cocina de la casa del marqués, sita en la calle Grosvenor, su confianza mental había convencido prácticamente a su corazón para que latiera a ritmo normal.

Una risita masculina hizo que se le detuviera por completo.

Se paró en seco. No podía ser él.

Se agachó para asomarse por debajo del seto. Estaba tendido sobre una manta y había una bandeja con una jarra de limonada medio llena a cierta distancia y una enorme pila de tarjetas en el suelo junto a él. Tomó una. El leve gemido que dio llegó a los oídos de Amelia antes de que él la lanzara por encima de su propia cabeza hacia la hierba del jardín.

¿Qué estaría haciendo?

—Así que *lady* Charles está organizando una velada, ¿eh? —Suspiró y tiró la blanca tarjeta por detrás de él—. Me pregunto si ya habrá dejado de servir carne cruda a sus invitados. —Se encogió de hombros y continuó con la siguiente—. Un baile organizado por la condesa de Brigston. Asistirá muchísima gente, eso me permitiría saludarlos a todos de una vez —dijo, y colocó la tarjeta sobre otra pila que tenía a la altura de la cintura—. Aunque

tal vez sea mejor ir poco a poco. Me gustaba Harry Wittcomb en la escuela. Una cena en su casa podría ser agradable. —Esta tarjeta la puso en otro montón que tenía al lado de la rodilla.

Debería irse de allí. Estaba en el jardín privado de aquel hombre, que tenía derecho a creer que sus pensamientos verbalizados no los estaba oyendo nadie más que él, pero ¿qué clase de hombre organizaba una merienda en su propio jardín y tiraba invitaciones a diestro y siniestro a su alrededor?

«Por el amor de Dios, Amelia. Qué más da si el hombre no es un dechado de virtudes: se merece tener intimidad».

Pero aquel comportamiento era demasiado intrigante como para marcharse.



Anthony tomó la siguiente tarjeta de la pila, que parecía interminable. ¿Todos esos acontecimientos iban a tener lugar en los próximos días? Suspiró y abrió otra invitación.

—Una fiesta en el jardín. Suelen ser un aburrimiento, a menos que conozcas bien a los demás invitados. ¿Quién es *lady* Galvine? Supongo que estará desposada con lord Galvine, pero tampoco he oído hablar de él jamás.

Riéndose de su propio ingenio, Anthony arrojó el pedazo de papel por encima de su cabeza y tomó el siguiente.

—¿Qué está haciendo?! —La iracunda voz de su ayudante de cámara, Harper, sonó a su derecha.

Un vistazo rápido por el claro confirmó que él no había sido el blanco de aquel ataque verbal. Lo cual le hizo preguntarse quién lo sería. Anthony se incorporó y echó a correr por la zona de la vegetación.

¿Estaría Harper herido?, ¿estaría atacándole alguien? Era un tipo pequeño y delgado, extraña elección para un ayudante de cámara, pero aquel hombre sabía atar la corbata de una forma impecable.

—¡Harper! —gritó Anthony al rodear los setos. Se resbaló de un pie, pero enseguida volvió a recuperar el equilibrio.

Lo último que esperaba era encontrarse con que su ayudante de cámara había cazado a una mujer.

Y encima, no cualquier mujer.

Aquel familiar vestido marrón, los ojos color chocolate asustados, ese moño tan sobrio. Su mujer misteriosa había regresado.

Amelia chilló cuando se dio cuenta de que la había reconocido. Se tapó inmediatamente la cara con las manos y dejó solo sus enormes ojos marrones al descubierto. Sus miradas se cruzaron y abrió los ojos aún más hasta mostrar completamente el globo ocular.

Harper estaba agarrándola por un brazo. Amelia lo miró y se arremolinó con tal fuerza que le dio un golpe de costado y el sirviente necesitó dar varios pasos para recuperar el equilibrio.

Entonces Amelia salió corriendo.

—¡Espere! —Anthony se precipitó tras ella.

La muchacha miró por encima del hombro. Que la llamara funcionó como una espuela, pues la hizo correr más rápido. Pero Anthony, que tenía las piernas mucho más largas y no le estorbaban las faldas, era más veloz. Derrapó y se detuvo, la agarró por un hombro y le hizo darse la vuelta.

Ambos se miraron. A Anthony el aliento se le acumuló en los pulmones cuando vio que en la cara de Amelia había una mezcla de tristeza y miedo. En el tiempo que tardó su corazón en latir varias veces miró intensamente aquellos grandes ojos marrones y percibió una emoción a la que no fue capaz de dar nombre.

—Vaya a la fiesta de *lady* Galvine —susurró Amelia con prisas—. Trata muy bien a sus criados y lleva todo el año planificándola. Su única hija está enamorada del hijo mayor del conde de Lyndley y él de ella, pero no creen que el conde les permita casarse. Lord Galvine no es más que un barón. Si usted anunciara allí su llegada a Londres, la fiesta adquiriría la importancia suficiente como para que a la señorita Kaitlyn la dejaran casarse con el hijo del conde.

Se alejó y corrió por la zona trasera de las caballerizas.

Él la persiguió, pero cuando alcanzó el callejón Amelia había desaparecido. Su mujer misteriosa había vuelto a escapar.



—¿Para qué hemos venido? —Amelia frunció el ceño ante la fila de relucientes escaparates que había en la calle Bond. Tras su encuentro con el marqués y su ayudante de cámara lo único que quería era esconderse en su habitación y regodearse en sus inútiles quejas fantaseando en vano.

Fantasías en las que su encuentro con el marqués transcurría en un lugar respetable, ella sabía exactamente qué decir y su vestido no era de un práctico color marrón.

—Llevas más de una semana deambulando por la casa con la cara mustia, refunfuñando sobre setos y trapos para limpiar el polvo. Necesitabas salir. Además, te hace falta un vestido nuevo. —La señorita Ryan, su institutriz convertida en amiga, reafirmó su declaración moviendo la cabeza, lo que hizo que sus bucles negros se balancearan a ambos lados de su sombrero.

Amelia salió de su ensueño parpadeando y se miró la falda.

—Este vestido no tiene nada de malo.

No si no lo comparabas con todos los demás que se veían por la calle.

—Aparte de las dos tiras de adornos que le hemos cosido en el bajo para ocultar los jirones, del desgarró que tiene por detrás, justo donde hubo que coserle un agujero por debajo del brazo y de que la cinturilla lleva tres años pasada de moda, no, la verdad es que no tiene nada de malo —coincidió la señorita Ryan.

Amelia no quería acostumbrarse a las galas de la clase alta para que dentro de pocos meses, cuando cumpliera veintiún años, se las quitaran. ¿Cómo saber si el vizconde la seguiría manteniendo? ¿Se acordaría siquiera de que ella existía?

—Mi vestido es adecuado para lo que hago. A ninguna de mis amistades le importa que haya tenido que remendar un dobladillo harapiento alguna vez. — A lo largo de los años había hecho muchas amigas e incluso la habían invitado a tomar el té en alguna ocasión. Pero no eran la clase de amigas que ayudarían socialmente a una chica.

La señorita Ryan sacudió la cabeza.

—No te casarás si limitas tu vida social a estar con los criados. Eres la hija de un caballero.

—Me gustan los criados —masculló Amelia. Fueron los únicos que le

dirigieron la palabra cuando la dejaron en Londres a los once años.

—Los criados no se casan, querida. —La señorita Ryan acarició el brazo de Amelia reconfortándola.

—Tampoco se casan los pupilos anónimos de los vizcondes olvidados —se atrevió a contradecirla Amelia cruzándose de brazos.

—Esto es Londres. Los caminos del Señor son inescrutables. Tal vez los conozcamos si llevamos el vestido adecuado. —La señorita Ryan sonrió, pero no miró a Amelia—. A Cenicienta le cambió la vida, ¿no crees?

Antes de que Amelia pudiera preguntarle a la señorita Ryan que dónde escondía un hada madrina, se dio cuenta de que la había agarrado por un codo y la había metido en una tienda.

Había dos elegantes señoras tomando el té sentadas junto al escaparate. Otras tres estaban mirando un libro lleno de ilustraciones de moda mientras otras dos examinaban una selección de telas.

—¡Pero si esta es la tienda de la señora Bellieme! Aquí seguro que cuesta dinero hasta respirar el mismo aire que ella —balbució Amelia.

—Llevamos diez años ahorrando. —La señorita Ryan se encogió de hombros—. Y de todas formas no hemos venido a verla a ella.

—Ah, ¿no? —Amelia se agarró el sombrero para evitar que saliera volando cuando la señorita Ryan la empujó tras una cortina de seda dorada.

La luz natural que entraba por las ventanas traseras de la tienda era considerablemente más fuerte que la de la zona delantera, en penumbra. Amelia tuvo que guiñar los ojos para acostumbrarse al sol.

—¡Señorita Amelia!

Amelia sacudió la cabeza para fijarse en la persona que le había hablado, una señora de mediana edad que llevaba un ligero vestido azul y el escaso cabello castaño recogido en un moño bajo. Tardó un poco en reconocer a la noble venida a menos que había conocido en los bancos de la iglesia de St. George unos cinco años antes.

—¡Buenos días, Sally! Hace años que no te veo.

—Desde que me ayudaste a conseguir aquel trabajo en Hampstead Heath. Jamás podré agradecerte lo suficiente que le hablaras bien de mí al ama de llaves. Tuve el privilegio de trabajar como acompañante de *lady* Margaret

hasta que falleció. Ahora soy dama de compañía. —Sally se asomó por un biombo plegable que separaba gran parte de la zona trasera del resto del área de trabajo.

Amelia también miró el biombo. La señora a la que Sally acompañaba debía de estar allí detrás probándose un vestido.

—¿No te necesita ahí dentro? Yo pensaba que una dama de compañía opinaba sobre las pruebas de los vestidos.

—Suelo esperar aquí fuera. A veces visito a Celia. Su hermano, Finch, es lacayo de la familia para la que trabajo ahora.

La señorita Ryan seguía mirando el biombo desde que habían pasado a aquella zona, tras las cortinas.

—Celia se emocionó cuando supo que hoy vendríamos. Dijo que todavía se pasa por aquí de noche a veces para trabajar a la luz de una vela y recordar las ganas que tenía de conseguir el puesto.

Una joven alta y rubia se asomó de repente por el biombo alisándose la falda a la altura de las caderas.

—Que los lleven a casa cuando estén terminados, señora Bellieme. No necesitaré el otro vestido de gala hasta la semana que viene.

—Por supuesto, *milady*. —La modista era mayor de lo que Amelia recordaba, aunque hacía por lo menos tres años que no la veía.

—Sally, nos vamos.

Amelia no fue capaz de adivinar qué debió pensar la dama cuando con sus brillantes ojos verdes los miró a ella y a los dos sirvientes, pues ninguno de los tres formaba parte del círculo íntimo de la mejor modista de Londres, pero al menos la mujer comprendió por qué estaba Sally allí.

—Claro. —Sally terminó el breve encuentro haciendo un ligero saludo. Un retículo verde, probablemente de su señora, le colgaba de la cintura—. Que pase buen día, señorita Amelia.

Amelia asintió con la cabeza sin decir nada a Sally para no meterla en problemas. La dama continuó mirando a una y otra.

Cuando ambas desaparecieron tras la cortina, Celia salió de detrás del biombo.

—¡Señorita Amelia! —Se acercó de un salto y rodeó a Amelia con sus

delgados brazos.

La señora Bellieme le dedicó a Amelia una sonrisa y le dio un toque en el hombro antes de volver a la zona principal de la tienda.

Amelia se separó de Celia, que seguía sonriendo tras abrazarla.

—¡Me alegro de verte! —La joven volvió a darle un apretón con tanto entusiasmo que le arrancó una sonrisa a Amelia.

—¿Cómo te va, Celia?

—Mejor de lo que jamás soñé. Ven, ven, tu vestido está listo. —Celia la llevó a tirones hacia el probador. La señorita Ryan la empujaba por detrás.

Amelia pesaba tan poco que entre las dos pudieron arrastrarla sin esfuerzo a pesar de que se había quedado petrificada. ¿Ya le habían hecho un vestido? ¿Cómo? ¿Cuándo?

—La señora Bellieme ya no puede coser tan bien como antes, así que me he convertido en su aprendiz secreta. Dice que tengo muy buen ojo para la moda y una mano con la aguja casi tan buena como la suya. —Celia estaba tan emocionada que el moño oscuro en que llevaba recogido el pelo se le movía de arriba abajo.

Sacó un precioso vestido de muselina verde estampada de ramitas.

—Lleva un redingote a juego. Vamos, vamos, Pruébatelo.

La muchacha tiró del vestido de Amelia para quitárselo, deseando verla con el nuevo. Amelia empezó a emocionarse cuando sintió el tacto de aquella tela sobre su piel.

Celia había utilizado un viejo vestido de Amelia para sacar la talla, así que no iban a hacer falta muchos arreglos para que le quedara perfecto. Solo requería unas cuantas puntadas rápidas y Amelia estaría lista para lucir el conjunto de tarde más bonito que jamás hubiera visto.

Tras doblar el vestido viejo de Amelia y meterlo en una caja, Celia la abrazó de nuevo y le dijo a la señorita Ryan que la avisara cuando quisieran que le confeccionaran más.

—Este es demasiado bonito. —Amelia danzaba de un sitio a otro disfrutando del frufú de su nueva falda—. Puede que nunca vuelva a parecerme aceptable ningún otro vestido.

Todas se rieron al salir de la zona de los probadores.

—Oh, Dios. —La voz de la señorita Ryan sonó forzada, casi inexpresiva.

—Oh, vaya por Dios —añadió Celia.

Amelia miró a su alrededor, pero no entendía qué les causaba aquella extrañeza.

—¿Qué ocurre?

Celia se agachó para recoger un retículo verde del suelo.

Capítulo 4



—Esto no traerá nada bueno —dijo la señorita Ryan—. ¿Cómo puede haberlo olvidado Sally?

—¿No pueden enviárselo? —Amelia miró a todo el grupo. ¿Por qué estarían tan preocupadas? La solución era muy sencilla. La alta dama no podía ser la primera persona del mundo en extraviar sus pertenencias.

Celia sacudió la cabeza.

—Ya ha salido el lacayo.

—Espero que no despidan a Sally —dijo la señorita Ryan mordiéndose el labio.

¿A qué venía tanta repentina preocupación por el trabajo de la gente? Primero la señora Harris tenía miedo por Emma y ahora la señorita Ryan mencionaba a Sally. ¿Acaso creían que todo el mundo estaba en inminente peligro de desempleo?

—*Lady* Miranda es amable, pero de niña era muy emotiva e impredecible.

—Celia miró a Amelia por el rabillo del ojo.

Algo extraño estaba ocurriendo, pero Amelia no tenía ni la menor idea de qué podía ser.

—¿*Lady* Miranda?

—*Lady* Miranda Hawthorne. La hermana del duque de Riverton. —Asintió Celia.

Amelia no había caído en la cuenta del trabajo tan prestigioso que había

encontrado Sally. Resignada a tener que mantener otro encuentro con la aristocracia, recogió el bolso.

—La casa de los Hawthorne no queda apartada de nuestro camino.

Socialmente estaba a varios kilómetros de distancia, pero físicamente apenas a un par de calles. Amelia jamás había visitado la casa de los Hawthorne, a pesar de que conocía al mayordomo y a varios sirvientes. Le parecía demasiado intimidatoria. Con el bonito bolso verde colgado de la mano, salió de nuevo a la calle Bond acompañada de la señorita Ryan.

Dejaron la calle de las tiendas atrás comentando las bonitas mercancías que se veían en los variados escaparates. Entonces, de repente, la señora Ryan tropezó con Amelia y casi la hizo caer al suelo.

—¡Oh! Oh, Dios mío, señorita Ryan, ¿se encuentra bien?

La institutriz se las arregló para cruzar al otro lado de la acera y apoyarse en un edificio. Iba cojeando de forma evidente. Amelia se mordió el labio.

—¿Llamamos a un coche de alquiler?

La señora Ryan señaló hacia Grosvenor Square, que quedaba a la vista pero en sentido contrario a su casa.

—Podré llegar a casa. Ve tú primero sin mí.

—Usted... pero... ¡No puedo ir sola!

—Estoy segura de que Finch o Gibson se encargarán de que llegues a salvo a casa. —La señora Ryan cuadró los hombros y echó a andar cojeando por la calle que la conduciría hasta la calle Mount—. Recuerda que Sally depende de ti.

Amelia miró a la institutriz y a continuación la calle que quedaba a lo lejos. «¿Había perdido la cabeza la señorita Ryan?». Sintió que el retículo le pesaba en las manos. No podría llevárselo a casa. Las opciones eran continuar hasta la casa de los Hawthorne o llevar otra vez el bolso a la calle Bond.

Puesto que caminar sola por la calle Bond le pareció peor idea que hacerlo por Grosvenor Square, continuó andando.



La casa de los Hawthorne apareció, imponente, cuando Amelia atravesó

Grosvenor Square. Las enormes columnas parecían sobrecogedoras incluso aunque uno no supiera quién residía allí. Pocas casas de Londres eran más grandes que esta, y pocos hombres eran más poderosos que su propietario.

Se alisó la falda. El conjunto seguía siendo el más bonito que jamás se hubiera puesto o que hubiera tenido ante sus ojos, pero no parecía estar a la altura de la tarea de socializar con la hermana de un duque.

—Señor, no me dejes sola —susurró antes de inspirar fuertemente y subir las escaleras. Llamó a la puerta tan tímidamente que pensó que nadie la oiría, pero enseguida se oyó un pestillo correrse.

—¿Señorita Amelia? —La sorpresa del mayordomo al abrir la puerta fue evidente.

Se mordió el labio. ¿Debería haber llamado por la puerta de servicio?

—Buenos días, Gibson. Vengo a entregar algo. —Extendió el brazo y mostró el bolso verde colgado de sus dedos balanceándose como el péndulo de un reloj que contara los minutos que faltaban hasta su próxima humillación.

—¡Dios la bendiga! Pase. La señora descubrió que lo había perdido hace un momento. —Gibson la condujo a un hermoso salón decorado en blanco y dorado—. Por favor, siéntese.

—No es necesario, Gibson. Puedo dejar el bolso en el recibidor. —Su tono de súplica la hizo estremecerse. Cobarde o no, encontrarse cara a cara y conversar con *lady* Miranda no le parecía buena idea. Sus encuentros con el marqués eran prueba más que suficiente de lo inepta que era relacionándose con la aristocracia.

—Insistirá en agradecerse en persona. Espere aquí, señorita Amelia, si es tan amable. —Gibson salió a toda prisa de la habitación.

Dejar el retículo en una silla y marcharse le pareció buena idea, pero Gibson sabía dónde vivía. Lo único que faltaba sería que *lady* Miranda apareciera en su propia casa.

La dama rubia que había conocido en la modista entró en el salón con una cálida sonrisa en los labios y una evidente curiosidad en la mirada.

—Gibson me ha dicho que tiene usted mi retículo, ¿es cierto?

—Mmm... sí, *milady*. —Amelia levantó el brazo como si fuera a darle una puñalada a alguien y mostró el retículo colgando otra vez.

Lady Miranda lo tomó.

—Lo vimos justo cuando nos íbamos. Está todo. Celia sabía que era de usted, así que no ha hecho falta abrirlo.

Se le formaron unas arruguitas en los rabillos de sus brillantes ojos verdes y en las comisuras de los labios, que había curvado ligeramente. ¿Le divertía lo que Amelia le acababa de contar? Tal vez le parecía graciosa su falta de compostura. Empezó a enredar los dedos en el cordón de su propio retículo.

—Gracias. —La dama dejó el bolso sobre una mesa cercana—. Soy *lady* Miranda Hawthorne.

—Lo sé. Quiero decir que Celia me dijo quién es usted. —Amelia cerró la boca. No empezaría a hablar como una cotorra ni demostraría lo incómoda que se sentía. Pensaba limitarse a emitir frases de dos palabras, lo que apenas le permitiría decir más que «Sí, *milady*», «No, *milady*».

Lady Miranda bajó la cabeza y levantó las cejas.

—¡Oh! —gritó Amelia—. Soy Amelia Stalwood. —Aquello sumaban tres palabras, aunque tal vez su nombre y apellido contaran como solo una—. Un placer conocerla. — De acuerdo, podría pronunciar frases de tres palabras siempre que fueran frases inteligentes.

Lady Miranda sonrió como si todas las visitas hubieran perdido la cordura. Tal vez así era. Después de todo, se trataba de la casa de un duque.

—Lleva un vestido precioso. ¿Estaba usted recogéndolo?

Gibson apareció por la puerta antes de que Amelia respondiera.

—¿Le apetece un té, *milady*?

—Oh, no, Gibson, yo no... —Amelia se detuvo en seco. Estaba respondiendo al mayordomo. Notó calor subiéndole por las mejillas y las orejas. La nariz, en cambio, la tenía helada. Miró a *lady* Miranda y vio que se había quedado inmóvil y con la boca ligeramente abierta como si también fuera a responder al mayordomo.

—Señorita Stalwood. Amelia Stalwood, ¿verdad? —Lady Miranda fue la primera en recuperar la compostura—. Por favor, quédese. Gibson, un té sería estupendo.

El mayordomo se inclinó y se dio la vuelta para abandonar la habitación.

Lady Miranda señaló una silla de brocado blanca. Amelia se sentó en el

borde, dispuesta a salir corriendo si se le presentaba la oportunidad.

El hermano de Celia, Finch, entró con un servicio de té antes de que *lady* Miranda pudiera terminar de arreglarse la falda en el sofá que había al lado. A Amelia le pareció que debía de estar con la bandeja ya preparada en el pasillo cuando Gibson había entrado a ofrecerles el té.

Parpadeó sorprendida. *lady* Miranda dudó antes de ordenar a Finch que dejara la bandeja sobre una mesita baja.

—Gracias, Finch. —Amelia cerró los ojos. Había vuelto a hablar ella. Conocía al criado de otra persona nada menos que por su nombre. Estaba segura de que *lady* Miranda la echaría a patadas por la cocina por este exceso de familiaridad.

La habitación quedó en silencio. Ni siquiera se oía el tictac de un reloj. Amelia no se había sentido tan vulnerable desde que tenía diez años, de pie ante la puerta de la casa del vizconde con solo un baúl, una maleta y una carta de su abuela reivindicando los lazos familiares más distantes que pudieran imaginarse.

¿Qué estaría buscando la mujer que tenía sentada enfrente? ¿Lo habría descubierto? Por fin, *lady* Miranda concluyó su inspección. Movi6 la cabeza y comenzó a servir el té.

—¿Conoce a mis sirvientes?

—Mmm... sí, *milady*. —Amelia intentó comportarse exactamente igual que la mujer ante la que estaba. *lady* Miranda se quedó callada, extrañada, tras servirse su taza de té. Tenía la mano revoloteando por encima de la jarra de la leche.

—Sin leche, solo azúcar, por favor. —Una sensación de confianza recorrió la columna dorsal de Amelia. Aquello había sonado casi culto y sofisticado. De acuerdo, solo se trataba de un comentario sobre cómo quería el té, pero...

—¿Se lleva usted bien con muchos sirvientes? —Volvió la inc6moda curiosidad.

—Supongo que sí. —La cosa no estaba saliendo en absoluto como Amelia había previsto. No se avergonzaba de su relación con el bajo Londres, pero jamás imaginó que una dama de alta alcurnia le preguntaría al respecto.

—Yo misma he intentado siempre llevarme bien con las personas a las que

contrato, pero jamás he tenido la capacidad de referirme a los sirvientes de otras personas por su nombre. —Lady Miranda le ofreció una taza de té.

Deseando que no le temblaran las manos, Amelia aceptó la taza. Su idea de «llevarse bien» era posiblemente distinta a la de *lady* Miranda.

—¿Conoce también a mi criada? —Sirvió otra taza de té. Le añadió un chorrito de leche y una pizca de azúcar. Amelia se tragó apresuradamente su sorbo de té.

—Sí, *milady*.

La dama puso algunas galletas en un platito y se lo ofreció a Amelia.

—No todo el mundo hace el esfuerzo de devolver a alguien lo que le pertenece.

—No ha supuesto ningún problema. —¿Qué otra cosa podía decir? Amelia mordisqueó una galleta para ganar tiempo.

Otra dama joven entró en la habitación. Su impresionante belleza hizo pestañear a Amelia. Tenía la cabeza llena de rizos rubios, con unos tirabuzones marcándole unos rasgos ante los que un fabricante de muñecas de porcelana se desvanecería.

—Gibson mencionó el té. —Evaluó a Amelia con sus ojos verdes—. Buenas tardes.

Lady Miranda sirvió otra taza de té.

—Te presento a mi nueva amiga, la señorita Amelia Stalwood. Señorita Stalwood, esta es mi hermana, *lady* Georgina.

Amelia posó su taza sobre la mesita. ¿Debía levantarse y hacer una reverencia? Era nada menos que la hermana de un duque. Debía de haber una forma correcta de comportarse en una situación así. Al final hizo una ligera inclinación de cabeza que arrancó una sonrisa burlona de la joven.

Amelia volvió a mirar al suelo deseando que las duelas de madera se la tragaran y la transportaran a las habitaciones de los criados. Allí se sentiría mucho más cómoda.

Las hermanas charlaban y sorbían su té. A veces formulaban alguna pregunta a Amelia. Tras varios intentos, Amelia dejó de vacilar al responder y se las arregló para que aquello pareciera una conversación normal.

—Ha sido tan amable al traerme el bolso que odio preguntarle esto. —Lady

Miranda se sirvió un poco más de té—. ¿Me haría usted otro favor?

Amelia tragó saliva. ¿Podría responder algo que no fuera un «sí»?

—¿Le apetece venir a cenar esta noche?

Amelia sacudió su taza de té. *lady* Miranda intentó ocultar su sonrisa bebiéndose un sorbo.

—Será muy distendido. Solo la familia y uno o dos amigos íntimos — añadió *lady* Miranda al ver que Amelia no le contestaba.

Sintió que los ojos verdes de la dama la atravesaban como uno de los animales de los que había leído en los libros de los científicos que estudiaba.

—Sería de gran ayuda. Georgina no puede acompañarnos esta noche, así que, sin usted, no nos cuadraría el número de comensales.

Lady Georgina le lanzó una mirada asesina a su hermana.

—Lo cierto es que yo... —Lady Miranda le dio una delicada patada en la espinilla. Amelia abrió los ojos de par en par. «¿Cuánto tiempo se tardaría en aprender a hacer algo tan grosero con la gracia de una dama? ¿Quién dedicaba su tiempo a desarrollar un talento tan extraordinario?».

—La comprendo. Yo también he tenido dieciséis años. —Lady Miranda acarició la mano de su hermana.

—Tengo diecisiete.

—Señorita Stalwood, por favor, diga que sí.

Amelia se agarró a la falda. Era imposible. ¿Cómo iba a ir?

—La necesito —dijo *lady* Miranda con las manos sobre el regazo y la mirada suplicante.

Amelia aceptó antes de pararse a pensar en ello. El nerviosismo le hacía cosquillas en los dedos, obligándola a esconderlos en la falda para que no se notara que estaba temblando. Ya no había vuelta atrás. Lo único que podía hacer era rezar para que no se arrepintiera antes de que acabara la noche.

Capítulo 5



— **E**n guardia. La luz del sol se reflejaba sobre el delgado metal cuando Anthony cortó su espada en dirección a Trent. El sudor le corría por la espalda y hacía que su camisa blanca de batista se le adhiriera a la piel. Encontrar a un compañero de esgrima tan compatible había sido una de las inesperadas ventajas de hacerse amigo de la familia Hawthorne. Pasar el tiempo con aquel joven era sorprendentemente agradable.

—¿Cómo va la caza de novias? —refunfuñó Trent.

Aunque fuera un imberbe insolente.

Anthony bloqueó la espada de Trent. No estaba dispuesto a permitir que su oponente lo distrajera con meras palabras, a pesar de que la «caza» hasta ese momento hubiese sido un auténtico fracaso.

—Deprimente.

Trent se rio mientras avanzaba como si estuviera bailando y clavaba su espada en el vientre de Anthony.

—¿Nadie que te parezca atractiva? ¿Qué tal la joven de los Laramy? Todavía no la conozco, pero todos dicen que su belleza es incomparable.

—Lo es. —Anthony levantó de un golpe la espada de Trent para forzarlo a retroceder un paso—. La belleza no es problema, pero empiezo a plantearme que el intelecto sí lo es.

Anthony resbaló de un pie, cayó hacia un lado y notó la punta roma de la espada de su contrincante rozándole las costillas. Admitiendo la derrota, se

quitó la máscara.

—Si la falta de ingenio de la aristocracia es equiparable a la cantidad de aspirantes que hay este año para contraer matrimonio, este país está perdido.

—Lady Miranda y *lady* Georgina —anunció el mayordomo desde la puerta de la terraza.

—Mejorando lo presente, por supuesto —murmuró Trent sonriendo.

Miranda arrugó la nariz al dirigirse a la terraza y señaló vagamente el cabello de ambos.

—Tenéis un aspecto... repugnante.

Anthony se pasó una mano por los rizos desaliñados, incómodo por estar solo en mangas de camisa. ¿Se había traído a la terraza el abrigo? La cara de Georgina era más de admiración que de repugnancia.

—Han estado haciendo un esfuerzo físico, Miranda. Una ocupación de lo más caballerosa. ¿Sabías que Trent iba a estar aquí?

—¿Ves? —dijo Trent—. Inteligente.

—Por supuesto que lo sabía. —Miranda miró a su hermana de una manera que hizo poner en duda la inteligencia de la joven—. No creo que yo hubiera venido si Anthony hubiera estado solo en casa.

Anthony se volvió para guardar su equipo de esgrima. Sería mejor que las damas no se dieran cuenta de que su discusión le provocaba risa. Tras recomponerse se volvió de nuevo y les hizo una pequeña reverencia.

—Damas, discúlpennme si no las saludo como es debido. Voy, como bien han observado, un poco desaliñado.

Trent hizo un gesto de desdén.

—No te preocupes por eso, solo son Miranda y Georgina. —Se dirigió a sus hermanas—. ¿Qué hacéis aquí?

Miranda le dio la espalda a Trent mientras Georgina lo miraba como si le estuviera lanzando puñales. Anthony se enervó al ver el rostro inexpresivo de Miranda, que habitualmente era una mujer muy segura de sí misma. Ahora no lo parecía.

—No sé qué tenías planeado para esta noche, pero me temo que tendrás que pedir disculpas. Te necesito en la cena.

«¿Cena? ¿Quería que fuera a la cena?». Había creído que sería algo mucho

más doloroso y complicado. La verdad era que tomarse un respiro de tanto torbellino social sería más que bienvenido. Hacía dos semanas había imaginado otra cosa, pero había tenido que soportar presentaciones de lo más tediosas, conversaciones aburridísimas y parejas de baile mediocres, por lo que sentía la tentación de volver a desaparecer otros dos años, con o sin la esposa que estaba buscando. Una tranquila cena con amigos inteligentes parecía más bien un favor que le hacía Miranda.

—¿Lo estás invitando a cenar? —La desesperación de Georgina se sumó a la confusión de Anthony. ¿Desde cuándo no quería ella que se quedara a cenar?

—A no ser que Griffith regrese esta mañana, es necesaria la presencia de Anthony. —Miranda dejó de mirar a su hermana para volverse hacia Anthony—. Es de suma importancia.

Era evidente que se trataba de algo más que una mera comida, pero fuera lo que fuese sabría gestionarlo. Miranda era lo más parecido a una hermana que tenía. Si para ella era importante, podría soportarlo.

—Estoy a tu disposición, por supuesto, *milady*.

—Ojalá pudiera ir yo —suspiró Georgina.

Trent dejó su espada colgada, balanceándose, para unirse a la conversación.

—¿Puedo faltar yo también?

Miranda lo fulminó con la mirada.

Anthony rio, agradecido de que Dios hubiera traído a esta familia tan unida a su vida. De repente le entraron muchas ganas de que llegara ya la hora de la cena.



Amelia estaba frente a la misma casa, con el mismo vestido, por segunda vez ese día. ¿Volvería a meter la pata? Una cena era una situación mucho más complicada que un té.

La brisa hizo crujir las hojas del parque que había detrás de ella, tentándola a darse la vuelta y salir corriendo. No tardaría más de quince minutos en

llegar a casa.

No era una opción viable. Si quería comer esa noche tendría que atravesar aquella puerta y cenar con *lady* Miranda. La señora Harris se negaría a darle nada.

Vio el rostro de Gibson mirando por detrás de una cortina, así que ya no había escapatoria. Si salía corriendo ahora todos los sirvientes de Londres lo sabrían por la mañana. Caminó resolutiva hasta la puerta y llamó con los nudillos.

Gibson abrió con una amplia sonrisa que le ocupaba toda la cara delgada.

—Buenas noches, señorita. ¿Me da su abrigo?

Estaba tan contento que Amelia se animó y le devolvió la sonrisa. Le dio su redingote y su sombrero, pero fue incapaz de decirles a sus pies que lo siguieran hasta el salón.

Estaba aterrorizada.

—Hola —saludó alguien desde las escaleras. Amelia pegó un salto y se puso una mano sobre el corazón, que se le iba a salir del pecho. Un hombre estaba cruzando el recibidor. ¿Sería el duque? Sabía que era joven y guapo, pero ¿no era este hombre demasiado joven?

El cabello rubio le quedaba como si llevara un pulcro sombrero, por encima de las orejas y el cuello y casi rozándole las cejas. Había amabilidad en sus ojos verdes, aunque parecía sentir curiosidad por Amelia, allí, de pie, a un metro de la puerta de entrada. No cabía duda de que era un pariente de *lady* Miranda.

—¿Puedo ser increíblemente audaz y presentarme? Soy lord Trent Hawthorne. A su servicio. —Tomó sus dedos lacios, y besó el aire justo por encima de sus nudillos.

Amelia se miró las manos como si no fueran suyas. Tenía que decir algo. Su cerebro estaba intentando buscar las palabras adecuadas para presentarse también, pero lo tenía más desconectado todavía que las manos. Era incapaz de mover los labios. Los pulmones se le habían quedado sin aire.

Esta manía de no poder expresarse ante estas personas se estaba volviendo extenuante. Si no conseguía que su cerebro y su lengua se comunicaran en los próximos diez segundos, se marcharía.

Diez... Nueve...

—No se preocupe. —Lord Trent puso la mano de ella sobre su brazo—. A menudo provocho el efecto de hacer que se quede sin habla gente de lo más encantadora. Las madres, por supuesto, viven en silencio con el miedo de que yo acuda a un encuentro social y deje mudas a sus hijas. Los hombres, en cambio, me ruegan que asista para poder disfrutar de una conversación sensata.

Ocho... Siete...

Amelia soltó una risilla tonta.

Seis... Cinco...

Finch estaba de pie en la puerta del salón, con los ojos abiertos como platos. Cuando Trent y Amelia se aproximaron, miró hacia el interior de la habitación y luego de nuevo a Amelia. ¿Estaba intentando comunicarse con ella?

Cuatro... Tres...

—Por desgracia, el otro invitado a la cena ha llegado ya, así que tendré que compartir sus encantos esta noche. Mi hermana no tardará en bajar. Tenía un pequeño problema con su vestido. Estoy seguro de que sabe de qué hablo.

Dos...

Las mejillas de Amelia se pusieron de un intenso color rosa. El hombre que tenía al lado sabía perfectamente que su vestido no era apropiado para la ocasión. Su flagrante ignorancia de ese hecho era vergonzosa y entrañable al mismo tiempo.

Uno...

Se le había agotado el tiempo. Inhaló profundamente al cruzar el umbral de la puerta del salón, pero no ocurrió nada cuando sus ojos se detuvieron ante algo que le resultaba demasiado familiar.

Los primeros en comprender lo que había visto fueron sus pies, que se detuvieron en seco, haciendo que lord Trent tropezara. La siguiente en comprender fue su sangre, que se le fue de la cara y la dejó helada y seguro que pálida como si estuviera muerta. La sangre debió de decirle algo al corazón, porque se le empezó a acelerar hasta que un rugido sordo le llegó a los oídos. Por fin, le salió la voz.

—Oh, santo Dios —susurró—. Usted.

Aquella no era la espectacular táctica conversacional que había pretendido utilizar.

—Opino exactamente lo mismo —dijo el marqués.

Lord Trent miró a uno y otro invitado.

—¿Ya se conocen?

—No formalmente. Sin embargo, creo que a ella le gusta invadir mi propiedad. —Sonrió lord Raeoburne.

—Ah. —Lord Trent evaluó visualmente a la mujer que llevaba del brazo—. Tu retorcido plumero.

—Eso parece. —Lord Raeoburne relevó a lord Trent y tomó del brazo a Amelia—. Por favor, tome asiento, querida. Está usted un poco pálida. Creo que me presenté la primera vez que nos encontramos, pero entiendo que lo haya podido olvidar. Soy Anthony Pendleton, marqués de Raeoburne.

La sangre que había desaparecido del rostro de Amelia volvió de repente. Notaba el calor en el cuello y en las mejillas y rezó para que no estuviera tan colorada como creía.

—Señ... amelood.

Lord Trent y lord Raeoburne se inclinaron hacia delante.

—¿Disculpe? —preguntó lord Trent.

Amelia se aclaró la garganta y se puso derecha. Se concentró en un delicado jarrón verde que había sobre la mesa, detrás de los hombres.

—Señorita Amelia Stalwood.

—Encantadísimo de conocerla, señorita Stalwood. —Tal afirmación vino acompañada de una sonrisa que hizo que la cara de lord Raeoburne pareciera interesante y atractiva.

—Lo mismo le digo, milord. —Amelia pensaba que sería imposible ponerse más colorada, pero cuando lord Raeoburne le besó la mano, igual que un momento antes había hecho lord Trent, notó que tenía la cara ardiendo.

—Lo pasé de maravilla en la fiesta de *lady* Galvine. Su hija es una auténtica joya. Estoy seguro de que ella y lord Owen van a hacer una excelente pareja. —Anthony subió las comisuras de la boca.

Los ojos de Amelia se iban abriendo más a medida que él hablaba. ¿Cabría

la posibilidad de que se le salieran?

—Yo... —Amelia luchaba por encontrarse la lengua.

Lady Miranda irrumpió en el salón respirando con dificultad. ¿Habría bajado las escaleras corriendo?

—¡Señorita Stalwood ha llegado!

Los dos hombres que estaban en la habitación la miraron con extrañeza. Lord Trent parecía estar divirtiéndose mucho, pero lord Raeoburne tenía más bien cara de acusador.

Que *lady* Miranda apareciera hizo que Amelia se sintiera mejor. Aún consternada por la inesperada coincidencia, pero mejor. Respiró hondo, se puso de pie y decidió dejar una mejor impresión en aquellas personas.

—Lady Miranda, ha de disculparme. —Tragó saliva—. Lamento tener que despedirme de ustedes. Verá, yo estaba... Es decir, ya he tratado a su otro invitado, por así decirlo, y me temo que mi comportamiento en aquel momento no favoreció precisamente que alguien quiera conocerme.

Amelia dejó de observar a *lady* Miranda, que estaba con los ojos muy abiertos, atónita, y miró al marqués.

—Milord, por favor, no le guarde rencor a *lady* Miranda. Le he hecho un pequeño favor y ha intentado devolvérmelo. Si le sirve de algo, le pido disculpas por haberme entrometido en su vida privada. No volverá a ocurrir.

Contempló a todos los que estaban en la habitación: tenían aspecto de haber comido algo desagradable. Estaba pasando por delante de lord Trent para escaparse cuando los tres aristócratas estallaron en carcajadas.

—Lo sé, señorita Stalwood. —Lady Miranda tomó una bocanada de aire—. O tal vez debería decir que lo sospechaba. Por favor, quédese a cenar. Nadie está enfadado con usted por que haya limpiado el polvo de una biblioteca con tal de ayudar a una criada enferma. Tal vez nos sintamos confundidos, pero no enfadados, en absoluto.

Amelia parpadeó y miró a uno y después a otro. Estaban sonriendo. No eran sonrisas disimuladas, groseras, sino sonrisas sinceras, de auténtica diversión. La de lord Raeoburne iba acompañada de un brillo maquiavélico en los ojos. ¿Estaría acordándose de su segundo encuentro?

Parecía ser que tenía que humillarse del todo. Suspiró.

—No es del polvo de lo que me avergüenzo, *milady*. —Ni siquiera ella oía bien su propia voz—. Regresé al día siguiente y (no hay forma de decirlo educadamente) espí a su excelencia en un momento de intimidad y su ayudante de cámara me cazó. Todo es terriblemente vergonzoso y...

Amelia tuvo que volver a callarse al ver que lord Trent y *lady* Miranda miraban a lord Raeoburne y volvían a estallar en carcajadas.

El marqués siguió examinando perplejo a Amelia.

—No es exactamente lo que parece. Estaba en el jardín leyendo todas las invitaciones.

¿Eso no era lo mismo que había dicho ella? Tal vez no con tanto detalle, pero...

Amelia cerró los ojos, mortificada al darse cuenta de que sus palabras habían dado a entender que lo había espiado en una situación mucho más íntima. Tenía que irse.

Con la cabeza agachada, se dirigió a la puerta sin dejar de mirar las vetas del suelo de mármol. Unos zapatos perfectamente brillantados aparecieron ante sus ojos, lo que la obligó a detenerse o a chocar contra el pecho de lord Raeoburne.

Otra vez.

Se detuvo.

—Por favor —dijo él suavemente—, no se marche.

Con un dedo le levantó la barbilla y la obligó a mirarlo.

—Quédese y cene con nosotros esta noche. Tendremos la oportunidad de empezar de cero.

Amelia indagó en sus hermosos ojos azules y solo encontró amabilidad y sinceridad.

—Muy bien. —Aquella absolución tácita la alivió y le permitió curvar los labios ligeramente hacia arriba—. Me quedaré.

El duque le ofreció el brazo. Ella vaciló un poco y le otorgó una mano con la esperanza de que no existiera una forma correcta o incorrecta de hacerlo. El abrigo de él emanaba calor y sintió una especie de emocionante espiral subiéndole por el brazo hasta los pulmones.

Al pasar ambos por el pasillo principal para entrar en el comedor, Amelia

vio a Finch, a Gibson, a dos criadas y a la sirvienta de Miranda acurrucados detrás de una enorme planta en un rincón del recibidor, con enormes sonrisas en sus rostros. Una de las doncellas la saludó.

Se tranquilizó al ver que sus amigos la apoyaban. Estaba segura de que al final de la cena la poca dignidad que le quedaba permanecería intacta.

Capítulo 6



Anthony estuvo pendiente de Amelia durante la cena y se dio cuenta de que le temblaban las manos y de que tenía unos enormes ojos brillantes. A pesar de que ahora ya sabía cómo se llamaba, para él era simplemente Amelia. No pensaría en nada más durante días.

Vio que ella tenía los nudillos completamente blancos cuando agarró la servilleta. Probablemente estaría midiendo cada una de sus palabras y actos para asegurarse de no verse en otra situación embarazosa como la que había tenido lugar en el salón.

Quería ayudarla a relajarse, liberar a la atractiva mujer que había atisbado. «¿Cómo había conocido Miranda a esta mujer?».

Cuando retiraron el pescado oyó un leve murmullo procedente de donde estaba Amelia. «¿Le había agradecido al sirviente que le retirara el plato?».

Su padre había sido muy riguroso enseñándole buenos modales, pero ni el más educado de sus conocidos tenía por costumbre dar las gracias a los sirvientes.

Lo cual, ahora que lo pensaba, era bastante desconsiderado.

Aguzó el oído cuando les colocaron el siguiente plato por delante. ¿Volvería a dar las gracias? Anthony se llevó tal sorpresa que buscó a tientas el tenedor. Amelia no solo había dado las gracias al lacayo, sino que lo había llamado por su nombre. La misteriosa intrusa no era solamente amiga de los criados de su casa.

El hombre respondió en voz muy baja: «De nada, señorita Amelia». Le entraron ganas de conocer a fondo a esta mujer. ¿Qué comida le gustaba más?

¿Cuál era su color favorito? ¿Le hacían estornudar las flores?

—¡Tony!

El caballero salió de su ensoñación y vio que Trent y Miranda estaban mirándolos con cara divertida. Se aclaró la garganta.

—¿Sí, Trent?

—Te estaba preguntando si desde que has vuelto has ido alguna vez a Tattersalls. La semana pasada tenían unos caballos de fábula.

Caballos. Tattersalls. ¿Había ido?

—No, aún no.

Miranda sonrió.

—Demasiado ocupado otra vez con el ridículo fulgor londinense, ¿no?

La única respuesta que Anthony fue capaz de emitir resultó ser un gruñido. Llevaba semanas metido de nuevo en el barullo social de la aristocracia y lo habían convencido por completo de que tenía que casarse este año. Londres lo tentaba mucho más a regresar a su antigua vida.

¿Era eso lo que le atraía de Amelia? Ella encarnaba la sencillez que añoraba, la de la vida en el campo. Allí había aprendido a ser otra persona, no solo el jugador de naipes, el que bebía, el que iba con mujeres. Tal vez ella no fuera la elegida para pasar el resto de sus vidas juntos, pero no se le ocurría que pudiera haber ninguna otra mujer que le apeteciera conocer.

Esbozó una sonrisa cuando vio a Amelia haciendo girar la cuchara en su sopa de tortuga. Era obvio que no le gustaba, pero seguía intentando tragársela poquito a poco. El lacayo retiró los cuencos sin que hubiera podido comerse ni la mitad.

—¿Anthony? —Miranda no se molestó en ocultar lo bien que se lo estaba pasando cuando trató de captar su atención. El marqués se limpió las comisuras de la boca con la servilleta y levantó las cejas a modo de respuesta —. La señorita Stalwood ha hablado de ir a la iglesia de St. George en Hanover Square. Te preguntaba si tenías intención de tomar asiento allí.

¿Amelia había hablado? ¿Y se lo había perdido?

Se aclaró la garganta.

—Griffith me ha invitado a compartir el banco de su familia en la capilla de Grosvenor. No veo por qué razón habría de alquilar un asiento si no tengo

con quién compartirlo.

Miranda miró rápidamente a Amelia y a Trent, a quien le temblaba la garganta porque estaba intentando ahogar una carcajada. Anthony volvió a mirar a Amelia, su panorama favorito aquella noche. «¿Estaría Miranda insinuando que Amelia debería compartir su asiento o...?». Anthony también ahogó una risita.

La pobre mujer estaba intentando meter trocitos del pudín de pan picante en su servilleta. Detrás de ella el lacayo tenía ya preparada otra limpia, esperando el momento oportuno para cambiarlas. Anthony se pellizcó a sí mismo para evitar soltar una sonora carcajada.

Se obligó a prestar más atención a la conversación que estaba teniendo lugar. Pasarse la noche mirando a Amelia no la ayudaría a ella a relajarse ni a él le permitiría conocerla mejor.

—Trent, ¿qué planes tienes ahora que has terminado los estudios? —Tal vez mencionar el futuro del joven haría que acabaran hablando del de Amelia. Anthony no se atrevía a hacerle preguntas personales directamente a ella viendo que estaba tan incómoda.

La respuesta de Trent fue vaga, no comprometedor. A continuación demostró que no compartía la aversión de Anthony por preguntar a la nueva amiga de Miranda.

—¿Creció usted en Londres?

—No. Viví en Suffolk hasta los once años. —Amelia se calló un momento enrollándose la servilleta limpia en los dedos.

Miranda encogió los ojos.

—¿Cómo no nos hemos visto antes? ¿No dijiste que tu tutor es un vizconde? Seguramente no hayas asistido a ninguna temporada antes de la primera mía. Debías de ser una niña.

Las mejillas de Amelia se cubrieron de un color rosa brillante que fue tornando a rojo a medida que iba mirando a los comensales.

—No estoy segura de que el vizconde recuerde haberme enviado a Londres. Fue hace casi diez años.

Anthony se atragantó solo de pensarlo. «¿Cómo podía un hombre adulto, con un título y una responsabilidad, prácticamente echar a una niña pequeña?».

Se clavó las uñas en las palmas de las manos y miró hacia abajo, sorprendido al ver que las tenía debajo de la mesa, cerradas como puños. Llevaba dos años sin desear darle un puñetazo a alguien. Aquella desagradable sensación no le gustaba. Casi no conocía a esta mujer y ya quería vengarse por las penalidades de su infancia.

Todos se quedaron callados. Miranda cambió de lado la cuchara, que estaba sobre su cuenco vacío. Trent se aclaró la garganta y vio que tenía unas uñas absolutamente fascinantes.

La mirada de Amelia pasaba de un comensal a otro. La pobre debía de estar entrando en pánico creyendo que podría haber dicho algo completamente fuera de lugar otra vez. Él no podía hacer retroceder el tiempo y cambiar que cuando era niña la abandonaran, pero sí podía rescatarla de su inoportuna incomodidad en ese momento.

—Trent, ¿has oído hablar del nuevo sastre que ha abierto un taller justo detrás del de White? Es un excelente profesional. Ha conseguido que Struthers parezca estar en forma.

La pequeña sonrisa de alivio que vio en la cara de Amelia era la única respuesta que necesitaba.



Amelia estaba repitiendo para sí misma un mantra para comportarse adecuadamente. «Piensa antes de hablar. Siéntate derecha y habla como una dama. No hables con los criados. No hables de los criados. Deja de mirar al marqués». Una risa nerviosa amenazaba con brotar de su pecho.

Cuando Gibson le entregó su redingote y su sombrero se dio cuenta de que estaba sonriendo. Se lo había pasado bien a pesar de la agónica atención que habían prestado a todas sus palabras y movimientos. Aunque este gusto por el refinamiento le hacía complicado regresar a su vida sencilla, se alegró de haber venido.

Anthony también recogió sus cosas al entregárselas Gibson. Después de una cena tan íntima a ella le resultaba difícil seguir pensando en él como lord Raeoburne.

—¿Puedo acompañarla a casa, señorita Stalwood?

—¡Oh! —Un paseo con Anthony sería considerablemente mejor que tener que ir caminando a casa. Miró encantada a Gibson al ver que él asentía levemente, de forma casi imperceptible—. Me encantaría, gracias.

—Excelente. —Anthony la condujo al carruaje, que estaba esperando, con una pequeña sonrisa adornando sus bellos rasgos.

El tipo de sonrisa que la gente luce sin ser consciente.

Las señoras de alcurnia con las que alternaba probablemente no le daban ninguna importancia a que un caballero encantador y guapo las ayudara a subir a un carruaje. Para la huérfana de un terrateniente era un poco abrumador.

Amelia se puso todavía más nerviosa cuando Anthony tomó asiento enfrente. Ella iba jugueteando con la correa de su retículo mientras viajaban.

—Gracias. —No había tenido intención de pronunciar aquellas palabras de gratitud, pero eran lo único en lo que podía pensar y salieron de su boca sin que pudiera controlarlas.

Pasaron unos momentos hasta que Anthony habló.

—No hay por qué darlas, por supuesto, pero normalmente me gusta saber por qué una dama me da las gracias.

Amelia ahogó un gemido. Parecía tonta de remate. Siguió agarrando la correa del retículo y retorciéndola.

—Estoy segura de que soy la última persona con la que usted esperaba cenar esta noche. Podría haber sido una experiencia humillante, pero se ha comportado de una forma muy amable. Gracias.

Anthony miró los dedos de ella. No sabía si, bajo la débil luz de una farola, podría apreciar su hábito nervioso. Al bajar la mirada la luz de la luna le permitió ver que tenía la sangre comprimida en los dedos por culpa de la correa, que agarraba con fuerza.

Amelia se había olvidado de ponerse los guantes después de cenar. Su último intento de parecer un poco sofisticada se había desvanecido como un suspiro. Él se aclaró la garganta, se incorporó y se sentó junto a ella quitándose los guantes. El corazón de Amelia se aceleró. «¿En qué estaría pensando aquel hombre?».

—Tenga cuidado. —Anthony tomó las manos de ella de forma delicada—.

Va a hacerse daño.

Ambas pieles se tocaron. La de él era cálida y áspera. Con sumo tacto, le fue desenredando la correa, teniendo especial cuidado cuando iban apareciendo las profundas marcas rojas. Le masajeó las manos para que recuperaran la sensibilidad.

—Los encuentros inesperados pueden acabar convirtiéndose en una gran amistad. No es mi intención incomodarla, pero he de confesar que siento curiosidad por conocer qué relación tiene con mis criados.

La sonrisa que él le dedicó le recordó a la de un niño pequeño que intentara convencer a la cocinera para que le diera otra galleta. Y al mismo tiempo el hecho de que estuviera sujetando sus manos le parecía un sorprendente gesto íntimo que jamás había experimentado en su vida. Tenía la cabeza hecha un lío.

Las cejas del marqués se alzaron inquisitivas. Seguía queriendo saber qué relación tenía con su servidumbre.

—Una de sus criadas es sobrina del cocinero que vive al lado. Jugábamos juntas de pequeñas. Gracias a ella conocí a otros miembros de su servicio, y desde entonces hemos sido amigos, aunque es raro que podamos vernos todos. —Se sintió mortificada—. No quiero decir que usted no les esté dejando suficiente tiempo libre.

Anthony tosió y se frotó la barbilla con la mano. Amelia deslizó su mano libre por los pliegues de su falda. Él seguramente desaprobaba que ella tuviera relación con sus criados. ¿Tal vez temía que alterara su hogar?

—Jamás le pediría que adaptara los horarios de su vivienda a mi conveniencia. —Él tosió y casi escupió—. Sería una grosería. —Se desplomó en el asiento, con la voz convertida más bien en un murmullo.

Él soltó una repentina carcajada que hizo retumbar todo el carruaje.

—Señorita Stalwood, sin duda es usted una de las mujeres más extrañas de Londres.

¿Eso sería bueno o malo?

Las carcajadas fueron sosegándose hasta convertirse en una gran sonrisa. ¿En qué estaría él pensando? Amelia empezó a agarrar otra vez la correa de su retículo. Anthony la tomó de las manos una vez más.

—Algo tenemos que hacer con respecto a esta tendencia nerviosa suya de hacerse torniquetes en los dedos. —Acarició los nudillos de Amelia con el pulgar mientras ella bajaba la cabeza. Tenía las manos grandes y cálidas, y envolvía las suyas de una manera que la hacía sentirse cuidada. Con gusto se pasaría la noche entera en este carruaje si él seguía tomándola de las manos.

Él se agachó y ella, con gesto abatido, pudo verle la cara.

—Nunca he conocido a los amigos de mis sirvientes. Posiblemente porque la mayor parte de las veces también son sirvientes. Nunca he conocido a nadie, noble o aristócrata, que se sepa los nombres de los criados de otra persona.

—No soy más que la hija de un caballero —susurró Amelia.

—Su hogar está en Londres. Debe de tener relación con alguien importante.

Ambos se miraron durante un momento.

¿Por qué él se comportaba como si estuviera fascinado con lo que veía? Amelia miró sus manos entrelazadas.

Todo el mundo sabía que la nobleza aprovechaba los carruajes cerrados para robar uno o dos besos a alguien a quien se deseara cortejar. Esto no tenía nada de cortejo, pero se sentía tan expectante, casi sin aliento, y tan emocionada como seguramente esas otras mujeres. El balanceo del carruaje y la calidez de sus manos la arrullaron y fantaseó con que él le pedía que le diera un beso susurrándole al oído, como en *Mucho ruido y pocas nueces*, la única obra de teatro de Shakespeare que la señorita Ryan había logrado que leyera.

—Hubo un tiempo, no hace mucho, en el que habría aprovechado este momento para besarla.

Amelia se dio de bruces con la realidad al oír aquello. Siempre procuraba que sus cavilaciones se quedaran solo en eso, pero ¿habría dicho algo en voz alta esta vez?

—Créame —continuó Anthony—, se encuentra a salvo. Ahora soy otro hombre. —Le dio un último apretón en las manos y se las soltó para volver a sentarse enfrente de ella.

Sintió escozor en los ojos. No podía llorar, no ahora. Sobre todo si no había razón para hacerlo. Este hombre no le había prometido nada, ni siquiera

le había insinuado nada. Había sido muy amable con ella toda la noche. Sí, a ella se le había pasado por la imaginación durante la cena la posibilidad de que él la considerara como su probable esposa, pero no pensando que se convirtiera en realidad.

Tal vez la idea de que él la viera como una agradable aventura antes de decidirse a buscar esposa había sido la razón de que le entraran ganas de llorar. En realidad era otra señal de que ella no encajaba en ninguna parte.

El carruaje se detuvo. Cuando el lacayo saltó al suelo para abrir la puerta se oyó un leve rasguño que a ella le pareció un disparo dentro de los silenciosos confines del carruaje de caballos.

Anthony se reclinó en su asiento y frunció ligeramente el ceño.

—No le he preguntado dónde vive.

Amelia se abalanzó hacia la puerta tan pronto como se abrió. Saltó a tierra antes de volverse para mirarlo.

—También soy amiga de su cochero. Y de su cocinera. Hace unas galletas de jengibre deliciosas. —Sonrió—. Buenas noches, milord. —Miró al cochero, lo saludó con la mano y se dirigió a las escaleras—. Buenas noches, James.

—Buenas noches, señorita Amelia.

El sendero que conducía a la puerta de su casa jamás le había parecido tan empinado. Quería volverse y dedicarle una última mirada al marqués para guardarse otro recuerdo con el que fantasear, pero las lágrimas le recorrieron las mejillas durante todo el camino.

Capítulo 7



Pasarse la noche comparando el premeditado coqueteo de las damas disponibles de Londres con la sincera inocencia de Amelia le pareció cuando menos poco apetecible, así que Anthony pensó que era buena idea la sugerencia de Miranda de ir a la ópera.

La propuesta resultó incluso mejor cuando se enteró de que Miranda tenía intención de invitar a Amelia.

Miranda sacudió la cabeza y rio cuando Trent y Anthony salieron del carruaje tras ella para recoger a Amelia.

—Habéis dejado a la tía Elizabeth sola en el carruaje.

—Es él quien la ha dejado sola. —Señaló Trent a Anthony.

—Es tu tía —dijo Anthony cruzando los brazos sobre el pecho.

La discusión se interrumpió cuando se abrió la puerta. Miranda se detuvo nada más entrar en el recibidor y parpadeó sorprendida antes de continuar caminando.

—Señorita Stalwood, se supone que a un caballero hay que hacerlo esperar para hacer una espléndida entrada en la sala.

—Usted no es un caballero. —Amelia frunció el ceño confundida.

—Muy cierto, pero ellos sí lo son. —*Lady* Miranda se apartó y señaló a Anthony y a Trent.

Anthony estaba empezando a adorar el rubor que de nuevo apareció en las mejillas de Amelia. Era bella. Reconoció el vestido, uno que Miranda había llevado a varias reuniones campestres el año pasado, pero a Amelia le

quedaba como si lo hubieran hecho especialmente para ella.

Llevaba el pelo adorablemente imperfecto, señal de que su criada no estaba acostumbrada a hacer peinados tan elaborados. Anthony consideró la posibilidad de sugerirle que buscara a alguien para enseñarle a la criada a hacerlos. Empezaba a ser evidente que en el futuro iba a haber muchas más salidas como esta.

Él mismo tenía intención de encargarse de ello.

Miranda le dio un codazo en las costillas. Él se sacudió para salir de su ensimismamiento y la fulminó con la mirada. Ella saludó con la cabeza a su hermano, que estaba adulando a Amelia. Aquel imberbe ya le había dicho a la muchacha lo guapa que estaba. Si él lo repetía le haría parecer un mentecato.

Se aclaró la garganta antes de continuar.

—¿Puedo acompañarla hasta el carruaje?

—Por supuesto. —El mayordomo entregó a Amelia su capa y retículo y ella alzó la mano en dirección al salón, donde había tres sonrientes sirvientes saludándola.

Iban algo apretados en el carruaje, tres damas a un lado y los hombres al otro, pero todos estuvieron de acuerdo en que mejor eso que tener que utilizar un segundo carruaje. El poco tiempo que tardaron en llegar a la ópera lo dedicaron a presentar a Amelia a la tía de Trent y Miranda, *lady* Elizabeth Breckton.

Anthony se quedó maravillado al ver la cara de asombro de Amelia. Todavía no había empezado la ópera —de hecho, estaban todavía tomando asiento— y ella ya parecía estar eufórica.

Miranda tomó el brazo de Amelia al entrar en el palco privado.

—Señorita Stalwood tome asiento en la primera fila. No debería perderse ni un momento de su primera ópera.

Mientras Amelia se acomodaba en su asiento delante de la barandilla, Trent pasó por delante de Anthony con la intención de sentarse al lado de ella. Alguien, educadamente, le puso una pesada mano sobre el hombro. Anthony se quedó sorprendido al darse cuenta de que había sido él, a pesar de no recordar haber movido la mano.

Trent se volvió hacia él con una enorme sonrisa.

—¿Sí, Anthony? —Era la viva imagen de la inocencia. Pero Anthony era un zorro viejo.

Trent, el repulsivo imberbe, se estaba burlando de él. Anthony intentó recuperar la dignidad.

—Creo, teniendo en cuenta que el palco es mío, que tengo prerrogativa para ocupar el otro asiento delantero.

—Puestos a hacer las cosas correctamente, es Miranda la que debe ocupar ese asiento —dijo *lady* Elizabeth dando golpecitos con el abanico a Anthony en el hombro antes de sentarse en la fila posterior con una sonrisa indulgente en la cara—. Yo ya he visto el espectáculo, así que estaré muy contenta de sentarme aquí, desde donde me aseguraré de que todos ustedes se comportan como es debido.

Anthony suspiró, dejó de mirar el asiento vacante y vio la cara sonriente de Miranda. A veces era un fastidio ser un caballero. Se inclinó y señaló la zona delantera del palco.

—Por favor, *milady*, su sillón le espera.

—Gracias, milord. —Miranda se sentó junto a Amelia, que estaba sonriendo como una boba.

Amelia empezó a hablar de los vestidos tan elegantes que llevaban las damas de los demás palcos y del extravagante decorado que había sobre el escenario.

Anthony se sentó en la fila de detrás de las dos jóvenes. Hizo un gancho con el pie en una de las patas de la silla para colocarla en ángulo, pues sabía que le resultaría mucho más placentero ver a Amelia mirando la ópera que disfrutar de la representación en sí.

La ópera comenzó y todo el palco permaneció en silencio mientras transcurría la historia. La titilante luz de las velas era suficiente para que Anthony viera las emociones que Amelia reflejaba en su rostro. Aquel era el mejor espectáculo de la ciudad.

En el intermedio Miranda dijo que estaba completamente sedienta y llevó a rastras a Trent y a *lady* Breckton a buscar un refrigerio. Anthony se pasó al asiento vacío de Miranda.

—Qué maravilla —susurró Amelia—. ¿Qué idioma emplean?

Anthony subió las cejas.

—Francés.

A veces era difícil recordar que Amelia no había recibido una educación convencional. Todas las mujeres que conocía tenían como mínimo una aceptable noción del francés.

—No sé francés, pero no creo que importe. La historia es muy triste.

Pensó en el perfil de Amelia y sopesó cómo proceder. Contarle que la historia mejoraba podría aguarle la fiesta. Ella se volvió y él notó que se sumergía en sus brillantes ojos marrones. ¿Tenía Amelia ganas de llorar?

—Ella no muere, ¿verdad?

¿Cuándo había sido la última vez que una conocida se había emocionado tanto con algo, por no decir con un simple espectáculo?

—Tiene un final feliz. —No pudo resistir la tentación de colocarle detrás de la oreja un rizo que se le había escapado.

Amelia abrió mucho los ojos. Él notó cómo le latía el corazón y se le expandía el pecho al inhalar. ¿En qué estaría pensando? Buscó en sus ojos cualquier atisbo de interés. Algo en su expresión que delatara que tal vez, solo tal vez, ella quería saber de él igual que él quería saber de ella.

—Señorita Stalwood, yo...

—Ya estamos aquí. Olvidé preguntarte si también tenías sed, Amelia, así que te he traído un vaso de limonada. —Por su forma de hablar y sus modales al regresar al palco, Miranda parecía estar muy contenta.

Anthony suspiró y miró el teatro de la ópera. ¿Qué había estado a punto de pronunciar? Las palabras se habían ido formando en su boca, pero no en su cabeza. Quizá debería estar agradecido por que Miranda lo interrumpiera, pero lamentó tener que volver a cederle el asiento.



Amelia jamás había contemplado algo parecido a la multitud que se había agolpado a la puerta del teatro al terminar el espectáculo. Era impresionante ver a todos de aquí para allá, hablando entre ellos como si estuvieran en una fiesta, llamándose y formando estrépito, ajenos a los carruajes que hacían cola

para llevárselos.

Al subirse al coche de caballos, Amelia oyó que varias personas reclamaban a Anthony. Una dama agarró a *lady* Miranda por un brazo.

Lord Trent se subió a continuación y se puso a esperar como si fuera la cosa más natural del mundo. Ella trató de imitar su despreocupación.

—El aire de esta noche es un poco fresco. ¿Su capa abriga lo suficiente? — preguntó lord Trent.

—Oh, sí. —Amelia estaba tan aturdida con los acontecimientos de aquella noche que si los dedos de los pies se le hubieran puesto azules de frío ni se habría percatado—. Espero que por culpa de eso no se le complique el catarro. ¿Está ya recuperado del todo?

—Sí, bastante, yo... —Lord Trent frunció el ceño—. ¿Cómo sabe que he estado enfermo? Lo estuve hace semanas, cuando llegué a Londres.

—Oh, pues, creo que Fi... alguien debió mencionárselo a mi criada, Lydia. Ni siquiera he pensado en ello hasta ahora mismo. —Amelia agarró los bordes de su capa e intentó sonreír. El esfuerzo le pareció poco natural en el mejor de los casos. ¿Cómo se le puede decir a alguien que ha sido motivo de cotilleo sin que parezca una terrible violación de su intimidad?

Lord Trent parecía pensativo.

—Ese «alguien» sería un criado, supongo.

—Sí, milord. —Amelia tragó saliva.

Él soltó una carcajada.

—¿Ocurren estas cosas a menudo? ¿Que los sirvientes hablen de nuestra salud y cosas por el estilo?

—Los sirvientes chismorrearán más que cualquier miembro de la nobleza. — Amelia hizo una mueca de dolor al darse cuenta de lo mal que sonaba aquello, pero era la pura verdad.

Lord Trent parecía escéptico.

—¡Es cierto! —Amelia se defendió—. Los chismes de la alta alcurnia son pura especulación, por lo que entiendo. Alguien puede ver u oír algo y ellos conjeturan y presuponen. ¿Alguna vez saben algo con certeza?

—Rara vez —admitió lord Trent.

—Los sirvientes «saben», milord. Lo ven y oyen todo y les gusta hablar de

ello.

Él volvió a ponerse pensativo cuando los demás por fin subieron al carruaje e hicieron el camino de vuelta cruzando Londres.

—Ha sido espléndido, *lady* Miranda. Gracias por invitarme —dijo Amelia.

—No recuerdo cuándo fue la última vez que me divertí tanto. Es de lo más agradable ver las cosas con la mirada de una persona nueva. —Lady Miranda se acercó y tomó a Amelia de las manos—. Tienes que llamarme Miranda. Creo que vamos a ser grandes amigas.

—Entonces yo seré Amelia. —Bajo su capa, Amelia se pellizcó.

—Tengo intención de que vengas con nosotros al baile de los Hofferham la próxima semana, Amelia. ¿Estás disponible el jueves?

Amelia se mordió el labio. La cuestión era si sería capaz de conseguir un vestido apropiado de aquí a entonces. El vestido que Miranda le había enviado era encantador, pero no resultaba adecuado para un baile.

—No tengo otros compromisos. —Amelia se lastimó los dos dedos y los mantuvo apretados para no gritar de felicidad por la ventana. Sin duda, la señorita Ryan la obligaría a estar en la puerta de la modista a primera hora de la mañana.

—¿Significa esto que tengo que ir al baile de los Hofferham el próximo jueves? —refunfuñó lord Trent.

—Desde luego. —Miranda resopló y se cruzó de brazos—. ¿Quién si no va a acompañarme?

—Anthony irá. ¿Puede acompañarte él?

Miranda frunció el ceño.

—Anthony no es pariente, so bobo. Además, ¿cómo sabes que Anthony va a asistir?

Lord Trent sonrió abiertamente.

—Si no pensaba hacerlo, ahora seguro que sí.

Anthony abrió la boca, pero volvió a cerrarla enseguida y se encogió tímidamente de hombros.

—No obstante, Trent, nos acompañarás a Amelia y a mí —dijo Miranda haciendo un guiño decisivo—. Así que resígnate.

Amelia, que iba contemplando Londres por la ventana, sonrió.

Capítulo 8



Al día siguiente Anthony tenía la cabeza llena de recuerdos de la noche en la ópera, así que salió de casa desesperado, intentando encontrar algo con que distraerse. Se repanchingó entre los cojines del carruaje y dejó que la cabeza se balanceara con los movimientos al circular. Si Dios era generoso hoy, se encontraría con alguien interesante en el club. Tener que esperar cinco días para volver a ver a Amelia lo iba a volver loco.

Tal vez debería pedirle a James que cambiara de sentido y se dirigiera a la calle Mount. No había razón para no hacerle una visita, aparte de la falta de una carabina adecuada y la vergüenza que pudiera darle a ella. Teniendo en cuenta la ropa que usaba Amelia, se temía que su casa no estuviera dispuesta tampoco, a pesar de hallarse emplazada en un sitio de moda.

Lo último que quería hacer era avergonzarla, pero mentiría si dijera que la situación de Amelia no formaba parte de su atractivo. Lo que él pudiera darle compensaría con creces su escandaloso pasado.

El carruaje se detuvo y un momento después el lacayo abrió la puerta. Anthony asomó la cabeza y se encontró con algo muy diferente al edificio blanco que esperaba ver. En vez de divisar a Beau Brummell¹ en el prestigioso mirador de White, lo que vio fueron mujeres. Muchas mujeres.

¿Qué hacían todas aquellas damas en la calle St. James? Se suponía que ni siquiera podían estar allí, y mucho menos frecuentar los establecimientos que había en la calle de los caballeros.

Miró con mayor detenimiento los relucientes escaparates de las tiendas y los almacenes de mercaderías que proveían sin lugar a dudas a clientes femeninas.

—¡James! ¿Dónde diablos estamos?

—En la calle Bond, señor.

Anthony levantó la cabeza y vio al insolente cochero mirando hacia delante. Una mirada al lacayo bastó para darse cuenta de que a él también le parecía sumamente interesante el tráfico que pasaba.

—Ya sé que estamos en la calle Bond —gruñó—. La cuestión es ¿por qué? James miró con cara de asombro a Anthony.

—Dijo que quería comprarse un sombrero, señor.

—¿Que yo quería comprarme...? ¡No quiero un sombrero! —Se volvió con el ceño fruncido hacia los cursis escaparates—. Además, si quisiera un sombrero, jamás vendría aquí. Iría a... ¡Señorita Stalwood!

Amelia estaba saliendo de una tienda de sombreros con una sombrerera rosa entre las manos. Una mujer alta con un moño subido muy estirado iba detrás de su cautivador ángel moreno. Qué asombrosa casualidad.

Miró por encima del hombro a James y vio que el hombre seguía ensimismado en el tráfico. Aquello de casualidad no tenía nada. Parecía que su cochero se merecía una pequeña gratificación.

—Milord, no esperaba encontrarlo aquí. —Amelia se dirigió a él con cara de sorpresa. Tenía las cuerdas de la sombrerera entrelazadas en los dedos.

—He de reconocer que no esperaba venir. —Se inclinó para saludarla y miró a la otra mujer.

Amelia sacudió un brazo como intentando indicarle algo con un gesto a la mujer que iba con ella, pero no pudo porque tenía las manos liadas en las cuerdas. Si continuaba haciendo eso se le iban a acabar cayendo los dedos.

—Lord Raeoburne, esta es la señorita Ryan, mi doncella de compañía.

La mujer sonrió a Anthony. Él jamás había tenido la desgracia de presenciar un resoplido tan falso como el que aquella mujer emitió a continuación.

—Oh, vaya, creo que... he olvidado algo en la tienda.

Le gustó aquella mujer, incluso con sus falsos resoplidos. Volvió a prestarle

atención a Amelia y al enrevesado lío que tenía formado con las cuerdas. Un paso le bastó para acercarse a ella y liberarle los dedos. Sus desgastados guantes se habían arrugado.

—El placer es mío, señorita Stalwood. ¿Sombrero nuevo?

—Pues... sí. Me he comprado algunos vestidos últimamente y ninguno de mis sombreros quedaban bien con la pelliza nueva..., pero no creo que esto le interese, ¿no es cierto?

«Pues la verdad es que no».

—Por supuesto. Me parece de lo más interesante. ¿Tiene que comprar algo más?

—Pues no. Pero también me gusta dar una vuelta y mirar aunque no vaya a adquirir nada en particular. —Lo miró a los ojos. Esta mujer estaba empezando a conseguir la suficiente confianza como para observarlo directamente y no ruborizarse. No pensaba permitir que volviera a encerrarse en sí misma.

—¿Conoce Gunter? —El famoso salón de té sería perfecto. La tarde era calurosa y a nadie le parecería raro que tomaran un helado en uno de los sitios más populares sin llevar carabina.

—¡Me encanta Gunter! Me gusta sobre todo el helado de chocolate. Ya sé que no soy muy original, pero es lo que siempre acabo pidiéndome. —Sonrió más.

—Insisto en invitarla a uno, entonces. Les diré a mis sirvientes que quiten la capota de...

La risita contenida de Amelia impidió que pudiera terminar de pronunciar la frase. Una simple mirada por encima del hombro bastó para comprobar que los criados ya se habían encargado de transformar el carruaje en un descapotable. Sí, definitivamente se merecían una gratificación.

—¿Vamos a Gunter, entonces?

—Oh, sí. —Amelia miró primero su sombrerera y luego la tienda que tenía detrás. La señorita Ryan salió sin nada en las manos, lo cual no sorprendió a Anthony en absoluto.

—Yo te llevaré esto a casa —dijo quitándole la sombrerera a Amelia con habilidad—. ¿Iréis a Gunter?

Anthony intentó aparentar que estaba serio cuando captó la atención de su cochero, pero lo cierto era que aquel ceño fruncido era más bien señal de que estaba sonriendo. Lo estaban manipulando, pero no podía hacer nada al respecto. Lo mismo debería contratar a este grupo de sirvientes tan creativo para que lo ayudaran más. Si eran capaces de conseguir todo esto ellos solos, con su cooperación podrían mejorar bastante.

—Sí. —Amelia se quedó estupefacta al ver a la señorita Ryan hacer un pequeño saludo y salir trotando con la sombrerera bien agarrada hacia un hombre alto, con la peluca torcida. Puso cara de asombro—. ¿Fenton?

Anthony le ofreció una mano para ayudarla a subir al carruaje.

—¿*milady*?

Amelia dejó de mirar a la sirvienta, que se retiraba, y le dedicó una sonrisa irónica.

—No soy una *lady*.

«No. Pero podría serlo». Anthony sonrió.

—Lo sé.

Le dio una palmadita en la espalda al cochero al subirse al asiento de enfrente de Amelia.

—A Gunter, James. A no ser que tengas preparada otra sorpresa para mí.

—Tengo entendido que han traído un nuevo sabor, milord. Una fruta del bosque que le encanta a la señorita Amelia. —El cochero continuó conduciendo entre el tráfico.

Anthony no podía parar de sonreír. Definitivamente, aquel hombre se merecía un aumento de sueldo.



Anthony miró la Biblia que había abierta sobre su escritorio. Desde que regresara a Londres le había sido difícil seguir con su costumbre de leerla por las mañanas. Los horarios distintos y las distracciones, que cada vez eran más, le recordaban cómo era su vida de antes. Aquello le hacía pensar que no era merecedor de las Sagradas Escrituras.

Se sentía tan lleno de energía que le resultaba imposible permanecer

sentado. Se levantó con prisas y buscó los dardos que utilizaba cuando necesitaba pensar.

Tocó con el pulgar la punta de uno de los dardos. ¿Qué significaba Londres para él? Le dio la vuelta al dardo y lo lanzó a la diana.

—Bebida. —¡Clac!

—Jolgorio. —¡Clac!

—Mujeres. —Boing. Clonch. ¡Paf!

Anthony se quedó mirando el tercer dardo, que seguía girando en el suelo. Ese era el quid de la cuestión.

Dejar la bebida había sido más fácil de lo que había pensado, aunque se estaba dando cuenta de que muchos de sus antiguos amigos eran bastante menos divertidos de lo que antes había creído.

El jolgorio londinense seguía vivo y le gustaba. Una buena partida de naipes o una conversación en el club, tanta gente en los encuentros sociales... Todas eran cosas de las que había disfrutado antes y en las que había vuelto a encontrar placer.

El problema eran las mujeres. O más bien una sola mujer. Su encaprichamiento por una dama tan dulce y pura como Amelia no tenía nada que ver con sus anteriores pecados veniales. Pero por mucho que rezara o leyera la Biblia su pasado no iba a cambiar. Incluso si Dios no lo hacía responsable ya de ello, Anthony no veía cómo ella no podría.

Amelia era un rayo de sol cada vez que la veía. Lo distraía de sus preocupaciones y le alegraba el día.

Mientras disfrutaban de sus helados en Gunter ella le había confesado que no había leído mucho, pero que se deleitaba con relatos sobre otras tierras y sobre viajes históricos, porque le hacían volar la imaginación, pensar que estaba en alguna otra parte, lejos de Inglaterra. Anthony sonrió al recordar que se ruborizó y agachó la cabeza hasta que casi se tocó el hombro con la nariz.

Las doradas letras del lomo de un ejemplar de *Los viajes de Gulliver* le llamaron la atención. De niño le había gustado aquel libro. Después de que su institutriz se lo leyera se pasó todo un año imaginándose que los liliputienses vivían debajo de su cama. Se acercó y sacó el libro de la estantería. Era un pretexto tan bueno como cualquier otro.

Con la mano que le quedaba libre se agachó y recogió el dardo rebelde. Se incorporó y sopesó el libro que tenía en la mano. Sin apenas mirar, lanzó el dardo. La cola tembló al hacer diana.

Giró los hombros con una sonrisa de satisfacción en la cara. No era fácil meter a la fuerza una nueva vida en el mismo lugar en el que había prosperado la antigua. Estaba deseando encontrar esposa y volver al campo, donde todo era mucho más sencillo. Si prestar un libro lo iba a acercar un poco más a ese objetivo, de buena gana se llevaría toda la biblioteca.



Amelia y la señorita Ryan dieron un traspié. Otro. Amelia soltó una risita nerviosa y la señorita Ryan frunció el ceño. Habían retirado la mayoría de los muebles del salón y estaban intentando bailar. Los esfuerzos de la señorita Ryan por recordar los pasos de baile que su amiga le había enseñado eran admirables, pero Amelia sabía que jamás adquiriría suficiente seguridad como para danzar en un salón de baile londinense.

A pesar de eso, le encantaba que la señorita Ryan lo intentara.

—Creo que ahora el caballero y tú colocáis las manos en uno en los hombros del otro. —Amelia y su institutriz intentaron hacerlo, pero no tuvieron éxito.

—Esto no va a salir bien —murmuró la señorita Ryan.

Amelia soltó una carcajada.

—No creo que importe si sé o no cómo se baila un vals. Dudo de que vaya a bailar. Tener la experiencia de ir a un salón de baile londinense será más que suficiente.

—¡Tonterías! —gritó la institutriz—. Escúchame, jovencita. Te he visto con el vestido nuevo y sé que algún caballero va a pedirte que bailes con él. Esos dos jóvenes lores que han estado acompañándote por la ciudad te lo van a solicitar seguro. Volvamos a intentarlo.

Como eso hacía feliz a la señorita Ryan, Amelia volvió a ponerse en el centro de la «pista».

—Tal vez yo pueda servir de ayuda —tanteó una profunda voz masculina

desde la puerta.

Amelia se dio la vuelta y se encontró con Anthony, sonriente, que estaba entregándole su sombrero a Fenton. Llevaba un libro debajo del brazo.

Notó que el cuello se le ponía rojo y rezó para que no se le subiera a las mejillas. Siempre se ruborizaba delante de este caballero.

—Estamos aprendiendo a bailar el vals —dijo tan bajito que no estaba segura de que la hubiera oído.

—Parece bastante complicado cuando ninguna de las dos sabe exactamente cómo es —dijo la señorita Ryan, que le cedió su sitio en el improvisado salón de baile.

—Qué suerte que yo haya llegado, entonces. —Anthony no dejaba de mirar a Amelia. La expectación de verse en sus brazos hizo que se le pusiera la carne de gallina. Incluso cuando soñaba con que él la sacaba a bailar, jamás bailaban un vals.

Le tendió el libro.

—¿Has leído *Los viajes de Gulliver*?

Amelia sacudió la cabeza y extendió una mano para aceptar el volumen.

—Estoy segura de que será un libro delicioso.

La señorita Ryan se acercó, recogió el libro y se dirigió al sofá que había junto a la chimenea. Fenton, que seguía en la puerta, le guiñó un ojo.

Anthony tomó las manos de Amelia.

—Usted coloca una mano sobre mi hombro —lo dijo bajito, lo que hizo que Amelia tuviera que acercarse para oírlo—. Yo coloco la mía sobre su espalda y sostengo su mano derecha.

Amelia miró sus manos juntas. ¿Cuánto hacía que no estaba en brazos de un hombre? Fenton jamás había sido muy dado a ello, pero había dejado de abrazarla cuando ella cumplió quince años. Se le había olvidado la sensación de protección y cuidado que los brazos de un hombre eran capaces de proyectar.

—Ahora damos vueltas por la habitación. —Anthony empezó a tararear una melodía.

Iba guiando a Amelia con los pasos del vals y de vez en cuando le corregía la posición de los pies.

—No, cuando yo dé un paso en esta dirección, tú lo das en la otra y nuestros brazos se reencuentran aquí, sobre nuestras cabezas.

Amelia intentó seguirlo y acabó tropezando. Mientras luchaba por no caerse, un dedo del pie se le enganchó e hizo que se le saliera la zapatilla por el talón. El siguiente paso hizo que la zapatilla saliera disparada y acabara chocando contra la pared.

Se quedó paralizada mirando la maldita zapatilla sin saber qué etiqueta era la que había que seguir para colocarse un zapato en presencia de un caballero.

—Creo, milord, que estoy destinada a pasar vergüenza cada vez que nos vemos.

Dio un suspiro, se acercó como pudo al rincón y, sosteniéndose las faldas para mantener el recato, se volvió a colocar la zapatilla moviendo el pie. Cuando se volvió hacia él, Anthony estaba sonriendo.

Y solo.

«¿Cuándo se habían ido la señorita Ryan y Fenton?».

—Quizá deberíamos probar con una cuadrilla. Como bien ha dicho, es improbable que intente un vals en su primer baile.

Durante una hora Anthony le estuvo enseñando a Amelia los pasos básicos de los bailes más populares de Londres. Si bien era cierto que no iba a destacar por ser la mujer con más gracia de la sala, si la sacaban el jueves a bailar al menos sería capaz de ejecutar los pasos básicos sin que tropezara demasiado.

—Gracias por esta tarde tan deliciosa. —Anthony aceptó su sombrero y abrigo, que le ofrecía Fenton. Su inmediata aparición daba fe de que los sirvientes de Amelia no la habían dejado tan sola como ella había creído.

—Soy yo quien le da las gracias —dijo ella—. De no haber aparecido usted, cualquiera que me hubiera visto bailando el jueves me habría etiquetado inmediatamente de provinciana.

—Cualquiera que te vea bailando el jueves estará demasiado ocupado sintiéndose celoso del caballero que te acompañe como para preocuparse por si te equivocas una o dos veces. —Anthony levantó una mano de Amelia con la suya y le besó rápidamente los dedos.

Amelia volvió a ruborizarse, extrañada de que no hubiera ardidado en la

última hora y media con tantos cumplidos como el marqués le había dedicado. Seguramente él pensaría que era normal en ella estar siempre así de colorada.

Anthony la miró a los ojos por última vez, se puso el sombrero y bajó la escalera dando ligeros saltitos hasta llegar a la acera.

1 N. de la Trad.: George Bryan Brummell, conocido como Beau Brummell («el Bello Brummell»), fue el embajador de la moda británica en la época de la Regencia.

Capítulo 9



A pesar de que el día amaneció nublado, Amelia seguía teniendo el ánimo muy alto. ¿Cómo no tenerlo, si había pasado la semana más increíble de su vida?

Desayunó con prisas, ansiosa por preparar una bandeja para la señorita Ryan. Por la noche la mujer se había puesto bastante enferma. Probablemente tendría que quedarse unos días en cama, pero ni siquiera eso fue capaz de perturbar a Amelia.

Dudaba de que la institutriz pudiera tomar algo más aparte de un té, pero colocó unas tostadas en la bandeja y una taza de caldo caliente.

Cuando pasó por delante de la entrada para dirigirse a la escalera principal, alguien llamó tan fuerte a la puerta que toda la casa retumbó. Fenton se apresuró a abrir. Aunque sintió curiosidad por saber quién podría venir tan temprano a pesar del mal tiempo, la bandeja pesaba y todavía le quedaba subir las escaleras con ella. No esperaba.

—¿En qué puedo ayudarle, caballero? —dijo Fenton.

Amelia sacudió la cabeza al oír esa mezcla de condescendencia y gracia en su voz. Últimamente estaba mejorando mucho su forma de atender la puerta. Tras despedirse de Anthony el día anterior él mismo había declarado que encajaba con el perfil de la flor y nata de los mayordomos.

La señorita Ryan tenía tos seca y carraspeó cuando Amelia entró empujando con el hombro la puerta de la habitación.

—¡Té! ¡Bendita seas! —La señorita Ryan volvió a dejar caer la cabeza

sobre las almohadas. La fiebre la hacía estar pálida y colorada al mismo tiempo.

—También he traído un poco de caldo y tostadas. Si deja de toser un rato tal vez pueda tomárselos.

Amelia dejó la bandeja sobre un pequeño escritorio y empezó a preparar el té. Estaba acercándole una taza a la señorita Ryan cuando Fenton apareció por la puerta.

—Señorita Amelia, abajo hay un abogado que quiere verla.

«¿Un abogado? ¿Aquí? ¿Para qué demonios?». Miró por la ventana, que tenía los cristales salpicados de lluvia.

—Dios mío, debe de estar empapado. Le llevaré una manta cuando baje. Señorita Ryan, regresaré lo antes posible. Fenton, por favor, dígame a la señora Harris que ayude a la señorita Ryan a tomarse la sopa.

—Enseguida, señorita.

Amelia sacó una manta del cofre que había a los pies de la cama antes de bajar corriendo las escaleras. Un abogado. ¿Lo habría enviado el vizconde? ¿Habría venido a darle instrucciones para que desalojara la propiedad después de su cumpleaños?

Entró agitada en el salón mientras seguía pensando en la señorita Ryan. El malestar de su doncella de compañía era un problema cercano, pero sin duda menos importante que el que su tutor dejara de mantenerla.

En el salón un hombre muy bajo y regordete, con gafas redondas, estaba esperándola. De su sombrero caían despacio gotas de lluvia sobre la gastada alfombra que tenía bajo los pies. Amelia le ofreció la manta. Él no la aceptó.

—Soy el señor Alexander Bates, de Chandler, Bates y Holmes. Necesito hablar con la persona que está a cargo de esta casa sobre un asunto legal de suma importancia. —El hombre se estiró todo lo que pudo, de forma que se colocó a la altura de la nariz de Amelia, e intentó por todos los medios parecer muy importante.

—Yo soy esa persona. —Amelia se apoyó la manta sobre el pecho. Dios santo, ayúdalos. Este hombre los iba a despedir a todos de inmediato.

—Ah, la institutriz.

—¿Disculpe? —Se había planteado trabajar como institutriz, pero de

momento ni siquiera había solicitado el puesto. ¿Se habría encargado alguno de sus amigos de buscarle trabajo?

—La institutriz —repitió el hombre.

—¿La institutriz?

—De la niña —dijo indignado.

«¿De la niña?». ¿De qué estaba hablando aquel hombre?

El señor Bates arrugó el entrecejo. Amelia pensó en ofrecerle de nuevo la manta, pero él parecía no darse cuenta de que estaba mojado. Quizá se había equivocado de casa.

—No es de mi incumbencia que alguien contrate a gente carente de juicio, pero le puedo asegurar que haré llegar este documento al heredero. —Sacó un fajo de papeles del enorme bolsillo de su abrigo y lo colocó ante sus ojos.

«¿Heredero? Dios mío». Amelia sintió desasosiego en el estómago. Si hablaba de un heredero, eso significaba que...

—En nombre de Chandler, Bates y Holmes me gustaría expresar mi más sentido pésame por su reciente pérdida. —El hombrecito leía los documentos sin expresar emoción. Amelia notó que se le aflojaba la mandíbula. ¿Acababa de decirle que no tenía juicio y ahora le transmitía aquel mensaje sin explicación alguna, sin una disculpa?

Comenzó a asimilar la realidad ante su cambio de circunstancias. Se desplomó en la silla que tenía más cerca. Los oídos le zumbaron levemente cuando la manta cayó al suelo. ¿Qué iba a ser de todos ellos ahora?

—Como estoy seguro de que sabe, no había un heredero directo. Tras un exhaustivo rastreo del árbol genealógico se ha localizado al siguiente pariente masculino y se le ha notificado la herencia. Ha decidido aceptar la tutela de una tal señorita Amelia Stalwood, de once años de edad... —El señor Bates se detuvo y la miró—. Aunque supongo que ya debe de haber cumplido los doce. —Volvió a mirar los papeles—. De todas formas, la persona que ostenta actualmente el título asume el cuidado de la señorita Amelia Stalwood.

»El heredero ha hecho las gestiones oportunas para que la niña viva con su madre y su padrastro en su finca de Essex hasta nueva disposición. Desea que la niña acuda allí lo antes posible, a estar con la familia, para ayudarla a soportar su dolor. Usted y la niña saldrán a las nueve en punto mañana por la

mañana.

Amelia sintió frío y se notó pálida. Jamás hubiera pensado que alguien pudiera notarse palidecer. No podía irse al día siguiente. El baile era al día siguiente. No quería en absoluto marcharse de Londres. Debía de haber una forma de retrasar la salida.

—Mañana tengo un compromiso...

—Lo que a usted le venga bien no es procedente. —El hombrecito frunció el ceño. Era la primera emoción que mostraba desde que había llegado—. Él desea que la niña se establezca lo antes posible. Usted debe asegurarse de que esté preparada.

Si Amelia fuera realmente una niña, seguramente agradecería sus buenas intenciones.

Pero no lo era.

—No tengo once años.

—Espero que no —dijo él frunciendo el ceño de nuevo.

—Amelia Stalwood no tiene once años. Ni doce. Me temo que la información de que dispone no está actualizada.

El hombre miró los papeles como si no pudiera entender que estaba equivocado.

—Ella sigue viviendo aquí, ¿no es cierto? Los documentos especifican que debe permanecer bajo la tutela de lord Stanford hasta que cumpla veintiún años.

Podría mentir. Añadir unos meses a su edad y ser libre. Pero la sinceridad era una virtud que Dios alababa, ¿no? La señora Bummel siempre había creído eso. ¿Reconocería él su honestidad?

—Sí, sigo viviendo aquí, y...

El señor Bates continuó tan pronto oyó una respuesta afirmativa.

—El subsidio trimestral se ajustará en función de la partida del tutelaje y la institutriz. Las demás disposiciones sobre la casa se efectuarán en fecha posterior.

El señor Bates inclinó el sombrero ante Amelia, volvió a guardarse el montón de papeles en el bolsillo del abrigo y salió de la habitación tras tropezar con la manta que se le había caído a Amelia de las manos. Ni siquiera

se había sentado.

Amelia salió corriendo detrás de él.

—Pero yo...

—Mañana a las nueve en punto. Que tenga un buen día.

Y se marchó sin que a Amelia le diera tiempo siquiera a respirar.

—Caballero, he de insistir, deténgase. —Lo siguió hasta el recibidor—. Hay un malentendido que debemos aclarar.

Él se detuvo con la mano ya en el pomo de la puerta. Cada arruga de su cara redonda mostraba condescendencia y exasperación.

—Hemos quedado en que Amelia Stalwood todavía no es mayor de edad. Por lo tanto está obligada a obedecer los deseos de su tutor. He cumplido con mi misión de transmitir el mensaje a pesar de este horrible tiempo. Si tiene usted algún otro problema, le sugiero que lo hable con su nuevo tutor. Que tenga un buen día.

Abrió la puerta, salió y pegó un portazo como si temiera que lo fuera a seguir también por la calle.

La lluvia continuaba cayendo y parecía hacerse eco de las palabras del abogado: «Amelia Stalwood, de once años...».

Era consciente de que el vizconde jamás la quiso ni pensó mucho en ella. ¿Pero había significado tan poco para él como para que, tras haber dejado de verla, ni él ni sus abogados recordaran que ella iba a seguir cumpliendo años?

Las lágrimas serían inevitables. Cuando desapareciera la conmoción, el dolor y el miedo saldrían a la luz. Se acurrucaría haciéndose una bola y se dejaría arrastrar por la pena. Pero acogió con beneplácito su actual falta de sensibilidad. Más de lo que nunca hubiera imaginado.

Colocó un pie delante del otro y subió con dificultad las escaleras. Entró en la habitación de la señorita Ryan, donde se encontró con toda su pequeña familia de sirvientes. Lydia, la doncella, estaba cambiando las sábanas empapadas en sudor. La señora Harris estaba intentando convencer a la señorita Ryan de que se tomara uno de sus remedios caseros. Fenton estaba reemplazando el orinal. La señorita Ryan seguramente había vomitado la sopa que Amelia le había convencido que tomara.

Todos se detuvieron cuando Amelia entró por la puerta. ¿Tan mal aspecto

tenía? Se sintió pequeña, frágil, como un trocito de papel a merced del viento. Los tres sirvientes que estaban en buena condición física corrieron hacia ella hasta que Amelia levantó una mano.

Los miró a todos a la cara antes de hablar.

—Lord Stanford ha fallecido. Por la mañana un carruaje vendrá a recogerme y me llevará con mi nuevo tutor. La señorita Ryan también puede venir cuando se recupere. —Si era necesario. Quizá Amelia pudiera asegurar un puesto y la señorita Ryan consiguiera buscar trabajo en Londres, donde sus contactos podrían favorecerla—. Ahora, si me disculpáis, tengo que hacer las maletas.

Amelia no miró a los ojos a ninguno antes de volverse y bajar al pasillo que la conducía a su habitación. No le llevaría mucho tiempo guardar todo lo que consideraba suyo. Sus padres le habían dejado poco y no había razón por la que adquirir muchos objetos personales que le hicieran acordarse de su vida londinense.

El nuevo vestido rosa de baile estaba colgado en el armario, recordándole lo cerca que había estado de empezar una nueva vida. No le quedaba otra que meterlo en la maleta y dejar que le sirviera de recordatorio de tantos momentos de alegría.

Por encima de todo, Amelia deseaba tener suficiente coraje para quedarse, pero no cabía duda de que pronto podría mantenerse a sí misma. En cuanto le dijera su verdadera edad al nuevo vizconde buscaría trabajo.

Sería mejor buscarlo en Essex. Londres le recordaba demasiado lo que había estado a punto de ser. Cuando se librara de esos recuerdos, podría ser feliz. Se obligaría a serlo.

Inspiró profundamente y llenó los pulmones de aire. Cuando volvió a expulsarlo con un silbido se limpió con energía las manos en la parte delantera de la falda. Las maletas no iban a hacerse solas. Había mucha faena antes de que el carruaje la recogiera por la mañana, y todavía tenía que colaborar en los cuidados de la señorita Ryan.

Lydia apareció y empezó a doblar y a colocar los pocos vestidos que tenía Amelia en un baúl.

—¿Por qué tiene que irse? —susurró la doncella.

—No tengo forma de mantenerme si no me voy. He de confesar que creía que faltaban varios meses para que llegara el día en que me quedaría sola. Nadie nos hacía caso aquí, lejos de lord Stanford, de sus libros y sus estudios, así que creí que podría recorrer mi propio camino en la vida. Me temo que estoy a merced del nuevo vizconde.

Lydia sonrió temblando, pero de forma descarada.

—Tal vez sea joven y soltero. Parece que usted le gustaba mucho al marqués. Un vizconde no es lo mismo, pero podría mantenerla debidamente.

Amelia le arrojó una almohada a su amiga. Comenzó a sonreír, sacudió la cabeza y continuó con el equipaje. Terminaron de preparar las maletas en silencio, pero el ambiente no parecía estar cargado.

Capítulo 10



La escena se parecía demasiado a la que tuvo lugar cuando se fue de la casa del vizconde para marcharse a Londres diez años antes. Amelia se sentó sobre su baúl en el recibidor principal, valija en mano, esperando el carruaje prometido. En el suelo, a sus pies, había una cesta con las mejores especialidades culinarias de la señora Harris. Ella, la señorita Ryan y Lydia ya se habían despedido una hora antes. Solo quedaba Fenton, que estaba paseándose de una ventana a otra.

Un fuerte golpe en la puerta le hizo pegar un salto. Hubo otro y se apretó la valija contra el pecho. El tercero le pareció un toque a muerto.

Fenton abrió la puerta y se encontraron con un lacayo de pie, alto y erguido como los guardianes de palacio.

—El carruaje para la señorita Stalwood y la señorita Ryan ha llegado.

Amelia avanzó paso a paso con una precisión deliberada. Hoy no había lugar para vacilaciones. Dios no le había prometido nada más que este instante y le sacaría el mayor provecho posible.

—Buenos días. Soy la señorita Stalwood, pero, por favor, llámeme señorita Amelia. ¿Y usted es...?

El lacayo cambió el peso del cuerpo a la otra pierna.

—Me llamo Gordon, señorita. Jeremy Gordon. Creía que venía a recoger a una niña.

—Me alegro de conocerle, Gordon. Me temo que aquí no hay ninguna niña. Solo yo. La señorita Ryan está indispuesta y no puede viajar, por desgracia. Le

agradecería que me ayudara con el equipaje, no quisiera retrasar más nuestra partida. Llevo una cesta con bizcochos y galletas que ha preparado mi ama de llaves y estoy más que dispuesta a compartirlos durante nuestro viaje. ¿Nos vamos?

La tensión se desvaneció al descubrir que su voz permanecía inalterada. Incluso se las arregló para sonreír.

Gordon echó una extraña mirada a la cesta, pero no dijo nada cuando levantó el baúl.

—¿Esto es todo, señorita?

—Sí, eso es todo. —Sus veinte años de existencia cabían en un solo baúl

—. Gracias, Gordon.

El conductor ayudó a Gordon a amarrar el baúl. Empezó a bostezar y se agachó tras el carruaje, quedando fuera de la vista. Amelia fue tras él.

—¿Se encuentra bien?

El hombre se sonrojó.

—Le ruego me disculpe, señorita. No llegamos de Essex hasta anoche, bien tarde.

Y ahora aquel hombre tenía que hacer el camino de vuelta conduciendo. Amelia no pudo evitar pensar que debían haberse tomado un día de descanso, así ella podría haber acudido al baile de esa noche. Se sintió un poco culpable al respecto. El conductor y el criado creían que debían ayudar a toda prisa a una niña desconsolada. Les mostró la cesta.

—¿Les apetece un bizcocho de frambuesa?

Los dos hombres intercambiaron una mirada, pero a continuación aceptaron cortésmente la oferta. Gordon la ayudó a subir al carruaje e hizo un brindis con el último bocado de su bizcocho.

—Están muy buenos, *milady*.

—Mi... es decir, la señora Harris es una cocinera extraordinaria. — Amelia tuvo que aguantar las lágrimas al darse cuenta de que la señora Harris ya no seguiría siendo su cocinera. Ya no podría pedirle nada—. Por favor, llámeme señorita Amelia. Todo el mundo me llama así.

—Muy bien, señorita Amelia. —Su sonrisa pareció un poco más auténtica cuando cerró la puerta y subió al carruaje—. Póngase cómoda, no deberíamos

tardar mucho. Esta mañana las carreteras estaban bastante vacías.

El constante sonido de las pezuñas de los caballos supuso para Amelia algo a lo que aferrarse. Lo único que debía hacer era mantener la compostura hasta que sonara el siguiente casco. Si lo lograba, cuando llegaran a Essex estaría en completo control de sus facultades.

Iba mirando los edificios al pasar, pendiente de salir de Londres por la misma carretera por la que había llegado hacía muchos años. De repente hicieron un giro que la tomó por sorpresa: esta calle les conduciría al mismo corazón de Mayfair². ¿Se habrían perdido? Quizá estuvieran dando la vuelta, poco familiarizados a moverse por las estrechas calles londinenses.

Le costó trabajo abrir la ventana, pero lo consiguió y se asomó. Una enorme gota de lluvia le cayó en la frente antes de preguntarles si necesitaban ayuda. Enseguida cayó otra y en apenas unos momentos empezó a descargar un chaparrón.

Metió de nuevo la cabeza. Seguramente iban a pasar la noche en Londres, en alguna parte, en lugar de arriesgarse a andar por las carreteras con tanta lluvia.

Había un rayo de esperanza, aunque intentó desechar la idea. Si se quedaban en Londres a pasar la noche, ¿podría ir al baile?

Dieron unas vueltas más y llegaron al otro lado de Mayfair. Amelia nunca había visitado esa zona, así que lo más seguro era que no encontrara a nadie que estuviera dispuesto a ayudarla a acudir al baile. El rayo de esperanza se desvaneció.

Se detuvieron delante de una sencilla pero majestuosa casa con jardín, con al menos seis ventanas de ancho de fachada.

Gordon abrió la puerta y bajó el escalón. El agua le caía por la nariz.

—¿Vamos a detenernos aquí? —Amelia odiaba ser la causa de que aquel hombre se siguiera mojando, pero no podía meterse en casa de alguien sin más, sin saber quiénes eran o qué esperaban.

—Por supuesto, señorita Amelia. *lady* Blackstone la está esperando. —Gordon le ofreció una mano para ayudarla a salir—. Creyó que un viaje a Essex sería demasiado para una pequeña afligida, así que ha venido a Londres a conocerla. —Se oyó un arañazo y vio que el conductor estaba transportando

su baúl a la entrada de servicio. Gordon se frotó la nuca—. Desde luego, usted de niña no tiene nada.

—Me temo que tendré que explicar eso. —Amelia inspiró profundamente y se bajó del carruaje. Lo hizo con tanta determinación que se resbaló en el escalón y casi dio con el trasero en un charco.

Gordon la ayudó a enderezarse y recuperó su postura formal.

—Gracias. —Miró las escaleras de la entrada principal. Su determinación se había transformado en miedo.

—Se está mojando, señorita.

—Sí. Tiene razón. Debería pasar, pues. —Voló escaleras arriba como si otro momento de duda pudiera hacer desaparecer todo. La puerta principal se abrió al acercarse y entró con tanto ímpetu en el recibidor que sus zapatillas se deslizaron por el mármol resbaladizo. Logró evitar su casi segunda caída en pocos minutos. No estaría bien conocer a su anfitriona arrastrando el trasero por el suelo.

El mayordomo cerró despacio la puerta. No estaba sonriendo, pero tenía los rabillos de los ojos algo arrugados.

—¿Quiere una toalla? —Amelia aceptó agradecida el lienzo de lino que le extendió.

—La chimenea del salón está encendida. Haré que llamen a *lady* Blackstone. Ha llegado usted un poco antes de lo previsto.

El mayordomo se llevó la capa mojada, pero el vestido que llevaba debajo seguía húmedo. Amelia se fue a la habitación que le había indicado, pero se negó a que su ropa empapada rozara alguno de los hermosos muebles tapizados. Se colocó junto al fuego, de pie, disfrutando del calor en la piel mientras una fría inquietud se le filtraba por la sangre. «¿Quién era *lady* Blackstone? ¿Qué le habrían contado?». Tenía un leve recuerdo de una tal *lady* Cressida Blackstone, que había contraído matrimonio el año anterior. ¿Se llamaría así antes o después de casarse?

Otro carruaje se detuvo frente a la casa. ¿Sería *lady* Blackstone?

La curiosidad le hizo asomarse por la ventana, pero no pudo distinguir a las personas que se estaban bajando del carruaje. Vio a dos mujeres que llevaban una capa con una enorme capucha y a un hombre con un gabán con los cuellos

subidos hasta las orejas y sombrero de copa. Todos se apresuraron a subir las escaleras.

Oyó pisadas en el recibidor mientras se alejaba de las ventanas y se iba al otro lado del salón. Reconoció los andares sigilosos del mayordomo de antes, pero no el sonido pesado de unas botas ni el frufrú de unas zapatillas de dama.

Deseosa de conocer la situación antes de darse de bruces con ella, se asomó por la puerta del salón, que estaba entreabierta. No pudo ver a los recién llegados, pero sí a una elegante mujer que estaba bajando las escaleras y a un hombre enorme que se estaba acercando desde la zona posterior de la casa.

La mujer tenía algunas canas en el cabello, de color rubio oscuro. Le ofreció una mano al gigante caballero rubio, que iba con ropa de montar.

—Me alegro de que hayas podido venir esta mañana. Debo de haberlo entendido mal, pues me han dicho que la recién llegada es una mujer.

El hombre hizo un gesto señalando la puerta principal, donde supuestamente el grupo que acababa de llegar se había despojado de sus abrigos y capas.

—¡Madre! —dijo una voz femenina joven que le sonó ligeramente familiar.

Amelia intentó ver todo el recibidor sin tener que abrir más la puerta del salón, pero resultó imposible.

—Te ruego que convenzas a Miranda para que abandone el proyecto —continuó la joven.

Amelia se apartó de la puerta. «¿Miranda?. No podía ser la misma Miranda. Era imposible».

—No se trata de un proyecto. Además, me envió una nota esta mañana cancelando nuestros planes para esta noche y luego le pidió a su mayordomo que me dijera que no se encontraba en casa cuando fui. Creo que está asustada y que intenta alejarse de mí por completo. Madre, tienes que ayudarme a hacerla entrar en razón...

Era la misma Miranda. Amelia había tenido la intención de despedirse de ella, ya que no pensaba volver de Essex, pero pospuso la escritura de la carta hasta que lo único de lo que tuvo tiempo fue de garabatear una nota en la que le decía que no podría acudir al baile. «Pero ¿cómo podía...? ¿Por qué razón

iba a...? ¿Había llamado “madre” a aquella mujer?».

—¿De quién estamos hablando? —La sonrisa de la mayor de las mujeres era indulgente. Decididamente, la de una madre.

—De una pobre chica a la que Miranda se ha empeñado en meter a la fuerza en sociedad como si fuera un cordero sacrificado —murmuró Georgina.

Amelia se detuvo justo cuando iba a alcanzar el pestillo de la puerta. ¿Estaban hablando de ella?

—Eso no es cierto —se quejó Miranda.

—Trent ha decidido cortejarla —continuó Georgina.

—No es cierto. —Trent entró en su campo de visión—. Buenos días, Griffith. ¿Qué te trae por la ciudad? Por cierto, creo que mentía en la nota que envió esta mañana. Era bastante confusa.

—¿Por qué razón iba a mentir? —dijo Miranda resoplando.

Amelia se cruzó de brazos y frunció el ceño. No había mentido. Haber escrito «unas circunstancias imprevistas» le había parecido una explicación plausible de por qué razón no acudiría al baile.

—Disculpen —dijo una voz que asumió que era la de Griffith—, pero ¿de qué estamos hablando? ¿No hemos venido todos para conocer a mi nueva protegida?

—He conocido a una joven «desamparada» y me he hecho amiga de ella. — Miranda hizo una pausa—. Parece ser que Trent ha decidido cortejarla. ¿Qué quiere decir con que tiene una nueva protegida? ¿Quién se ha muerto? Nadie cercano o me habría enterado.

A Amelia la cabeza le daba vueltas. Miró a ver si el salón tenía otra puerta. Posiblemente no podría mirarlos a la cara ahora, no tras haber oído aquella conversación. ¿Cómo podría dirigirse ahora a Trent, si su corazón ya pertenecía a Anthony?

—Tonterías, Miranda. Solo me he hecho amigo de ella también. Valoro mi cabeza, ya sabes. Anthony me mataría si la cortejara habiéndosela adjudicado ya para él.

No había ninguna otra puerta. Iba a tener que encontrarse con ellos. Con la toalla alrededor de los hombros, abrió por completo la puerta del salón, pero nadie se dio cuenta.

El hombre que asumía que era Griffith estaba observando a unos y otros miembros de la familia. Su madre parecía encantada.

—¿Anthony la está cortejando?

—Por supuesto que no —dijo Georgina—. Tiene que hacerse cargo de su marquesado.

—De verdad que me encanta que estés equivocada —dijo Trent con aires de suficiencia. Ya ha ido a visitarla. Incluso han estado tomando un helado en Gunter.

—¿Ah, era ella? —dijo Georgina haciendo un puchero.

Miranda aplaudió entusiasmada.

—Todo el mundo está hablando de eso. Nadie pudo ver a la dama porque la tapaba un árbol. Rebecca Laramy dijo que había sido ella, pero yo sabía que no podía ser verdad.

—Fascinante todo —dijo Griffith—, pero una jovencita va a llegar pronto.

—¿Cómo de jovencita? —Georgina encogió los ojos.

—No nos has dicho quién ha fallecido —dijo Miranda.

La relevante declaración de Griffith caló en la confusa mente de Amelia. Él era su nuevo tutor.

¿Pero cómo podía ser posible? ¿Cómo podía Dios hacer algo así? La única amistad que había trabado en la que la otra persona no se jugaba nada excepto su compañía estaba a punto de echarse a perder por culpa de las obligaciones.

—Santo Dios. —Cinco cabezas se volvieron a mirarla.

—¡Amelia! —Miranda cruzó el vestíbulo como si estuviera bailando y la abrazó.

—¿Quién es usted? —La madre de Miranda se dirigió a ella con el ceño fruncido—. ¿Es usted la institutriz? ¿Qué ha hecho con la pequeña?

—¿Es una criada? —Georgina tosió.

Miranda arrugó el entrecejo.

—Creí que eras la protegida del vizconde de Stanford.

—Lo soy, pero... —Amelia tragó saliva.

—No —dijo Griffith—, la protegida del vizconde es una pequeña de once años. Llegará en cualquier momento.

—Pero la doncella me dijo que la niña ya había llegado. —La madre de

Griffith, que se suponía que era la tal *lady* Blackstone que vivía allí, parecía muy confundida—. Así que usted debe de ser la señorita Ryan.

—La señorita Ryan está enferma. No pudo acompañarme. Yo...

—Prefiero a Amelia a una niña de once años. ¿Podemos quedárnosla, mejor? — Trent sonrió.

—Ten cuidado con lo que dices. —Lady Blackstone le dio un golpe en el pecho a Trent—. Nos hacemos cargo de los menos afortunados de esta familia, y una jovencita que ha pasado dos veces por un abandono es alguien muy desdichado.

—No se apellida Ryan. Es Stalwood —dijo Griffith—. Amelia Stalwood.

Todos se callaron y miraron a Amelia. Aquel repentino silencio se hizo denso. Amelia realizó un pequeño gesto con la mano a modo de saludo.

—Hola.

—Usted —dijo por fin *lady* Blackstone—, no tiene once años.

[2](#) N. de la Trad.: Mayfair es un barrio del oeste de Londres, caro y prestigioso, en el que está, entre otras, la famosa calle Bond, conocida por sus lujosas tiendas.

Capítulo 11



Apenas tardaron cinco minutos en explicar que *lady* Blackstone era la madre de Miranda, casada en segundas nupcias el año anterior.

Amelia tardó casi una hora en contar su historia a la familia, que se mostraba curiosa. No sabía quién estaba más sorprendido: si ellos al descubrir que era en realidad la protegida o si ella al enterarse de que estaba emparentada con un duque. Suponía un ascenso social con el que jamás podría ni haber soñado.

—¿Cómo te las has arreglado para heredar un vizcondado? —preguntó Trent.

Griffith se encogió de hombros.

—El primer duque de Riverton era el segundo hijo del cuarto vizconde de Stanford.

—Las reuniones familiares deben de haber sido de lo más divertidas —afirmó Trent sonriendo.

—No era una rama muy prolífica. Los vizcondes que siguieron tuvieron cada uno un hijo, este a su vez se casaba y tenía también un hijo propio. —Griffith sacudió la cabeza—. Un par de ellos también tuvieron hijas, pero han tenido que remontarse nueve generaciones para encontrar otro heredero varón.

—¡El baile de los Hofferham! —gritó Miranda.

—¿Cómo? —Lady Blackstone dejó su taza de té de forma refinada, a pesar de su evidente confusión.

—No me digas que sigues pensando ir —dijo Georgina.

—¡Por supuesto que sí! —Miranda abrazó a Amelia, que estaba sentada a su lado en el sofá—. Será el momento perfecto para anunciar la nueva posición social de Amelia.

—Pero todavía no hemos deshecho su equipaje —dijo *lady* Blackstone.

—Perfecto. No lo hagáis. Insisto en que se venga a vivir a Hawthorne House, de todas formas. Ha dejado de llover, así que ya podemos llevarnos allí su baúl. —Miranda miró a todos los que la rodeaban rebotante de emoción.

—No tengo doncella —dijo Amelia. Lo cierto es que la señorita Ryan había demostrado no ser de gran ayuda cuando le había correspondido vestirla de gala. Tardó horas en peinarla para la ópera y aun así llevó el peinado un poco torcido.

—Sally puede ayudarte. O Iris. Iris es la criada de la planta superior. Es fabulosa. Si no fuera por Sally yo me quedaría con Iris sin pensarlo.

Nadie tuvo nada que objetar, así que tanto Amelia como su baúl volvieron al carruaje. Ya no sentía la misma opresión en el pecho que aquella mañana.

Como un relámpago, como solo en un hogar competente se podía hacer, se dispuso una habitación para Amelia, se deshizo el equipaje y se planchó la ropa para el baile. Amelia apenas había tenido tiempo de respirar cuando se encontró en el recibidor de Hawthorne House con Gibson, sonriendo como un padre orgulloso.

—Ahora, querida, no te preocupes por nada. Esta noche estarás maravillosa. — *lady* Blackstone, que había insistido en que la llamara Caroline por considerar que entre los miembros de la familia no eran necesarias las formalidades, le echó a Amelia un mechón de pelo hacia atrás—. ¿No está preciosa Amelia esta noche, William?

Lord Blackstone, que se había casado con Caroline el año anterior, sonrió a Amelia y luego a su esposa. Amelia había oído hablar del matrimonio de la hija de él.

—Así es, querida, pero creo que tu ánimo, más que prestar apoyo, está causando revuelo.

Amelia abrió el abanico y se echó aire en la cara intentando mantener a raya el inminente rubor.

Trent, Miranda, Amelia y Griffith fueron en el mismo carruaje que lord Blackstone, y Caroline en otro, directamente detrás de ellos.

Miranda no paraba de hablar de lo divertido que sería tener a Amelia en casa. Amelia no decía nada. Lo único que era capaz de hacer era respirar. Después de tantos altibajos, de tanto albergar esperanzas y perderlas, por fin iba camino del baile.

Los caballos aminoraron la marcha hasta detenerse y la sacudieron contra Miranda. El lacayo, Gordon, abrió la puerta y permaneció de pie, estirado, esperando para ayudar. Rompió el protocolo un momento para mirar de reojo el carruaje y guiñar un ojo a Amelia, lo cual la reconfortó mucho más que cualquier cosa que le hubiera podido decir Miranda, Caroline o incluso Griffith.

Amelia levantó la vista y vio la casa, incapaz de creer que estaba allí. Recordó los años que había pasado contemplando el resplandor de las velas en las casas, con tantas luces encendidas que se veían desde las calles adyacentes. Ahora sabía con sus propios ojos qué ocurría dentro de ellas. Se sentía pletórica. Dios era bondadoso, a pesar de haber trazado una extraña ruta para hacerla llegar adonde estaba ahora.

Trent le ofreció el brazo a Miranda y sonrió como un chiquillo travieso.

—Estoy deseando ver la cara de Anthony.

Los hermanos se marcharon y dejaron que Amelia pudiera deleitarse en su mundo de fantasía mientras esperaba con Griffith a lord y a *lady* Blackstone. A su alrededor iba apareciendo gente vestida con hermosas sedas y satenes de todos los colores del arcoíris. La repentina necesidad de saber si el interior era tan inspirador como el exterior liberó sus pies de su prisión invisible. Echó un vistazo a su alrededor buscando a sus acompañantes y los descubrió a unos pasos, con una breve sonrisa y los ojos húmedos.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí de pie? —Odiaba percibir que le temblaba la voz, pero no podía evitarlo.

—Todo el que has necesitado. —Griffith le ofreció un brazo y la acompañó al interior del edificio.

Lo primero que le llegó fue el ruido del salón de baile, una confusa mezcla de voces y música. El corazón de Amelia se aceleró y le comenzaron a sudar

las palmas de las manos. Agradecida de llevar guantes, se asió al brazo de Griffith con más fuerza.

El salón de baile parecía un cuadro que hubiera cobrado vida: había gente maravillosa, sonaba una música hermosa y la decoración era exquisita. Todo se juntaba y conformaba una espléndida estampa llena de color.

Un pequeño tramo de escaleras conducía al salón. Eso permitía a Amelia estar por encima de los demás, a suficiente altura como para ver dos cabezas rubias abriéndose camino entre la gente. Miranda y Trent seguían intentando acercarse a Anthony. Siguió con la mirada el camino que iban abriendo y lo vio. Estaba bailando. Su imaginación hiperactiva le hizo creer que desde allí veía el brillo de sus ojos azules.

De nuevo lo miraba, cuando ella había decidido que jamás volvería a sentirse incómoda por dentro. El corazón, que le latía rápidamente, se le subió del estómago a la garganta. Ya no podía respirar, pero al menos tampoco tenía náuseas.

Cuando la había visitado, ella había empezado a albergar la esperanza de que su aparente interés fuera auténtico. Eso seguramente solo sería posible ahora que sus circunstancias habían cambiado.

¿Lo sería?



Anthony no estaba seguro de por qué absurda razón había llegado tan temprano al baile de *lady* Hofferham. Aquella vaga nota de Griffith en la que le garantizaba que asistiría lo había dejado intrigado, pero dudaba de que tal misterio lo distrajera lo suficiente tras la decepción que había sentido al enterarse, por otra nota que a primera hora de la mañana Miranda le había dejado, de que Amelia no acudiría a la fiesta.

Murmuró los cumplidos de rigor a su pareja de baile mientras se la entregaba a su madre.

Era bastante agradable, pero también lo eran las otras docenas de mujeres con las que había bailado en los últimos tiempos.

Tal vez debería regresar a la finca campestre y volver a intentarlo al año

siguiente. Su obsesión por la ausente Amelia le impedía fijarse en otras candidatas. Era insoportable. Había estado con ella muy pocas veces. Seguramente no tantas como para que fuera lógica la incesante comparación que establecía entre ellas y todas las demás mujeres.

Miranda y Trent lo abordaron mientras se alejaba de la joven de la que ya había olvidado el nombre. La hermosa y enorme sonrisa de Miranda lo tomó por sorpresa. ¿No se suponía que ella debería estar casi tan desilusionada como él?

Lady Helena Bell estaba abriéndose camino en el salón dirigiéndose a él. Otro problema que preferiría no tener. Lo había estado persiguiendo desde su primera aparición pública en Londres. Miranda le había contado que sobornaba a ciertas personas para que le contaran adónde iba él cada noche para así poder hacer ella también su aparición. Sus intenciones eran vergonzosamente obvias, pero él ni quería oír hablar de ello. ¿Por qué no desaparecía esta dama, sin más?

—¡Hola! —lo saludó, alegre, Miranda, que lo enganchó por un brazo y lo obligó a darse la vuelta para ponerse frente a ella.

Trent estaba detrás cambiando el peso de un pie a otro y sonriendo como un idiota.

—Buenas noches —dijo Anthony con cautela—. ¿Dónde está Griff? Dijo que vendría.

—Sí, está aquí —dijo Miranda con una sonrisa nerviosa.

Trent carraspeó.

—Lo hemos convencido para que no entre hasta que no te encontremos.

Anthony empezó a sentirse preocupado.

La sonrisa de Trent se hizo más grande.

—Él tiene la solución para tu decaimiento, cuya causa es el imposible enamoramiento que sientes por Amelia —gorjeó Miranda.

—¡El excelentísimo señor duque de Riverton, lord y *lady* Blackstone y la señorita Amelia Stalwood! —gritó el alguacil desde la puerta.

«¿Había oído bien? ¿Estaba Amelia allí de verdad?».

Al lado de Griffith había una imagen rosa pálido. Era ella. Incluso a esa distancia notaba el cúmulo de emociones que se reflejaban en su rostro. Casi

percibía el pulso de Amelia en sus dedos y veía el rubor detrás de sus orejas amenazando con extenderse de forma encantadora por sus mejillas si ella se convertía en el centro de atención.

Empujó a un lado a *lady* Helena al pasar por su lado cuando se dirigía a la entrada e hizo caso omiso al resoplido de indignación que ella soltó.

Miranda y Trent se encargarían de gestionar el corazón herido de su acosadora.

La boca se le secó al fijarse en cada detalle. El atuendo de Amelia era elegante, un vestido de baile que cualquier mujer presente en aquel salón estaría encantada de lucir a pesar de ser la quintaesencia de la sencillez, como Amelia. Llevaba el cabello, castaño, recogido en un moño y un solo tirabuzón, enorme, le caía sobre el hombro derecho. Sintió que los dedos le ardían, deseando enredarse en aquel tirabuzón. Era tan grande que si quisiera se lo podría liar alrededor de la cintura. ¿Cómo habría conseguido peinarse así?

Amelia no lo estaba mirando, tan cautivada estaba con todo lo que le rodeaba, moviendo la cabeza de un lado a otro e intentando asimilarlo todo mientras bajaba las escaleras. Cuando por fin lo vio, los ojos se le iluminaron y las mejillas se le tiñeron de rosa. Anthony jamás había visto a un ser tan encantador en toda su vida.

—Señorita Stalwood. —Se inclinó y le besó los nudillos. Nunca un guante le había parecido tan molesto—. Es un placer volver a verla.

Dos personas se acercaron por detrás de él. El frufú del vestido mientras daba saltos de emoción delató a Miranda.

Anthony les dedicó, a ella y a Trent, una mirada cáustica antes de volver a prestar toda su atención a Amelia.

—Creía que no vendrías.

—Yo también lo creía. Han ocurrido muchas cosas desde ayer, tantas que ni siquiera las entiendo todas —dijo Amelia.

Él le ofreció el brazo. Ella esbozó una pequeña y dulce sonrisa al apoyar una mano sobre el codo de él. Anthony pudo ver, por encima de la cabeza de Amelia, a *lady* Helena, que echaba chispas por los ojos. Él se encogió de hombros. Jamás le había dado motivos para que creyera que él tenía algún interés en ella. No tardaría en buscarse a otro incauto noble.



La noche transcurría como una espiral de colores y sensaciones. Anthony la acompañó directamente de las escaleras a la pista de baile. Aterrorizada ante la posibilidad de que se le hubieran olvidado los pasos, apenas le dirigió un par de palabras. A él no pareció importarle y le sonrió de forma comprensiva cuando la llevó de nuevo junto a Caroline.

Mientras habían estado bailando, la noticia de que ella era la nueva protegida del duque había circulado por la sala, así que se había formado una cola de caballeros que la estaba esperando. Las presentaciones y las peticiones para bailar se producían con tanta frecuencia que Amelia empezó a sentirse mareada. Se quejaba todo el tiempo de que le faltaba el aliento, pero no por no saber bailar. Su clase con Anthony no había sido tan larga como para alcanzar ese nivel de popularidad.

Dos horas más tarde, Caroline permitió que Anthony bailara de nuevo con ella.

—¿Cómo lo estás pasando en tu primer baile? —le preguntó mientras la conducía de nuevo a la pista.

Amelia sintió un hormigueo en la mano cuando percibió el calor de la de él a pesar del guante. Bailar con Anthony era mucho más emocionante que hacerlo con cualquier otro.

—Sé que, en gran medida, que me presten tanta atención es en realidad porque todos sienten curiosidad por conocer a la nueva protegida del duque, pero aun así está siendo una experiencia maravillosa.

Las directrices del baile requerían que se separaran un momento, pero cuando volvieron a acercarse el uno al otro, Anthony preguntó:

—Me ha parecido oír antes a sir Hollis recitando un poema, ¿no es así?

Amelia trató de no reírse al recordarlo. La oda dedicada a su vestido rosa que el hombre había improvisado había sido agradable, pero un verdadero horror.

—Sí, parecía muy entusiasmado.

Volvieron a separarse. Ella no paraba de sonreírle mientras bailaban. Por fin se quedaron otra vez en el centro.

—Nunca he entendido por qué razón todos los jovencitos escupen terribles versos floreados por la boca. —Anthony la tomó de la mano y la condujo haciendo círculos por la fila de bailarines hasta el final—. Creo que ahora sí lo entiendo.

Amelia no pudo contener una sonrisa.

El baile llegó a su fin. Cuando regresaron, Griffith estaba esperando junto a Caroline y Miranda.

—Mañana por la tarde el salón parecerá un invernadero.

—Gibson va a tener que hacer guardia junto a tu puerta —añadió Anthony.

Miranda se agarró a un brazo de Amelia.

—No me cabe la menor duda de que el hombre está deseando hacerlo. ¿No os disteis cuenta de que las criadas estaban retirando los arreglos florales de las mesas del recibidor cuando nos estábamos marchando? Creo que los criados están tan deseosos

de que triunfes como yo.

Caroline ladeó la cabeza.

—Gibson estaba mucho más entusiasmado esta noche. ¿Eso por qué?

—Porque todos adoran a nuestra querida Amelia.

Miranda no podría haber dicho nada que agradara más a Amelia. Mientras sus viejos amigos fueran conscientes de que ella no los había olvidado, podría disfrutar de todo lo que esta nueva vida le ofrecía.

Una joven alta con el cabello rubio perfectamente colocado pasó por allí y encogió los ojos al ver a Amelia y a Anthony.

Tal vez no todos estuvieran tan contentos con la nueva fortuna de Amelia como Miranda parecía creer.

Capítulo 12



Trent, Amelia y Miranda iban paseando tranquilamente por el sendero junto a Rotten Row. El lugar estaba atestado de gente de la alta sociedad, pero Amelia se daba por satisfecha con estar con sus compañeros de paseo. Durante las últimas tres semanas, para ella aquella rambla había ido perdiendo brillo al darse cuenta de que la gente no miraba a los demás para admirarlos, sino más bien para juzgarlos.

—Qué extraño es no tener a Trent en casa —dijo Miranda.

Amelia recordó todas las historias de sus años de estudiante que Trent les había contado.

—¿No lleva años fuera de casa?

—Pero su hogar seguía estando con nosotros. Ahora tiene el suyo propio.

—Imagínate lo insólito que me resulta a mí. Está viviendo en mi antigua residencia. —Amelia sonrió a Miranda esperando disimular lo verdaderamente rara que se sentía. Había estado yendo de visita varias veces a la semana con la señora Harris, Lydia y Fenton. Pero esas visitas tendrían que acabarse, ya que Trent había tomado oficialmente posesión de la casa el día anterior.

—Sois conscientes de que estoy aquí, ¿verdad? —preguntó Trent.

Miranda continuó hablando como si tal cosa.

—Supongo que debe de ser difícil para ti. A fin de cuentas, él come ahora en la mesa en la que tú comías antes. —Miranda sonrió abiertamente—. ¿Crees que dejará puestas las mismas cortinas? Recuerdo que en una o dos

ventanas eran de encaje.

—La señora Harris pensaba deshacerse de las cursilerías de la casa.

—Es más: estoy andando entre vosotras dos —dijo Trent tras carraspear.

Miranda frunció el ceño.

—No tiene nada de divertido. Seguiré figurándomelo ahogado entre tanto volante. Me hace reír.

Amelia puso los ojos en blanco. La verdad es que imaginárselo era divertido, pero también inquietante. Trent estaba comiendo en los mismos platos que ella había usado a diario en su vida anterior. Se estaba sentando en los sofás en los que ella había descansado. Menos mal que la señora Harris lo había instalado en uno de los otros dormitorios... Así al menos no tenía que pensar en algo tan incómodo.

—¿Cómo te ha ido la primera noche en tu nuevo hogar, Trent? —Amelia esperaba poder distanciarse de la casa y percibirla más como propiedad de él cuando lo escuchara.

—Ah, de modo que hemos decidido que yo forme parte de la conversación ahora, ¿no? —Trent se tiró de los puños—. Olvidaste mencionar que vivías en la casa más extraña de Londres.

Amelia frunció el ceño, confundida.

Miranda soltó una carcajada.

—Yo he estado en esa casa, hermano. No tiene nada de extraño.

—Cenaron conmigo —gruñó él.

Amelia soltó una risita.

—¿Quiénes cenaron contigo? —Miranda bajó las cejas.

La risita de Amelia se convirtió en una carcajada. Sabía perfectamente de qué hablaba Trent.

—¿Quién crees que cenó conmigo? —Trent se detuvo y se cruzó de brazos.

—No puedes haber tenido invitados. La mitad de tus cosas siguen en Hawthorne House.

Amelia se rindió. Imaginarse a la señora Harris y a Fenton sentados en la misma mesa para cenar y comportándose con Trent como con ella le parecía demasiado divertido para resistirse. Los bucles castaños que Iris le había peinado con tanto cuidado aquella mañana se balanceaban felices. Lo cierto

era que no parecía muy adecuado reírse tan fuerte ni tanto tiempo, pero a Amelia le daba exactamente igual.

Las carcajadas comenzaron a remitir gracias a que su cerebro se había distraído con esas disquisiciones. No le importaba. Desde el mismo momento en que Amelia había conocido a Miranda, había estado siempre pendiente de su vestido, de sus modales y de su forma de hablar. El deseo de impresionar podía con ella, incluso después de haberse asegurado un puesto en la familia.

Su mirada revoloteó en círculo posándose sobre los ya familiares rostros. Miranda sonrió, aunque por su mirada se notaba que estaba confusa. Trent estaba frunciendo de manera exagerada el ceño, como disgustado, para hacerla reír más fuerte. Amaba a estas personas y ellos también la amaban a ella.

Su corazón se hinchó al sentir la maravillosa libertad que sin darse cuenta había extrañado en los últimos meses. Tenía mayor confianza en sí misma, y aunque probablemente temblaría justo antes de entrar en el siguiente baile, de momento no era más que ella. Se sentía en la gloria.

—¿No lo prefieres a comer solo, Trent? —La risita de Amelia pasó a ser una amplia sonrisa.

—Pues no lo sé. No he tenido la oportunidad de averiguarlo.

—¿Averiguar qué? Si es tan agradable como parece indicar la sonrisa de Amelia, quiero que me cuentes el secreto.

Amelia se volvió sonriendo todavía y vio a Anthony desmontándose del caballo. Le dio las riendas a su mozo de cuadra y se acercó al grupo. Amelia notó que su pacífica confianza se estaba evaporando. Se aferró a ella con determinación.

—¿De qué estábamos hablando? Anthony miró una y otra vez a Amelia y a Trent.

—Trent ha adquirido mi casa —dijo Amelia.

—¿Qué? —Anthony casi gritó y lanzó una mirada acusatoria a Trent.

—Ella ya no vive allí. Y a decir verdad, la casa no era suya, sino de Griffith. Miranda se cruzó de brazos y resopló.

—¿Podría, por favor, decirme alguien qué pasó anoche que parece tan divertido? Trent, ¿pudiste o no pudiste cenar tranquilamente en casa?

—Oh, estuve en casa. No tuve invitados.

—¿Entonces qué ha ocurrido?

Trent hizo un gesto a Amelia.

—¿Por qué no les cuentas lo que te has olvidado de advertirme?

Amelia se ruborizó mientras sonreía.

—Apostaría que la señora Harris y Fenton cenaron contigo.

—¡No! —Miranda sacudió la cabeza sorprendida.

Trent asintió.

—Y Lydia. Después, Fenton y yo incluso nos sentamos a tomarnos un oportito.

Las risitas de Amelia comenzaron de nuevo.

—¿No es ese el mayordomo? —preguntó Anthony.

—Sí, sí, así es. —La voz de Trent carecía de toda emoción. Cerró los ojos y dejó caer la cabeza.

Miranda y Anthony se rieron a la vez que Amelia.

—¿Quieres que hable con ellos? —Se ofreció ella.

—No, no necesito que hables con mis sirvientes. Sería terrible que cada vez que quisiera solucionar algo tuviera que cruzar toda la ciudad para preguntarle a la protegida de mi hermano.

A Amelia se le ocurrió una idea terrible.

—No irás a despedirlos, ¿verdad?

Trent le sonrió.

—No; creo que, con el tiempo, me gustará tener la casa menos convencional del barrio. A decir verdad, me estaba preguntando cómo me irían las cosas viviendo solo. Iba a suponer un cambio importante el hecho de no tener a nadie que cuestionara mis entradas y salidas, de no tener a nadie con quien hablar por las noches. Estoy seguro de que será difícil encontrar a las personas adecuadas para completar la plantilla de criados, pero creo que puede funcionar.

—Me alegro. Me encantaría ayudarte a encontrar a las personas idóneas. Conozco a gente que podría encajar.

—Me las arreglaré. —Trent sacudió la cabeza, pero estaba sonriendo—. Y bien, Anthony, ¿quieres ayudarme a llevar a estas señoras a casa? Creo que luego iré a pasar un rato en el club. Así obligaré a la señora Harris a

preguntarse si me habrá ocurrido algo.

Anthony le ofreció un brazo a Amelia.

—Encantado, Trent.

La caminata de regreso a Hawthorne House fue tranquila, charlando todo el rato tontamente sobre el tiempo y las fiestas venideras. Cuando Amelia subió las escaleras se dio cuenta de que había conseguido tener una conversación entera con dos atractivos nobles y no se había enroscado los lazos ni una sola vez en los dedos.

Sonrió y el resto del trayecto hasta su habitación lo hizo bailando. La vida era bonita, claro que sí.



Anthony iba dándose con los guantes en la palma de la mano al subir las escaleras de Hawthorne House. El librito de apuestas del club lo había convencido de que su comportamiento actual era casi tan reprobable como el de dos años antes. Si permitía que eso continuara así, alguien iba a salir mal parado.

En el librito alguien había apostado que en verano se casaría con Amelia.

Debajo de esa apuesta había otra a que *lady* Helena se las arreglaría para llevarlo a rastras al altar.

Dos páginas más adelante lord Howard había escrito que apostaba veinticinco libras a que Griffith retaría a Anthony por sus tejemanejes con Amelia.

Al parecer lo de menos era que Anthony no se hubiera declarado, al menos no explícitamente.

Todo Londres se daba cuenta de que estaba enamorado.

Pero también conocían su reputación.

No podía permitir que Amelia quedara atrapada en los tentáculos de su pasado, no ahora que ella tenía tantas oportunidades. Ser la protegida de Griffith significaba que los hombres hacían cola para bailar con ella. En el salón hubo un interminable ir y venir de caballeros incluso los días que las damas se quedaban en casa.

¿Cómo iba a pedirle que lo eligiera a él entre tantos hombres respetables?
La puerta se abrió antes de que pudiera levantar la aldaba de latón.

—Me temo que hoy no se reciben visitas, milord —dijo Gibson.

Anthony pensó en todas las razones posibles por las que se le debería permitir entrar cuando era obvio que ninguna otra persona en todo Londres estaba pasando por delante del portal.

Antes de que emitiera una sola palabra, Gibson continuó.

—Sería una pena desaprovechar la caminata que se ha dado hasta aquí, milord. ¿Tal vez le apetecería tomar prestado un libro de la biblioteca de su excelencia antes de regresar a casa?

¿Un libro?, ¿el mayordomo le estaba ofreciendo un libro? Anthony encogió los ojos al ver el brillo de los del por lo demás estoico sirviente.

—¿Un libro, dice?

—Sí, milord. Me siento obligado a darle, como amigo de la familia, acceso a la biblioteca. —Elevó una ceja.

—Es justo la razón por la que he venido, Gibson. Qué astuto es usted.

Anthony pensó que Gibson seguramente habría puesto los ojos en blanco al hacerle un gesto para que pasara, pero el artero mayordomo volvió la cabeza para que Anthony no lo tuviera claro.

Después de quitarse el abrigo y el sombrero, Anthony subió corriendo las escaleras hacia la biblioteca con la esperanza de haber interpretado correctamente el mensaje oculto. Conociendo la estrecha relación de Amelia con los sirvientes no tenía claro con qué se iba a encontrar, si con Amelia, ansiosa por verlo, o con Griffith, exigiéndole que se declarara.

El corazón se le aceleró al acercarse a la biblioteca, imaginando que vería a Amelia acurrucada con un libro o tal vez ojeando de forma perezosa los estantes. El hecho de haber venido con el propósito de romper su «noviazgo» extraoficial voló por su mente y en la cara le apareció una sonrisa. Tal vez Amelia estuviera subida a una escalera, limpiando. Si ahora volviera a caer sobre sus brazos las consecuencias serían bien distintas.

Mentalmente cerró de un portazo el sendero que su cerebro intentaba tomar.

El objeto de sus cavilaciones no estaba descansando, sino buscando algo furtivamente en la biblioteca.

—¿Buscas algo en particular?

Ella se dio la vuelta con los ojos muy abiertos.

—¡Anthony! —Se dio una palmada en la boca—. Mmm... quiero decir, lord Raeoburne.

—Creo que me gusta Anthony. —«Sabía» que le gustaba Anthony. Oír su nombre salir de sus labios le hizo tiritar del corazón a los pies. Tal vez fuera un egoísta, pero no disponía de voluntad para alejarse de aquella mujer.

—Entiendo que se refiere de esa forma, es decir, aquí, en la casa. No tenía intención de asumir...

—Basta. —Anthony cruzó la habitación y la agarró por los hombros, saboreando la preciosa y frágil sensación de notar sus pequeños huesos bajo sus manos.

Las mejillas de Amelia se ruborizaron y miró directamente al suelo. Anthony, que sintió dolor al dejar de ver aquellos ojos marrones tan profundos, le puso un dedo en la barbilla y la obligó a que le prestara atención de nuevo.

—Me gusta que me llames Anthony. Me gusta mucho. —Su voz sonó ronca y tranquila.

La sonrisa de Amelia fue ligera y tímida, pero también sonrió con los ojos.

—¿De verdad?

El placer de ver aquella sonrisa ahogó el sentimiento de culpa de Anthony. Tal vez él podría ser válido para ella. Estaba dispuesto a pasarse el resto de la vida intentándolo.

—De verdad. —Anthony deslizó las manos por los brazos de Amelia y tomó las de ella—. ¿Puedo llamarte Amelia?

Ella asintió con la cabeza.

Quería besarla. Tomarla en sus brazos y hacerla suyo. Pero acababa de prometerse a sí mismo darle lo mejor que pudiera ofrecerle. Reticente, le soltó las manos y se obligó a dar unos pasos hacia las estanterías para marcar un poco de distancia entre ellos.

—¿Qué estabas buscando?

—Oh, nada. Bueno, en realidad no. Sería una tontería no buscar nada. He pensado que entre tantos libros debería de haber una Biblia familiar³, pero

supongo que debe de estar en la casa de campo.

De todas las respuestas que Anthony esperaba, la Biblia familiar no estaba entre ellas.

—¿Quieres investigar los nacimientos y las muertes de los Hawthorne?

—Me interesaba más la parte de la Biblia que la de la familia. —Amelia enredó los dedos en los lazos de su vestido.

Se había autoimpuesto no volver a tocarla, pero no confiaba en sí mismo. Aunque no soportaba ver que se anudaba los lazos en los dedos.

—Por muy adorable que me parezca esta pequeña costumbre tuya, preferiría que no te pusieras nerviosa conmigo.

—No puedo evitarlo, milord.

—Anthony. —Le apretó las manos, libres ya de los lazos, y le acarició las muñecas, sintiéndose como el canalla que todo el mundo asumía que aún era.

—Anthony —susurró ella.

—Yo puedo resolver tu dilema, sin ir más lejos. Lo que buscas está en el estudio de Griffith. Acompáñame. —Anthony se dio permiso para tomarla de la mano. Le ayudó a superar la obvia reticencia de Amelia a invadir el espacio privado de Griffith.

La puerta estaba entreabierta. Anthony asomó la cabeza para comprobar si podrían molestar a Griffith. No había nadie en la habitación, así que la llevó tras él y la condujo hasta un par de sillones orejeros colocados en ángulo delante de la chimenea, con una mesita en medio.

—La guarda aquí. Tiene por costumbre leerla nada más despertarse por la mañana.

Amelia tomó el libro, encuadernado en cuero negro. Se sentó en uno de los sillones orejeros y se puso el ejemplar sobre el regazo. Abrió el pesado tomo y lo hojeó con cariño.

—Nunca he tenido una en mis manos —susurró. Anthony notó un puñetazo en el estómago que lo obligó a sentarse en el otro sillón al ver su sonrisa de veneración, de expectación. El rostro de Amelia era pura alegría.

—Es maravilloso oír las partes que el sacerdote lee en la iglesia, pero a menudo me he preguntado qué dice el resto. —Pasó la mano por el lomo, estampado en oro—. El ama de llaves de la casa de lord Stanford solía

relatarme historias de la Biblia. —Sonrió al recordarlo—. Siempre me decía que me acordara de que había alguien más poderoso que el rey Jorge que me amaba.

Anthony sacó a relucir habilidades que había dejado latentes desde sus días de apuestas a las cartas y se obligó a sí mismo a relajarse y no decir nada. Amelia nunca había hablado de su infancia, por lo que no quería arriesgarse a que no quisiera revelar este atisbo de su joven vida.



Amelia inspiró profundamente y se acomodó en el sillón. Anthony estaba esperando impacientemente a que contara más. Tal vez él necesitara conocer sus antecedentes antes de declarar sus serias intenciones.

—Mis padres no me querían. —Amelia hizo un gesto de dolor ante lo repentino de su propia afirmación y se cuestionó su intento de relatar su pasado. Podría ser demasiado para él, algo que incluso lo convenciera para que dejara de ofrecerle sus atenciones.

A pesar de todo, continuó. Era mejor saber ahora si su pasado lo ahuyentaría.

—Querían un varón. Mi padre despreciaba a mi tío y necesitaba un hijo para heredar el mayorazgo.

El orgullo les había impedido condenar a su hija al ostracismo. La educaron, la vistieron de acuerdo con su posición y la hicieron pavonearse ante sus amigos como una jovencita atractiva que algún día se emparejaría maravillosamente y sería digna de elogio en la comarca. Pero nunca la amaron. Nunca la mimaron ni abrazaron y ni siquiera la sacaron jamás a pasear.

—No eran malos padres —dijo encogiendo los hombros—. Sencillamente, no me amaban. Toda su atención se dirigía a intentar concebir un varón.

Al final, ese deseo acabó con ellos.

—Los médicos dijeron que los beneficios de bañarse en el mar podrían ayudar a mi madre a quedarse embarazada, así que planificaron inmediatamente un viaje, a pesar de que yo tenía unas fiebres terribles.

Pararon en una posada de camino a Brighton. Hubo una discusión en la taberna de abajo y se declaró un incendio. El tío Edward llegó a los pocos días.

Le hubiera permitido que se quedara, pero no tenía intención de criarla como si fuera su hija. Amelia no deseaba seguir los pasos de Cenicienta como acompañante y sirvienta de sus hijas.

—La abuela me acogió, pero supuso una carga demasiado pesada para sus limitadas finanzas.

Amelia fijó la mirada en los dedos de los pies. Qué difícil resultaba admitir que nadie te quería, sobre todo estando sentada junto al hombre que deseabas que te quisiera por encima de cualquier otra cosa en el mundo.

—El vizconde me acogió, pero me dejó a cargo de su ama de llaves.

Recordar a la señorita Bummel siempre había hecho sonreír a Amelia, y esta vez no fue una excepción. La mujer le había echado un vistazo a la niña perdida y la había hecho sentarse a la mesa de la cocina con un plato repleto de galletas y una gran taza de chocolate caliente por delante.

—La señorita Bummel lo hizo lo mejor que pudo, pero tenía mucho trabajo y yo solo diez años —continuó Amelia—. La seguía por todas partes. Era una mujer agradable. Incluso cuando las criadas quemaban la comida o rompían algo.

»Los demás criados hablaban mucho del vizconde y del daño que le hacía al título. Ella jamás lo hizo. Yo creía que era sencillamente por tratarse de una criada más importante, pero solía decir que Jesús le dictaba que tratara con respeto al vizconde, y así lo hacía.

La única vez que se quejó del vizconde fue cuando decidió enviar a Amelia a Londres.

—Cuando me marché a Londres, ella dijo que no estaría sola. Que Jesús me acompañaría a todas partes si dedicaba mi vida a Él. —Se encogió de hombros—. Ha estado bien saber que no estaba completamente sola, pero intuyo que hay algo más. —Deslizó de nuevo la mano por encima de la desgastada cubierta—. Nunca he tenido la oportunidad de cuidar de mí misma.

El libro le cubría todo el regazo, pero no le resultaba incómodo manejarlo. A medida que lo fue hojeando, las palabras comenzaron a bailar ante sus ojos y se dio cuenta de que los tenía húmedos—. ¿Por dónde empiezo?

—Griffith me dijo que empezara por el Evangelio según san Juan —susurró Anthony antes de levantarse y besarle la coronilla.

Y a continuación se fue. Amelia lo sintió marcharse. Había abierto su corazón para él y le había contado cosas que jamás había dicho a nadie. Y se alejaba. No podía culparlo. ¿Quién querría a alguien con semejante historia?

—Tiene razón. El Evangelio según san Juan es excelente para comenzar.

Amelia se volvió hacia Griffith.

Él cruzó la habitación y se arrodilló delante de ella.

—Quédate con este ejemplar. Puedo comprarme otro.

Amelia miró el libro. Durante años había sabido que Jesús estaba con ella y que Él le había prometido cuidarla, pero jamás había esperado recibir un regalo como este. Puede que hubiera perdido a Anthony, pero haber ganado una familia que la protegiera significaba mucho más.

—Gracias.

—No hay de qué. —Griffith sonrió—. Y si la señorita Bummel sigue trabajando en Harmony Hall, va a recibir un gran regalo.

[3](#) N. de la Trad.: La Biblia familiar era una costumbre en la Inglaterra victoriana que consistía en tener una Biblia grande y de calidad a la que se agregaban páginas en blanco para que el primogénito varón de cada generación fuera registrando los nacimientos, matrimonios, fallecimientos y acontecimientos notables de la vida familiar.

Capítulo 13



Durante las siguientes dos semanas Anthony dejó de intentar evitar a Amelia en público. Mantenía toda la distancia que podía para dejar que ella tuviera la oportunidad de disfrutar de la sociedad como nunca había hecho, pero no se alejaba demasiado.

A modo de recompensa, ella sonreía con más frecuencia y ya no se sonrojaba tanto. Su confianza fue creciendo hasta que dejó de tener problemas al mirarlo. Los lazos que había añadido a sus vestidos para acostumbrarse a su hábito nervioso se balanceaban con libertad mientras bailaba.

Hasta esta noche. Anthony frunció el ceño al verla liarse los dedos con fuerza en los lazos. No tenía los ojos abiertos, no estaba fascinada, como siempre.

Definitivamente, algo iba mal. La gente llevaba hablando toda la noche y sus miradas habían sido más descaradas por momentos. Era imposible que los cotilleos de siempre fueran tan interesantes. Se devanó los sesos buscando algo que pudiera haber hecho recientemente que sirviera de fuente de inspiración para una charla tan ávida.

Fuera lo que fuese, si su nombre estaba implicado, su pasado con toda seguridad también lo estaría. Amelia se enteraría.

Y entonces ella no querría tener nada que ver con él.

Anthony se escondió en un rincón tras la mesa de los refrescos, una compañía no muy apropiada, pero era incapaz de marcharse. A pesar de las macetas que lo tapaban, Griffith lo localizó.

—Tenemos un problema.

Si Griffith consideraba que tenían un problema debía de ser muy grave. Y personal. Nada enfurecía a Griffith, excepto los problemas relacionados con su familia. Anthony tomó el vaso de limonada que le ofrecieron y apoyó un hombro contra la pared, intentando parecer desenfadado.

—Parece que hay personas que se preguntan si Amelia es o no verdaderamente mi protegida.

Anthony tomó un sorbo de limonada y miró a las parejas que se arremolinaban mientras notaba que la sangre le subía a la cabeza. Pensó en varias posibilidades, pero inspiró profundamente y las desechó. De nada servía sacar conclusiones precipitadas.

—Tonterías. ¿Qué podría ser si no?

—Lord Howard ha insinuado que Amelia podría ser hija ilegítima de mi padre.

Anthony se quedó petrificado con el vaso a un palmo de los labios. Esa posibilidad nunca se le había pasado por la cabeza.

—Ningún ser inteligente creería que tu padre tuvo una aventura, y mucho menos un hijo ilegítimo de ella. Todo el mundo sabía que tus padres se adoraban. Hasta yo lo he oído.

—En cualquier caso... —dijo Griffith, pero parecía no saber qué expresar a continuación. No tuvo oportunidad de descubrirlo antes de que lord Geoffrey Chester apareciera dando un tropezón con el que casi arranca la cortina que había atada a la pared.

Lord Geoffrey había bebido a base de bien, como parecían indicar los vapores que emanaban de su boca sonriente. Anthony volvió la cabeza para inhalar aire fresco.

—Te aplaudo, amigo mío. —Lord Geoffrey levantó un dedo y señaló a Anthony—. Pensaba que te habías ablandado en el campo, pero esto es magistral. ¡Una amante en los salones de baile londinenses!

Anthony notó que Griffith le clavó los ojos como si fueran dardos. No se atrevió a cruzar la mirada con él. Si percibía reprobación o convicción en la mirada de su amigo... No, lo mejor sería seguir dirigiéndose al pomposo charlatán que amenazaba con arruinar su intento de reconstruir su reputación.

Había tenido mucho cuidado. ¿Cómo podía alguien pensar que estaba dando asilo a una amante?

Anthony pensó en la posibilidad de darle un puñetazo a lord Geoffrey, pero eso probablemente lo dejaría inconsciente en el suelo y no podría sacarle más información. En vez de eso levantó su vaso y tomó otro pequeño sorbo de limonada.

—¿De qué estás hablando?

Lord Geoffrey se volvió hacia Griffith y se rio.

—He de decir, no obstante, que jamás imaginé que tú formarías parte de alguno de sus libertinos ardidés.

Anthony casi pudo saborear el *whisky* que emanaba el aliento de lord Geoffrey cuando se acercó un poco más a él.

—Dime, muchacho, ¿de veras lloró en la ópera? ¿Te has buscado a una blandita? —Lord Geoffrey agarró la limonada de Anthony y bebió un trago. Tosió fuerte y frunció el ceño antes de volver a poner el vaso en las manos de Anthony con un gesto brusco—. Eres un cabeza de chorlito, Raeoburne. ¿Acaso no sabes que el brandi bueno está en la sala de naipes?

Anthony colocó su vaso en una repisa cercana tratando de encontrar las palabras adecuadas. Había estado en la ópera solo una vez desde que volviera a Londres. Sí, Amelia había llorado, pero eso había ocurrido hacía semanas, antes de que nadie en la sala supiera de su existencia.

Lord Geoffrey dio una palmadita en el hombro a Anthony antes de tropezar y hablarle por encima.

—No estoy seguro de qué pretendes, pero para el resto de nosotros es muy entretenido.

Anthony le dio la espalda al atestado salón.

«¿Quién habría empezado semejante rumor?». Daba por sentado que no podía proceder de un hombre que no era capaz de distinguir entre el brandi y la limonada.

—Tenemos que salir de este rincón. —Griffith se arregló las mangas del abrigo y pasó un dedo por debajo de su corbata—. Escondidos detrás de las plantas no vamos a enterarnos de nada.



Amelia bailaba de forma mecánica con la mente ocupada, como solía sucederle, en Anthony. Esta noche parecía estar desanimado. Su compañero de baile mencionó algo sobre el tiempo. ¿Por qué siempre hablaban del tiempo?, ¿acaso a otras damas les parecía fascinante hablar de la temperatura y de la cantidad de nubes? A ella desde luego que no.

La noche entera había sido extraña. La mayoría de la gente o la había acogido calurosamente o había sido indiferente a su presencia hacía pocas semanas, pero esta noche la pluralidad de los saludos eran fríos. Las damas solteras le habían hecho el vacío directamente.

Incluso su anfitriona, *lady* Mulberry, parecía insegura cuando Amelia llegó. De no haber sido porque iba del brazo de Griffith, Amelia se habría visto saliendo de la casa.

Tras la reverencia final del baile, aseguró que le estaba empezando a doler la cabeza y se dirigió al baño con la esperanza de encontrarse con Miranda por el camino. Tardó una hora en atravesar el salón debido a la enorme cantidad de gente que se negaba a abrirle paso o que fruncía el ceño hasta que ella decidía cambiar de dirección.

Qué voluble era el mundo que había anhelado. En una sola noche Amelia había sido condenada al ostracismo. Consideró la posibilidad de pasar el resto del baile en las cocinas. Al menos seguía gustando a los criados.

Amelia mantuvo alta la cabeza incluso mientras temblaba. Comportarse como si nadie estuviera arrastrando su nombre por el lodo era más difícil de lo que jamás hubiera imaginado.

Los susurros le llegaban de todas partes. Incluso procedentes de personas que ni siquiera conocía. Algunos estaban sorprendidos de que se hubiera dignado a hacer su aparición. Otros cuestionaban el gusto de su anfitriona por dejarla entrar.

Justo cuando encontró a Miranda, un grupo que pasaba soltó entre dientes una audaz calumnia sobre el honor de Amelia.

Miranda cerró los puños.

—La próxima persona que se atreva a abrir la boca para difamarte sabrá lo

que es mi ira.

Amelia agradeció sus ganas de defenderla, pero ¿qué podía hacer ella?

—¿Pretendes enfrentarte a alguien?

Miranda se encogió de hombros.

—Podría arrancarle el pelo. Eso serviría de mensaje.

Cuando oyeron el siguiente comentario despectivo, Amelia sacó a Miranda a empujones del salón para no comprobar que lo que había dicho era cierto.

—¿Adónde vamos? Esa despreciable se merece una buena reprimenda. Tu tutor es un duque. No se calumnia a la protegida de un duque. —Miranda tropezó con Amelia cuando caminaban por el pasillo.

—Necesito un sitio en el que poder respirar. —Amelia obligó a Miranda a entrar en el baño de señoras, donde dos jóvenes estaban intentando limpiar una zapatilla rosa pálido.

—¡Champán sobre mis zapatos! ¡Están completamente destrozados!

La otra joven dejó de mirar el zapato sucio y dijo:

—¿Cómo ha podido ocurrir? Está empapado.

—Estaba tomando un vaso de la bandeja y de repente se inclinó. El sirviente agarró todos los vasos, pero media bandeja de champán se derramó justo delante de mí —dijo la muchacha haciendo pucheros mientras se subía un poco la falda.

—Es una suerte que no te hayas manchado el vestido. Habrías tenido que marcharte a casa.

Las dos miraron a Amelia y a Miranda, de pie en la entrada. La de rosa, que le había dicho antes a Amelia que la había calado a pesar de su disfraz de mujer inocente desde el principio, agarró el zapato mojado y salió de la habitación. La otra la siguió apresuradamente.

Solas en el baño, Amelia y Miranda se tomaron un tiempo para rezar y respirar. El Señor las ayudó haciendo que no viniera nadie durante veinte minutos y calmándoles los ánimos.

—Podríamos irnos —dijo Miranda.

Amelia sacudió la cabeza.

—No. No los he necesitado antes ni los necesito ahora, pero me niego a esconderme. Por fin siento que sé quién soy y no permitiré que ellos me quiten

eso.

Miranda asintió con la cabeza y ambas volvieron al salón de baile tomadas del brazo.

La pista de baile estaba mucho menos concurrida de lo normal. Todo el mundo había formado grupos alrededor masticando el exquisito chisme. Amelia no sabía qué hacer, así que se mantuvo cerca de la puerta, aferrada a la idea de que no les permitiría que la ahuyentaran. Una solterona amargada que había dicho que Amelia era una prostituta pasó por su lado gimoteando por culpa de unos goterones de cera de vela derretida que le habían caído sobre el pelo. Nadie de su grupo entendía cómo había podido pasar. Amelia miró a su alrededor. ¿A alguien se le había ocurrido preguntarle a la pequeña doncella que sonreía en un rincón mientras colocaba velas nuevas en los candelabros? Seguramente ella debía saberlo.

—Todavía podemos irnos —susurró Miranda.

—Tal vez sería lo mejor —dijo Amelia tragando saliva con fuerza.



—¿De veras la enseñaste a bailar? —Griffith apoyó un hombro contra la pared al volver a reunirse con Anthony en el rincón.

—Fue una idea magnífica en su momento —gruñó Anthony—. Pasé dos horas ininterrumpidas en su compañía.

—Querrás decir dos horas «inapropiadas» —Griffith sonrió—. Debería pedir las pistolas.

—Harías ganar una bonita cantidad de dinero a lord Howard.

Anthony echó un vistazo al salón de baile. Llevaban toda la noche haciéndose preguntas y ni siquiera estaban cerca de solucionar el problema. La élite londinense estaba formando pequeños grupos por la sala, todos con las cabezas pegadas, sin duda hablando de él o de Amelia.

Avanzó unos pasos hacia la mesa de los refrescos y agarró un petisú antes de regresar al rincón. Le sirvió de excusa para quedarse de pie. Griffith eligió un vaso de limonada.

Trent se acercó con ambas cejas levantadas. Llevaba las manos agarradas a

la espalda mientras caminaba, aparentemente sin una intención concreta, pero se las arregló para llegar hasta donde estaban ellos en un momento.

—¿Qué contemplamos mirando el salón con la cara enfurruñada?

Anthony lo conocía lo suficiente como para percibir la tensión que escondía tras su aparente naturalidad.

—Estoy tratando de indagar quién me desprecia tanto como para estar vigilándome.

Griffith dio un sobresalto.

—¿Qué te hace pensar eso?

—La gente está hablando de cosas que no debería saber. Un imberbe me preguntó si suelo permitir que mis amantes me limpien la casa. ¿Cómo puede alguien enterarse de eso?

—No ha habido suerte intentando averiguar de dónde proceden los rumores. — Griffith levantó la copa y se la acercó a los labios, pero se dio cuenta de que estaba vacía.

Anthony escondió una sonrisa mientras Griffith intentaba disimular su metedura de pata colocando la copa sobre la bandeja de un criado que pasaba.

—Nadie lo va a admitir, pero un desmesurado número de personas se ha enterado de cosas por *lady* Helena.

—No es ella —dijo Trent con seguridad—. Al menos, no la primera fuente de información. De haber sabido qué día había regresado Anthony a la ciudad, ella habría buscado alguna excusa para verlo.

Griffith asintió con la cabeza.

—No ha ocultado su deseo de contraer matrimonio contigo. Por eso rechazó a lord Henry el año pasado. Ella puede haberse enterado de lo de la ópera, pero no estaba vigilando tu casa cuando llegaste.

Los tres hombres continuaron apoyados en la pared del salón de baile, mirando con diferente intensidad a cualquiera que se les acercara. Aquel puesto tras la mesa de los refrescos les permitía ver sin obstáculos a un gran número de personas, entre ellas a *lady* Helena.

Había un criado cerca con una bandeja llena de copas de champaña. Al pasar *lady* Helena por su lado, el criado le pisó el dobladillo del vestido de gala y la hizo tropezar. Se intentó agarrar al brazo de un admirador cercano,

pero él se dio la vuelta para aceptar un pastel de hojaldre que le estaba ofreciendo otro criado. Al no tener ningún obstáculo que la detuviera, *lady* Helena cayó de bruces sobre la ponchera.

Trent dejó de apoyarse en la pared.

—Parece ser que estaba equivocado.

—¿Sobre qué? —preguntaron simultáneamente Anthony y Griffith.

Trent sacudió la cabeza como si quisiera salir de un trance.

—Amelia me dijo una vez que los chismes entre sirvientes son peores que entre los miembros de la alta sociedad porque ellos sí saben. Lo saben todo.

—Y los sirvientes adoran a nuestra Amelia —dijo tranquilamente Anthony. Vio como *lady* Helena aceptaba disculpas entre un buen puñado de risas mal disimuladas. Soltó un exabrupto.

Griffith pestañeó.

Anthony hizo un mohín.

—Pido disculpas. Son las viejas costumbres, ya sabéis.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Trent.

Anthony se frotó la cara con la mano enguantada. Se le ocurrían múltiples formas de vengarse, pero ninguna que estuviera dispuesto a admitir ante Dios. ¿Qué hacer ahora? Buena pregunta.

Capítulo 14



—**D**eberías haberla obligado a quedarse en casa —se quejó Anthony. Él, Trent y Griffith seguían apoyados en una pared del salón de baile intentando decidir qué hacer ante los constantes chismorreos. Los rumores habían pasado a ser ridículos y parecía que no iban a acabar nunca.

Griffith gimió.

—Odiaría ver en qué se convertiría mi casa si Amelia viviera disgustada bajo mi techo. Los criados se rebelarían. No cabe duda de que me pondrían gachas para cenar, llevaría agujeros en las camisas y usarían las velas de sebo más malolientes que fueran capaces de encontrar.

—Los criados colocaron las sillas de los salones de forma que ella pudiera sentarse a ver la gente pasar. —Trent se rio.

La imagen mental hizo sonreír a Anthony, pero no le levantó el ánimo.

—Entonces, deberías haberle dicho que no bailara.

Griffith y Trent vieron que Anthony miraba la pista de baile.

—Hay tipos peores que el señor Bentley —dijo Trent.

—Sí, pero esos tipos no me han acorralado para preguntarme si he terminado de cortejar a Amelia, como ha ocurrido antes.

Griffith hizo una mueca de dolor.

—Tal vez debería ir.

Anthony sacudió la cabeza.

—Iré yo. Vigila a *lady* Helena. Puede que le haga daño si me quedo aquí.



—Cuánto chisme... qué lío tan espantoso.

Amelia ya se estaba arrepintiéndose de haber aceptado bailar con el señor Oliver Bentley. Le había parecido una buena forma de entretenerse, pero ya no estaba tan segura.

—A pesar de mi bajo rango, tengo el bolsillo bien hinchado.

Aquella conversación tan estrambótica hizo que echara de menos hablar sobre la posibilidad de que lloviera. ¿Debería felicitarlo por su proeza económica?

—Como ya se ha destapado el engaño, pronto van a tener que dejarla marchar. Poseo una casa muy cerca de Piccadilly, muy discreta.

Las parejas que estaban alrededor aguantaron la respiración.

Amelia miró en torno a ellos y se quedó atónita al ver a Anthony al filo de la pista con los puños cerrados a ambos lados. ¿Qué estaría haciendo? Llevaba toda la noche evitándola.

—Caballero —Amelia intentó mostrarse tranquila a pesar de que tenía el corazón que parecía que iba a romperle las costillas—, creo que estamos entorpeciendo el baile. —Odiaba parecer estúpida, aunque lo hiciera de forma deliberada, pero la única alternativa que le quedaba era escupirle a este hombre a la cara. No quería dejar de gustarse a sí misma al día siguiente.

Pero el hombre continuó.

—Ha alardeado demasiado de usted en público como para mantenerla si desea casarse.

Las parejas que estaban bailando a su lado se detuvieron y los miraron boquiabiertos. Ella odiaba la hipocresía. Seguramente aquellas personas habían estado destrozando su reputación esa misma noche. Como se habían parado, todo el grupo se detuvo, lo cual provocó que Amelia no tuviera adónde ir.

—Vaya —dijo mirándolos a todos—, parece que el baile se ha acabado. Adiós.

Desesperada por salir de allí, comenzó a caminar, pero no tenía ni idea de adónde dirigirse. Anthony apareció y la tomó por el brazo para escoltarla

hasta la terraza. Una vez fuera, Amelia se soltó del brazo y se apoyó sobre la balaustrada.

—Qué hombre tan insoportable.

—Lo siento, Amelia —susurró Anthony.

Parecía torturado. ¿Aquellos chismes lo habían angustiado tanto, entonces? ¿Cómo podía ser? Aquel hombre había alimentado durante años la fábrica de murmuraciones sin ayuda de nadie.

—Debería llevarte dentro de nuevo. Solo quería sacarte de ahí, pero aquí fuera...

Amelia lo interrumpió sacudiendo la cabeza.

—Dentro de un rato. Creo que necesito aire. Y espacio.

Él se acercó y apoyó las manos sobre los hombros de ella.

Amelia miró hacia abajo, con las mejillas levemente sonrosadas de placer. Anthony, con un nudillo, la obligó educadamente a levantar la cabeza.

—Eres una mujer maravillosa. Pura, inocente, amable, educada. Ahora mismo, ahí dentro, hay personas diciendo cosas horribles de ti y aun así sonrías. Ese hombre... —Anthony se detuvo un momento para recuperar la compostura—. Estabas en todo tu derecho de haberlo dejado plantado en medio del baile, pero lo terminaste. No lo entiendo. Quiero acabar con él y con cualquier otra persona que piense mal de ti. En cambio tú... Jamás he visto mayor demostración del amor de Dios. Te admiro más de lo que soy capaz de expresar y te mereces el mejor hombre del mundo.

Amelia contuvo la respiración. Jamás había esperado formar parte de la sociedad londinense ni tener una familia. Si por ella fuera, la sociedad podía saltar al Támesis ahora que había encontrado una. Sería perfecto que el hombre que tenía delante sintiera lo mismo por ella.

El apasionado discurso de Anthony le infundió esperanzas. Sí, eso era. Anthony iba a asegurarle que la amaba a pesar de los duros tiempos que se avecinaban.

—Yo no soy el mejor hombre del mundo.

Amelia jadeó y los ojos se le llenaron de lágrimas. Se suponía que él quería protegerla, casarse con ella y llevársela consigo a su casa de campo, alejados de los rumores.

—Si yo fuera un hombre como Griffith, conocido por su rectitud y moralidad y todo lo que caracteriza a un caballero, esos chismes no tendrían credibilidad. Esto me ha hecho comprender que no soy el tipo de hombre que mereces.

A Amelia le subía y bajaba el pecho, agitada, y el aire que respiraba le quemaba la garganta. Sacudió la cabeza. Anthony le apretó más fuertemente los hombros y por fin lo miró a la cara. El dolor que vio en los ojos de él le llegó al alma.

—Te dejaré tranquila —le dijo él susurrando—. Los chismes terminarán desvaneciéndose. Griffith seguirá manteniéndote y acabarás encontrando a un hombre que te merezca.

La primera lágrima se deslizó por la cara de Amelia, que no pudo hacer nada para detenerla. Él la siguió con la mirada hasta que cayó sobre una piedra. Ella luchaba por encontrar las palabras adecuadas, por mantener la compostura.

—No me enorgullezco de haber sido quien he sido, Amelia. No puedo permitir que mi pasado afecte a una vida a tu lado. Lo lamento.

—¡Tu pasado no significa nada para mí! —Las palabras salieron de su pecho como si alguien se las hubiera arrancado mientras él se volvía para marcharse.

Anthony, despacio, se puso frente a ella.

—¡Ellos saben quién era yo antes —sacudió el brazo señalando el salón de baile— por eso se han inventado esta historia! Es culpa mía que te hayan insultado de una forma tan atroz.

—No eres más responsable que yo de lo que ese hombre haya dicho. No puedes culparte de los actos de los demás.

Anthony la miró fijamente, inmóvil.

Tras su brillante mirada herida Amelia sentía que tenía todo el amor que ella necesitaba. Debía hacerlo entrar en razón. Anthony dejó de contemplarla y de prestarle atención.

Ella lo tomó de las manos, desesperada por hacerle comprender.

—Has entregado tu vida a Jesús. Todos tus pecados están perdonados. Lo leí en la Epístola a los romanos. ¡Eres tan puro como yo! —Lo agarró por los

brazos con todas sus fuerzas—. No me importa lo que hayas hecho antes. ¿No sabes que ya lo he oído todo sobre ti? No solo se trata de que estén difamándome ahí dentro. El hombre del que están hablando no es el que está delante de mí.

Anthony le tomó la cara con las manos y le acarició las mejillas con los pulgares. Su mirada perdida comenzó a desaparecer. ¿Estaría viendo la luz? ¿Estaría ella haciéndole entender? Sin avisarla, deslizó una mano por su cuello y se inclinó para besarla. El beso fue fugaz, pero ella se aferró a la cálida conexión que sintieron. Saboreó sus propias lágrimas en los labios de él.

Anthony se obligó a separarse. La angustia volvió a aparecer en su rostro.

—No tenía ningún derecho a hacer eso, Amelia. Lo siento. —Dio un paso atrás—. Puede que no distingas a ese hombre, Amelia, pero ese hombre sigue al acecho en alguna parte, dentro de mí. Lo veré en el espejo cada vez que recuerde este momento.

Se volvió y salió volando escaleras abajo hasta llegar al jardín.



¿Cómo era posible que se marchara? Amelia se quedó en la terraza abrazándose a sí misma. Así permaneció hasta que se le secaron las lágrimas. Cuando la conmoción fue desvaneciéndose apareció en su lugar un sentimiento de rabia. Si no sintiera nada por ella, habría aceptado que la rechazara, incluso se lo habría agradecido. Pero poner como excusa su pasado era inaceptable.

La música flotaba en el ambiente nocturno, lo que le recordó el torbellino de personas, de ambiciones y de mentiras. ¿Por qué había anhelado ese mundo?

—¡Por fin te encuentro! —Miranda entró a toda prisa en la terraza y abrazó a Amelia. La arrastró hasta una zona a la que llegaba la luz de una ventana de la planta superior. Con el ceño fruncido parecía estar triste, pero no lo bastante como para que a Amelia le importara lo mucho que las lágrimas le habían desfigurado el rostro.

—Vamos. —Miranda la obligó a entrar por una puerta lateral y se metieron en el baño—. ¿Qué ha ocurrido?

—Se ha ido. —Amelia aguantó las ganas de volver a llorar—. Los detalles carecen de importancia. ¿Sería posible que nos fuéramos a casa?

—Todo el mundo vio a Anthony salir contigo ahí fuera. Él no ha vuelto a aparecer, así que debes hacerlo tú.

Miranda le ofreció un pañuelo húmedo.

—Límpiate la cara antes de que regresemos.

Amelia se limpió las marcas de las lágrimas en las mejillas.

—Gracias.

El apoyo tácito de Miranda la conmovió. Si fuera necesario, aquella mujer pondría en juego su propia reputación por estar con ella.

Se merecía algo mejor. Griffith, Trent y Caroline se merecían algo mejor. Hasta la señora Harris y Fenton se merecían algo mejor, porque quién sabía lo que estarían pasando los criados con todo este lío.

No hicieron alarde de esconderse al regresar al salón de baile. Cuanta más gente viera juntas a Miranda y a Amelia, mejor. Pero ninguna de las dos tuvo en cuenta que una de esas personas sería *lady* Helena.

—¿Aceptando su soltería, *lady* Miranda?

Miranda se puso tensa y pellizcó los huesos de la mano de Amelia.

—¿Disculpe?

Lady Helena dirigió una fría mirada a Amelia.

—Considérelo una amistosa sugerencia de alguien que pasa un poco más de tiempo en la pista de baile que usted. Es importante saber con quién se anda.

—Entonces debería marcharme antes de que alguien se dé cuenta de con quién estoy hablando.

El aire salió silbando entre los dientes de *lady* Helena mientras sostenía la mirada a Miranda.

—Con cuidado, *lady* Miranda. Tengo los oídos de muchas reputadas jovencitas bien informados. ¿Sus hermanos aún no se han casado? He avisado a todas de lo que significaría relacionarse con esta..., quiero decir, con ella. —Arrugó la nariz—. Tal vez debería prevenirlas del carácter que tiene toda la familia.

Amelia no pudo soportarlo más. Había perdido a Anthony, pero no pensaba perder también a su familia. Recordar las caras circunspectas de Griffith y de Trent cuando se había cruzado con ellos unos momentos antes le dio fuerzas. Se adelantó y le dio un último apretón a Miranda en la mano antes de soltarla.

—Creo que no hemos sido debidamente presentadas. Permítame arreglar eso. Soy la señorita Amelia Stalwood, la protegida del duque de Riverton.

—Sé quién es usted —se mofó *lady* Helena.

Amelia levantó las cejas.

—Le pido disculpas. He asumido que usted creía que yo era una mujer de baja moral y carácter malvado.

—Como le he dicho, sé quién es usted.

Llegados a ese punto alguien había visto el enfrentamiento y varias personas empezaron a congregarse a su alrededor. La oportunidad de sacar a relucir la verdad no se le volvería a presentar jamás. «Señor, ayúdame a proteger a mi familia».

Se sentía muy tranquila. Rogó a Dios que le diera las palabras adecuadas.

—La compadezco. —Amelia parpadeó, sorprendida de sí misma al darse cuenta de que había dicho la verdad. Compadeecía a *lady* Helena, que debía de estar desesperada para tener que comportarse de aquella manera.

Lady Helena entrecerró los ojos.

—No soy yo quien jamás podrá volver a hacer su aparición en Londres. Tengo el suficiente sentido común como para no andar revoloteando por ahí con un hombre como ese.

—Y a pesar de ello quería desposarlo.

La multitud, silenciosa hasta entonces, comenzó a reírse y a murmurar.

—Quería ser marquesa.

Los que estaban más cerca de ellas se quedaron sin respiración.

—Lady Helena —la voz de Amelia sonó muy baja, lo cual hizo que todos los espectadores que tenían alrededor se inclinaran hacia delante—, me da lástima de usted.

Cualquiera habría creído que Amelia acababa de escupirle en la cara por cómo todos se echaron hacia atrás, conmocionados.

—¿Qué acaba de decir? —Lady Helena ladeó la cabeza ligeramente

mientras miraba a su oponente.

—Si esto es todo lo que tiene, me da usted pena. Sus estratagemas pueden haber herido al hombre al que amo, pero yo tengo algo más. Aunque usted consiguiera que yo no pudiera volver a entrar en un salón de baile, jamás me arruinaría la vida. Yo no le otorgo ese poder.

Amelia no estaba segura de qué pretendía enfrentándose así, ni siquiera había querido entrar en una batalla de voluntades en toda regla. Pero ahora que había disparado un cañón tan volátil, no podía hacer otra cosa que esperar a ver si había dado en el blanco o si la contratarían.

Y no le importaba. Había terminado con *lady* Helena y ya estaba bien de doblegarse ante las opiniones de la aristocracia.

Dándole la espalda a *lady* Helena, se dirigió a los ávidos oyentes.

—Diré esto una sola vez por el bien de todos ustedes. Jamás me he comportado con nadie, sea hombre, mujer, niño, aristócrata, noble o sirviente, de ninguna manera que pudiera hacer daño a mi nueva familia.

Dio un paso hacia *lady* Helena y bajó la voz, pero tenía pocas esperanzas de que lo que iba a decirle quedara entre ellas. Los oyentes que les rodeaban estaban demasiado atentos a la conversación.

—*Lady* Helena, usted está tan soltera como yo. A pesar de todos sus planes y sus mentiras, todavía no ha logrado su objetivo. Tal vez vaya siendo hora de que cambie de estrategia. —Se dio la vuelta—. Buenas noches a todos.

Con la cabeza alta, se acercó a la multitud y esperó a que le abrieran paso.

Lo hicieron. Le despejaron el camino hasta la salida.

Cuando se fue de la habitación, estalló un ruido casi ensordecedor que llegó incluso a los pasillos. ¿Cómo podían entenderse unos a otros? De nuevo parecía no importarles. Tal vez solo les interesaba hablar sin ser escuchados.

Al dejar el salón detrás, parecía que Amelia también hubiera dejado atrás su coraje. Cuando llegó a la puerta principal estaba temblando.

Y allí se encontraban todos ellos. Miranda, Griffith y Trent, e incluso Caroline y lord Blackstone. Todos la abrazaron susurrándole palabras de aliento, aceptación e incluso amor.

Se apiñaron en el carruaje. A pesar de la oscuridad que suponía haber perdido a Anthony, Amelia vio un leve rayo de luz y esperanza sobre su futuro.

Capítulo 15



A la tarde siguiente Amelia estaba convencida de que todo el mundo en Londres debía haber perdido la cabeza. Desde el momento en que la primera enfermera había aparecido con el pretexto de comprobar si estaba bien de salud —estaba bastante pálida cuando se fue del baile la noche anterior—, el salón de Hawthorne House había sido testigo de un flujo constante de visitas.

Ella se había hecho a la idea de que recibiría muestras de apoyo por parte de un puñado de personas, pero jamás habría imaginado que oiría aquella sarta de injurias venenosas contra *lady* Helena Bell.

—Siempre he dicho que esa chica no acabaría bien.

—Le tiró los tejos a mi hijo el año pasado, él escapó por los pelos.

—Tenga por seguro que no recibiré una invitación a ninguna de mis reuniones. Les he dicho a mis amistades que deberían excluirla también.

—La culpa la tienen sus padres, la verdad. Esto es lo que ocurre cuando se mima tanto a un hijo. Se vuelven rencorosos y odiosos.

Solo con aquello una chica podría caer enferma.

Los hombres, que comenzaron a llegar a una hora más normal, no les fueron a la zaga.

—Lady Helena es insípida y no tiene vida comparada con el espléndido colorido de la suya.

—He escrito una oda a su espíritu y a su honestidad. ¿Le apetece que demos una vuelta y se la lea?

—¿Quiere casarse conmigo?

Griffith puso fin a aquella proposición llevándose a sir Craymore a la puerta con amabilidad, pero con firmeza.

—No creo que este sea el momento adecuado para hablar de eso. Le haré saber cuándo sería aceptable retomar su propuesta.

—Muy agradecido, excelencia. No me cabe duda de que estará ansioso por tranquilizar a la dama en tanto su popularidad esté en auge.

—Qué hombre tan pomposo —dijo Caroline cuando oyeron cerrarse la puerta principal—. Gibson, no recibiremos más visitas hoy.

Miranda señaló a Gibson.

—A menos que se trate de Anthony. —Se sentó en un brazo del sofá, olvidando el decoro, como prueba del agotador drama que había tenido lugar entre tazas de té en el cuarto de estar.

—Anthony no vendrá hoy de visita, te lo aseguro —susurró Amelia. Las lágrimas asomaron a sus ojos y le nublaron la vista—. Yo no quería esto.

Caroline y Miranda se volvieron hacia ella con mirada inquisitiva.

—No pretendía hierla. Solo quería... solo quería arreglar las cosas. Esto no está bien.

Caroline tomó una mano de Amelia y la frotó con las suyas.

—Querida mía, si la aristocracia está implicada en una situación, la figura del villano aparece siempre. En todas las historias tiene que haber un libertino. Si tú eres inocente, entonces ella debe ser culpable.

—Y lo es. —Miranda se encogió de hombros ante la exasperada mirada de su madre—. Anoche te ganaste la admiración de todos. Eso obliga a *lady* Helena a ser la canalla por haberse atrevido a hacerte daño.

—¿Cómo puedo acabar con esto? —Amelia desenredó los lazos del vestido sobre su regazo.

—Tal vez si Anthony quisiera volver... —suspiró Caroline.

—Amelia ha declarado su amor por él delante de medio Londres. —Miranda le dio un puñetazo a un cojín bordado—. Si no regresa es que es tonto.

Griffith volvió a entrar en la sala de estar y se dejó caer en un sillón orejero frotándose la frente y las sienes. Amelia sabía cómo se sentía. Ella

también estaba intentando mantener a raya el dolor de cabeza que comenzaba a aparecer.

—Deseo marcharme —anunció Amelia.

Griffith dejó caer las manos y abrió los ojos, pero no hizo ningún otro gesto.

—Si no existe la posibilidad de que me vaya de verdad de Londres, ¿podemos decirle a todo el mundo que lo he hecho? Me quedaré en casa y nadie más lo sabrá.

Caroline empezó a protestar, pero Griffith la sostuvo por las manos para contenerla.

—Tengo una casa a las afueras de Londres. Todos saben que solemos retirarnos allí para tomar un respiro en plena temporada. Con un poco de suerte, *lady* Helena también se esconderá. Si ninguna está en la ciudad, la aristocracia acabará hablando de otra cosa.



Anthony estaba mirando al techo sin fuerzas aún para levantarse de la cama. Los criados estarían probablemente revueltos todavía tras su llegada sorpresa a la finca en el campo la noche anterior. No lo esperaban hasta bien acabada la temporada.

Se dio la vuelta y le dio un puñetazo a una almohada.

—¿Por qué, Dios? —gimió. ¿Por qué Dios lo había hecho llegar tan lejos y se mofaba de él sobre algo tan importante? ¿Cómo podía un Dios bondadoso ponerle la miel en los labios y a continuación quitársela?

La respuesta se materializó como si el mismísimo Dios le hubiera hablado a Anthony al oído: «Yo no te la he quitado. Lo has hecho tú».

Se incorporó e instintivamente se cubrió el pecho desnudo con las sábanas. Saber que Dios estaba siempre presente era bien distinto a percibir que estaba a los pies de su cama. Entonces entendió la trascendencia de aquellas palabras. Dios no le había arrebatado a Amelia. Su propio egoísmo y sentimiento de culpabilidad la habían obligado a apartarse. ¿Cómo podía ser tan estúpido?

—Buenos días, milord. —El mayordomo entró con agua fresca, dispuesto a hacer las veces de ayuda de cámara. Harper estaría probablemente muy enfadado con él por haberlo dejado en Londres.

—¿Has hecho alguna vez algo tan absurdo que has acabado convencido de que, en lugar de cerebro, tienes un borrego metido en la cabeza?

El mayordomo se quedó helado y miró a su alrededor para ver si había alguien más en la habitación. Anthony se rio al darse cuenta de cuánto le había influido Amelia.

No se había pensado dos veces comenzar una conversación con el mayordomo, que al

parecer tenía muy serias dudas sobre qué responder.

—Le ruego me disculpe, milord.

Anthony balanceó las piernas sobre un lado de la cama y se frotó la cara con las manos.

—He cometido una estupidez. ¿De veras creía que iba a salvarla abandonándola?

Chalmers se aclaró la garganta.

—¿«La», milord?

Anthony asintió con la cabeza.

—La dejé allí, en la terraza, como un cobarde. Plantarle cara a Bentley estuvo bien hasta cierto punto, pero debería haberlo hecho en el baile en lugar de en el exterior de su casa.

—Mmm... por supuesto, milord.

—¿Cómo puedo haberme comportado como un alcornoque?

Anthony metió los brazos en la bata como si fueran dos estoques y comenzó a caminar mientras se ataba el lazo a la cintura.

Pasaron unos momentos. Chalmers tenía aspecto de querer salir corriendo, y la verdad era que Anthony no podía culparlo. El mayordomo debía de estar pensando que su amo se había vuelto loco.

—Si me permite el atrevimiento, señor, creo que usted podría estar enfrentándose a esto de una manera equivocada.

Anthony le hizo un gesto para que continuara. Chalmers se aclaró la garganta.

—No es una cuestión mental. No existe una razón lógica. No sé qué ha hecho, señor, pero no parece tratarse de algo cerebral, sino de un asunto del corazón.

Anthony asintió con la cabeza.

—Entonces concéntrese en la verdad, no en la lógica. Deje de intentar averiguar el porqué y busque el qué.

Anthony se quedó en silencio, atónito. Tenía un mayordomo muy profundo. Cuando las cosas se calmaran iba a tener que convertir en costumbre hablar con este hombre.

—Lógicamente —empezó Anthony paseando de nuevo por la habitación—, volvería a caer en mis viejos hábitos y costumbres y sería la persona que ellos creen que soy. Lo cierto es que he cambiado.

Chalmers tiró de la campana y comenzó a elegir la ropa del vestidor asintiendo para dar a entender a Anthony que seguía atento a sus divagaciones.

—No tiene sentido, porque fue obra de Dios, no mía. —Anthony se asomó por la ventana y miró sus tierras. Chalmers añadió una camisa a la ropa que estaba seleccionando mientras hablaba bajito con el criado que había acudido a la llamada—. Si Dios es capaz de aceptarme, ¿por qué ella no?

La voz volvió a sonar como un martillo en su oído: «Ella sí te acepta».

—Ella sí me acepta. —La voz de Anthony se apagó cuando comprendió la realidad. En el baile estaba demasiado consternado y cuando ella lo expresó no la oyó, pero su cerebro lo había almacenado para cuando estuviera preparado.

«Todos tus pecados están perdonados».

—Estoy perdonado —susurró.

Cruzó la habitación y agarró a Chalmers por los hombros.

—Tengo la oportunidad de empezar una vida nueva y ella está dispuesta a compartirla conmigo. Solo un estúpido dejaría marchar a una mujer como ella, Chalmers.

—Completamente de acuerdo, milord.

—Necesitaré un caballo fresco. Hoy no podría regresar a Londres con el mismo que traje. Y ropa. También necesitaré... —Se detuvo al darse cuenta de que Chalmers había preparado toda la ropa de montar.

—Están preparando el caballo en este instante, milord. —Chalmers sacó la navaja de afeitar—. ¿Podría sugerirle un buen desayuno antes de que se marche?

—Sí, desayuno. —Anthony estaba estupefacto. Nunca había comprendido cuánta razón tenía Amelia.

Las personas eran personas, independientemente de la clase a la que pertenecieran. Unas eran amables, otras inteligentes, y otras malas y mezquinas. Se vistió rápidamente y cuando salió del vestidor se encontró una bandeja con el desayuno preparado en su habitación.

Chalmers recogió las sábanas sucias y se dispuso a salir.

—Chalmers —lo llamó Anthony—, quiero encargarle algo para que lo haga durante mi ausencia.

—¿Cuál es el color favorito de ella, milord?

—¿Su color?

—Sí, milord. ¿Cuál es su color favorito? Si lo que desea es que me ocupe de disponer las habitaciones para la señora, vendrá bien saber cuál es su color favorito.

Impresionante. ¿Cómo se las había arreglado para contratar al mayordomo más listo del país?

—Rosa —dijo recordando lo encantada que estaba Amelia con su primer vestido de baile—. Le gusta el rosa.

Capítulo 16



La casa de las afueras de Londres era tranquila y acogedora, pero demasiado grande, en opinión de Amelia. La mayor parte de la familia parecía aliviada de haberse alejado de Londres. Incluso Trent se había apuntado al éxodo. Solo Georgina parecía estar amargada por culpa de la mudanza.

Su actitud primero había sido hosca, pero ahora había llegado a ser grosera. Incluso parecía enfadada. Amelia había intentado hablar con ella, dispuesta a hacer lo que estuviera en su mano por la familia que la había acogido, pero lo único que hacía Georgina era quedarse con la mirada perdida y ponerse sarcástica.

Para intentar evitar la ira de Georgina y la pena de Miranda, Amelia trató de echarse una siesta. Se pasó una hora mirando al techo sin poder dormir. A pesar de que el cielo amenazaba con lluvia pensó en darse una vuelta por el jardín. Tal vez animara a Trent a echar una partida de piquet.

Iba por el pasillo caminando con parsimonia.

—¡Amelia! ¡Amelia!

Movió repentinamente la cabeza. «Esa voz... ¿sería posible?». Corrió hacia las escaleras, con el corazón que se le salía del pecho, intentando ir más rápida de lo que sus pies le permitían. ¿Estaría soñando?

Llegó a la parte superior de las escaleras y divisó una figura andando por el recibidor.

Era él.

Jamás lo había visto tan desaliñado. Respiraba con dificultad y se pasaba las manos por el pelo.

Estaba más guapo que nunca.

Bajó las escaleras flotando, sin ser consciente de que sus pies tocaran los escalones.

—Amelia. —Respiró cuando se encontraron al pie de las escaleras.

La tomó en sus brazos, la apretó y la soltó al mismo tiempo. Le rozó la mejilla con los labios mientras le susurraba.

Ella no era capaz de distinguir las palabras porque le zumbaban los oídos, pero sabía lo que significaban.

La amaba. Haría cualquier cosa por ella.

Sus labios se encontraron y el corazón de Amelia percibió el calor directo. Saboreó algo salado. Anthony estaba llorando.

Él se apartó y apoyó su frente en la de ella.

—Te he echado de menos.

Amelia sonrió luchando por no llorar ella también.

—Yo también te he echado de menos.

Las carcajadas de él sonaron en todo el recibidor mientras la tomaba en brazos y le daba vueltas por la habitación.

—Qué estúpido he sido creyendo que podría alejarme de ti. —La volvió a dejar en el suelo, pero no se separó de ella—. Vengo de Hertfordshire. Cabalgué hasta allí la mañana después de dejarte en la terraza y todavía no llevaba un día cuando me di cuenta de que me había comportado como un alcorcho. Regresé a Londres y Gibson me dijo dónde estabas. Amelia, te quiero. Y cuando Dios bendice a un hombre haciéndole conocer a una buena mujer a la que amar, hay que hacerle caso. Supongo que lo correcto sería preguntarle a Griffith, pero te lo voy a preguntar primero a ti. ¿Quieres casarte conmigo?

—¡No!

Amelia se volvió al oír aquel grito y se quedó estupefacta al ver a Georgina en la puerta del salón temblando.

—¡No puedes casarte con ella! ¡Se supone que tienes que casarte conmigo! ¡Conmigo!

—¿Georgina? —preguntó Amelia con suavidad. Miró alternativamente a uno y otro. Los pocos pensamientos que la confesión de Anthony pudiera haber dejado intactos estaban ahora confundidos.

Él permanecía de pie, con la boca ligeramente abierta, tan sorprendido que no podía articular palabra.

Georgina retorció la cara de ira.

—Durante dos años has estado viniendo a Riverside Manor, y siempre he hecho cuanto estuviera en mi mano por demostrarte que podría convertirme en una magnífica marquesa. Todo iba perfecto hasta que le dijiste a Griffith que estabas buscando esposa. Le supliqué a mamá que me dejara salir. Se lo rogué porque sabía que si eras capaz de verme como mujer me elegirías.

—Georgina, yo... —Anthony se alejó de Amelia, pero sin soltarla de la mano. Con la mano libre intentó alcanzar a Georgina antes de retroceder.

—Pero no me dejaron salir. Así que intenté detenerte. Le conté todo a *lady* Helena. Ella tenía derecho a saber el error que estabas cometiendo al elegir a esta mujer. ¿No te das cuenta de que no reúne las condiciones para ser una marquesa? —Señaló a Amelia acusándola. Su mirada parecía un puñal y Amelia se estremeció—. Sabía que nunca te casarías con *lady* Helena. Pero se suponía que desecharías la idea de casarte con la protegida de Griffith y que esperarías un año más y entonces yo estaría allí y me elegirías.

—Georgina —dijo él en voz baja—. Amo a Amelia. —La soltó de la mano y se acercó un poco más a Georgina.

Pero la joven debió de darse cuenta de lo que había hecho, los secretos que había revelado, y empezó a temblar. Amelia sintió compasión por ella.

—¡Alejaos de mí! ¡Todos!

Amelia se dio la vuelta y vio que Miranda, Caroline, Trent y Griffith, incluso lord Blackstone estaban en el recibidor atraídos por el estrépito. Todos parecían incómodos ante tal confesión. Georgina se volvió y huyó por el salón hacia los jardines.

Anthony hizo ademán de seguirla, pero Caroline lo detuvo.

—Déjala marcharse. Tiene el orgullo herido, y el orgullo de una jovencita puede ser enorme. Podréis hablar cuando se tranquilice.

Se retiraron al salón a la espera de que Georgina volviera. Sin estar

oficialmente comprometidos (después de todo, Amelia no había tenido oportunidad de responder a la proposición de matrimonio), Anthony se sentó junto a Amelia en el sofá sosteniéndole la mano.

Él sacudió la cabeza.

—No tenía ni idea. Siempre pensé que era la diablilla, la hermana pequeña. Jamás vi...

—Nosotros tampoco —dijo Griffith.

Anthony le dedicó una sonrisa irónica.

—Desgraciadamente, tengo un poco más de experiencia que tú. Si miro atrás me doy cuenta de que hubo algunas señales a las que no hice caso. Lo siento de veras.

Amelia se inclinó y tomó la cara de Anthony con las manos.

—Eres muy bueno echándote la culpa, creyéndote que tu pasado te da derecho a culparte de cualquier situación. Mira, yo le he hecho la cama turca⁴ a mi institutriz, he metido escarabajos en el pudin de pasas y he mentado todo lo que he podido si he creído que así conseguiría captar la atención de mis padres. Eso, milord, es tan pecaminoso como lo que quiera que hayas hecho. Estoy aquí sentada, perdonada. Ya va siendo hora de que te aceptes que tú también estás perdonado.

Anthony la miró a los ojos. Amelia no supo qué vio allí, pero fue suficiente para que el rostro de Anthony se iluminara.

—Tienes razón, amor mío. Ya es hora de que me perdone a mí mismo.

Alargó una mano y le apartó el cabello de la cara, se inclinó y rozó suavemente sus labios con los de ella.

Miranda suspiró.

Griffith se aclaró la garganta.

Caroline escupió al tragarse una carcajada.

Trent vitoreó.

Amelia se echó hacia atrás abanicándose sin éxito las mejillas, que tenía encendidas.

Anthony la besó en la frente y sonrió entusiasmado.

—Bueno, supongo que ahora tendrás que casarte con ella —murmuró Griffith.

Finalmente, Caroline fue a buscar a Georgina. Parecía una niña cuando apareció en el salón. La oferta de Amelia de hacerla dama de honor le hizo abrir los ojos atónita.

—¿Por qué razón harías algo así?

—Todo el mundo se merece una segunda oportunidad.

Amelia no podía culpar a Georgina de intentar forjarse el mejor futuro posible, a pesar de que sus métodos fueran más que cuestionables. Haberse pasado toda la vida viendo que la gente tenía cosas que ella creía desear le hicieron compadecerse de la joven. Tal vez fuera el comienzo de una nueva relación entre ellas.

Sin embargo, al menor atisbo de sabotaje la sacaría de su vida.

Anthony acarició los nudillos de Amelia con el pulgar.

—Estoy deseando llamarte «esposa».

—Tendrás que esperar a que regresemos a Londres —dijo Georgina—. A pesar de mi falta de juicio, sé cómo funciona la alta sociedad. Si no queréis que los chismes os persigan toda la vida, la gente tiene que ver un noviazgo feliz.

Anthony gimió al ver que Caroline y Miranda estaban de acuerdo con la afirmación de Georgina.

—Pronto te olvidarás del aplazamiento. Esto será para siempre, después de todo.

Amelia le retiró el pelo de la cara a Anthony, encantada cuando se dio cuenta de que ahora tenía derecho de hacer eso.

—Para siempre. Si como me siento ahora es un indicio a tener en cuenta, viviremos felices toda la vida.

—Como mínimo, seremos bendecidos para siempre —añadió Amelia—. Porque si Dios no me concede nada más en esta vida, me habrá ofrecido a ti, y eso es mucho más de lo que jamás soñé.

Anthony la besó cuidadosamente, sin prestar atención a los gemidos que se oían en la habitación.

—«Bendecidos para siempre» suena muy bien.

4 N. de la Trad.: Broma que consiste en hacer la cama con las sábanas dobladas de tal forma que, al meterse en ella, no caben las piernas.

Agradecimientos



Ay, la sección de agradecimientos. Posiblemente la parte más olvidada de un libro. Aunque mi nombre conste en la portada y me haya dejado el alma en cada página, el esfuerzo no ha sido exclusivamente mío. Esto es un reconocimiento a las personas que lo han hecho posible, el pueblo de la tonta que a veces hay en mí, el archipiélago de mi isla de escritora.

Gracias, Señor, por el don redentor de Jesucristo, sin el cual yo estaría perdida, Amelia se habría quedado sola y Anthony no habría sido redimido de sus pecados. También agradezco los meses de insomnio que pasé por culpa del embarazo, ya que me permitieron escribir el primer borrador de este relato. Pido disculpas por las veces que me quejé y lloré en aquel momento.

A Jacob, mi marido, el hombre que me ha apoyado y animado durante todo el proceso, gracias. Gracias por decirme que tenía que hacer algo con la historia cuando la terminé. Gracias por animarme a ir a aquel primer congreso de escritura. Gracias por quedarte conmigo cuando lloraba en la lavandería y por decirme que no me ibas a dejar tirar la toalla. Gracias por no importarte pedir *pizza* otra noche porque las palabras fluían demasiado bien y no quería dejar de escribir para hacer algo tan insignificante como ir a la tienda de la esquina.

También quiero agradecer al repartidor de pizzas que no le contara a nadie que en menos de un mes fuera tres veces a casa.

Un aplauso a mis hijos por comerse de buena gana esas pizzas sin contárselo a sus abuelos. Gracias también por no entender nunca lo que quería

decir mamá cuando os pedía que la dejarais en paz y le permitierais escribir. El valor que tiene que alguien te recuerde que la familia es importante y que la vida hay que vivirla mientras escribo mis libros es incalculable. Que sepáis que no voy a estar tan agradecida, en cambio, cuando se aproxime la fecha de entrega. Por favor, comprobadla en el calendario cuando corresponda.

Para Amanda, la primera persona aparte de Jacob a la que le permití ver mi trabajo, un enorme gracias. No solo por tus sinceras opiniones y por los ánimos, sino también por dejarme leer tu inspiradora colección de novelas en la universidad. Me estimularon a pesar de que tenía que hacerlo con cuidado de no desencuadernarlas. Espero que sigas teniendo la biblioteca más bonita de cinco condados. Estoy deseando formar parte de ella.

Todos deberíamos agradecerle a Gayle que tuviera agallas para decirme que en la primera versión Anthony era un cobarde. Tras un implante de médula está bien.

He de agradecer a mi padre que me haya servido de fuente de inspiración indirectamente para este relato. No voy a contarle cómo lo ha hecho. Me guardo la información hasta que nos diga qué quiere para Navidad.

Alana, no sé cómo expresarte mi agradecimiento. Has sido mucho más que una cuñada, has sido una amiga. Gracias por tu tiempo y por tu comprensión. Y por estar dispuesta a leer mi novela cuando mi propio hermano me decía que mejor se esperaba a la película.

Gracias, Patty Smith Hall, por acogerme en vuestro seno. Hubo días en los que quise dejarlo, pero vuestros ánimos me hicieron continuar. Gracias por la botellita mágica de arena de Seekerville. Verla cada mañana es un estímulo.

Para el resto de mi familia de escritores, mis hermanas de Regency Reflections, el grupo de ACFW North Georgia y los siempre solidarios Georgia Romance Writers: esto no habría sido posible sin vosotros. Estoy deseando dar a otros lo que vosotros me habéis dado a mí. Para los autores en cuyas obras me he inspirado mi agradecimiento no tiene límites, a pesar de que hayáis sido, además, los culpables de muchas noches de insomnio.

Quiero dar las gracias a mis editores y a todo el equipo de Bethany House. La historia de Anthony y Amelia ha pasado por muchos altibajos, y estuve a punto de dejarla olvidada en un cajón. Muchas gracias a Raela y a Karen, que

me ayudaron a perfeccionar la narración hasta convertirla en lo que es ahora.

Y por último, quiero darte las gracias a ti, quienquiera que seas, por haberte leído no solo el relato, sino hasta la sección de agradecimientos. Quiero dar las gracias en especial a quienes la leen para algo más que para encontrar su nombre. Hay muchas personas a las que no he dado las gracias y han estado ahí, para mí, durante todo el proceso. Pero como en los discursos de los Óscar, siempre se olvida a alguien. Espero habérselo agradecido en persona y con un poquito de suerte recordaros la próxima vez.



SEGUNDA
2da
EDICIÓN

*Por fin en
Marshington Abbey*

KRISTI ANN HUNTER



Libros de
seda

Por fin en Marshington Abbey

KRISTI ANN HUNTER

Lady Miranda Hawthorne es una dama en todo lo que hace, aunque preferiría no tener que estar siempre pendiente de los convencionalismos. Se desahoga desde niña vertiendo sus sentimientos más profundos en una serie de cartas dirigidas a un viejo amigo de su hermano, el duque de Marshington, aunque nunca ha pensado enviarlas, ya que ni siquiera lo conoce personalmente.

Cuando Marlow —el extraño y nuevo ayuda de cámara de su hermano— descubre por casualidad una de las cartas y la envía a su destinatario, Miranda se siente morir. Y lo último que espera es que el duque conteste a su misiva con otra en la que inicia un cortejo por correspondencia, lo que la lleva a descubrir que siente algo por dos hombres: uno al que nunca ha visto pero cuyas palabras resuenan profundamente en su corazón y otro, Marlow, cuyo comportamiento se hace cada vez más y más sospechoso y parece estar involucrado en una trama de espionaje. ¿Acertará Miranda en su elección?



*La dama
de Hawthorne*
KRISTI ANN HUNTER



SEDA ROMÁNTICA

Libros de
sedá

La dama de Hawthorne

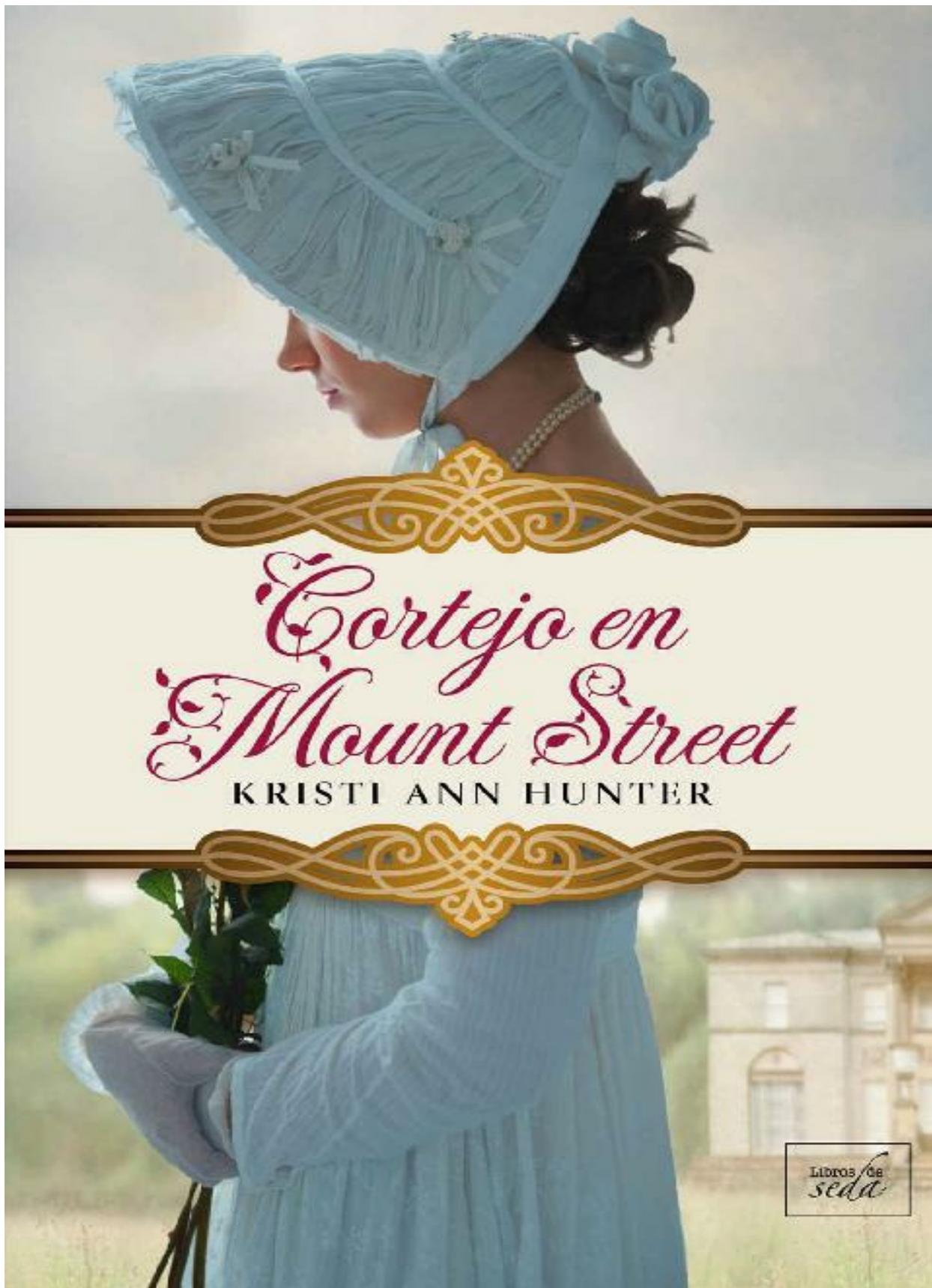
KRISTI ANN HUNTER

Lady Georgina Hawthorne se ha esforzado mucho para ser la más admirada en la temporada social tras su debut. En el primer baile al que asiste en Londres, espera despertar el interés de algún noble.

Colin McCrae tiene dinero y buenos contactos en el mundo de los negocios, pero ningún título. Lo invitan a todas las fiestas, pero de hecho nadie le acepta en sociedad. La primera vez que ve a la bella *lady* Georgina, le irrita sentirse atraído por una mujer a la que solo le importan el estatus y las apariencias.

Lo que Colin no sabe es que las desesperadas aspiraciones sociales de Georgina se deben al vergonzoso secreto que guarda.

En los planes de Georgina no está casarse con Colin y, sin embargo, como sus caminos no dejan de cruzarse... ¿Qué hará? ¿Apostará por el amor o se sacrificará por sus sueños de riqueza y posición? ¿Y él?



*Cortejo en
Mount Street*

KRISTI ANN HUNTER

Libros de
seda

Cortejo en Mount Street

KRISTI ANN HUNTER

La vida para *lady* Adelaide Bell era más fácil cuando podía esconderse a la sombra de su hermana... Eso le funcionó hasta que esta se casó. A pesar de las presiones de su madre, una mujer socialmente ambiciosa, lo que menos espera es tener que acabar casándose por obligación para salvar su reputación, que hasta entonces había sido intachable.

Lord Trent Hawthorne era feliz siendo el segundón de la familia y no el duque, como su hermano. Eso le daba libertad para gestionar su hacienda, tomarse el tiempo que le hiciera falta para saber qué hacer con su vida, y también para coquetear y enamorarse de quien quisiera. Pero cuando se ve obligado a casarse con una desconocida por una cuestión de honor, sus sueños de tener un matrimonio como el de sus padres se desvanecen.

¿Podrán Adelaide y Trent construir una relación de verdad y resistirse a las presiones de la alta sociedad londinense?



*La dama
de Riverton*

KRISTI ANN HUNTER

Libros de
seda

La dama de Riverton

KRISTI ANN HUNTER

A Griffith, duque de Riverton, le gustan el orden, la lógica y el control; por eso aplica los mismos principios a su vida y a la búsqueda de una esposa. Está seguro de que la señorita Frederica St. Claire sería la candidata ideal. Sin embargo, mientras ella parece no hacerle mucho caso, lo cierto es que su bellísima prima, la señorita Isabella Breckenridge, le atrae cada vez más.

Teóricamente, Isabella tendría que estar disfrutando de la temporada y de su presentación en sociedad. Sin embargo, su familia atraviesa por dificultades, y su tío solo les ayudará si ella, a su vez, utiliza su belleza para favorecerlo en sus objetivos políticos. Cuanto más conoce a Griffith, más incómoda se siente con semejante acuerdo y más desea librarse de él.

¿Serán capaces, él de librarse de su orgullo y ella de sus miedos para llegar a estar juntos?